

La última vez que me dijiste adiós

RAY BOLÍVAR SOSA



**La última vez que
me dijiste adiós**

RAY BOLÍVAR SOSA

Amazon Publishing House

Nota Legal

Copyright © 2020 Ray Bolívar Sosa. Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de este libro o su transmisión o exhibición por cualquier medio y en cualquier plataforma solo se permite con la autorización previa y por escrito del autor.

1ª edición agosto de 2020.

© Ray Bolívar Sosa.

© 2020, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Amazon Publishing House.

ISBN: 9798668184606

Impresión y encuadernación: CreateSpace.

A Mamá, como siempre

Agradecimientos especiales

También aprovecho para agradecer a todos los compañeros que han colaborado de una manera u otra con la creación de esta obra, sus aportes y sugerencias fueron muy valiosos.

En especial, quiero dar las gracias a Betty, Vane, Yeya, Dayana, a Dachely por prestarme el nombre de Jade y a Lucy por su apoyo incondicional.

No me olvido de Teresa, Gilda, Nati, Fran, Vanessa y el grupo de entusiastas compañeros que ha leído pacientemente, durante meses, cada capítulo de la obra. Reciban todos un profundo y cálido abrazo.

La palabra adiós está compuesta por la vocal a y dios. En el pasado, cuando los hombres emprendían un largo y difícil viaje se deseaba suerte al viajero encomendándolo a Dios. Con el tiempo, la expresión dio paso a una nueva fórmula que perdura en nuestros días, adiós.

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Epilogo](#)
[Comentario en Amazon](#)

Capítulo 1

En la esquina de Montera, antes de llegar a Gran Vía, hay una puta que siempre me tira los tejos. Tiene los ojos grandes y es muy guapa. El pelo le cae rizado hasta la cintura y cuando mira lo hace con tanta intensidad que una se acojona. Me atrae el color de su piel y los labios, pero jamás me atrevería a besarla. La única vez que besé a una mujer estaba demasiado borracha, demasiado cansada y demasiado perdida. Pienso mientras bebo un sorbo del delicioso Café Matte que sirven en el Starbuck de Sol.

Todos los sábados vengo aquí y todos los sábados ocurre lo mismo. El chico de ojos claros sonrío y es amable. Su compañera toma nota y cuando el pedido está listo sonrío otra vez. Ni se sabe el dinero que he gastado en cafés y ni siquiera sé su nombre. En cambio, el de la puta sí lo sé. Se llama Elena y es de República Dominicana. En cuanto me dijo el nombre pensé en Elena de Troya.

—Niña, óyeme, muchacha. —Apenas llevaba una semana en el despacho y tenía prisa. Cuando me di la vuelta casi chocamos.

—Perdón.

—Nada, no tiene importancia. —Usaba un perfume caro y zapatos de tacón, un lunes a las ocho treinta de la mañana. Yo también usaba tacones, pero no escandalosos.

—Me encantan tus ojos, que lo sepas. —Así me dijo en medio del gentío, del frío y yo con la ansiedad en el medio del pecho porque el trabajo era nuevo nuevísimo y no quería llegar tarde así que cuando dijo aquello fue como, ¡trágame tierra! La verdad, no sabía qué hacer. No tenía ni la menor idea de cómo salir del paso. Recuerdo que bajé la cabeza por la vergüenza y ella aprovechó para acariciarme el rostro.

—No tengas miedo, yo te voy a cuidar. —Me escabullí como pude, sofocada y con un pálpito en el pecho que casi me mata. En la oficina ese día las cosas no fueron bien. Mi jefe me miraba y me miraba como si no tuviera otra cosa que hacer. Entraba a mi despacho, hacía un par de llamadas y de nuevo venga a mirarme. Hasta que me lo dijo.

—A ti te pasa algo.

—¿Qué? —Fue lo único que atiné a responder. Con los nervios tiré las hojas al suelo y un cenicero de porcelana de lo más hortera que me jefe insistía en mantener sobre mi mesa por si me daba por fumar.

De repente el chico de Starbuk me interrumpe y me quedo cortadísima.

—Hola. —Me acomodo un mechón de pelos lo mejor que puedo. El chico sonrío y le devuelvo la sonrisa. Señala hacia la ventana. Al principio no comprendo.

—¡Ah! Gracias. —Es Isabel. Me hace señas desde la calle. Salgo deprisa. Fuera hace frío.

—Pero, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no entras? —Me estampa dos besos eufóricos.

—¡Lo conseguí, lo conseguí! —No entiendo una palabra. —¡Niña! —Casi me sacude—. Juanjo, ayer nos liamos.

—¿Cómo?

—Así misma me quedé yo. Hemos pasado la noche juntos. No te lo vas a creer. —Pone carita de mujer fatal—. Soy mala, tía, muy mala.

Isabel es mi amiga del alma. Tiene dos críos y un perro hermoso. Me duele decirlo, pero la vida le va mejor que a mí. Liga mucho y es independiente. Todo esto desde que se separó de su

marido.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Me voy, tía. —Solo pasé a avisarte.

—Pero ¿no íbamos de tiendas?

—Otro día, cielo. Juanjo me está esperando. —Me planta otra vez dos besos y me extiende un billete de veinte euros—. Tómate el café a mi salud y deséame suerte.

—No hace falta que me invites.

—¡Qué sí!, mujer. Otro día me lo devuelves. —Dice antes de cruzar la calle y perderse en dirección al metro.

Un cuarto de hora más tarde dudo entre Zara y Mango. Las dos tiendas están atestadas de gente y no estoy de humor. En realidad solo deseaba conversar con Isabel y contarle un par de verdades. El teléfono suena en ese momento. Es mi madre. No lo cojo.

Regreso a casa sin prisa. A las 9: 30 abro la puerta. Un minuto después llega Miguel. Lo primero que hace es servirse una copa de vino tinto. Estoy en la terraza contemplando las nubes.

—Hola, cielo. —Me rodea la cintura con sus brazos. No contesto.

—¿Pasa algo? —Me volteo.

—Anoche no viniste.

—Ya, bueno. Los sábados quedo con los amigos. —Se da un trago.

—Miguel, por favor. —Huele a perfume barato y a puta africana. No tengo nada en contra de los negros, pero su olor es inconfundible y llevo justo cuatro semanas, cuatro semanas oliendo el mismo olor en la ropa, en su cuerpo.

Me mira a los ojos.

—Eva, todo está bien. Sé que he estado distante estos meses. —Distante es cinco meses sin follar—. Sé que a veces no estoy. —En realidad nunca está. Entre pitos y flautas pasa más tiempo, según él con sus padres que en su casa, porque esta también es su casa, en la hipoteca a treinta años dice, Miguel y Eva.

Bebe vino otra vez, me acaricia la pierna. Odio cuando hace eso. Odio cuando dice que no pasa nada mientras el mundo se cae a pedazos. Así llevamos seis meses, fingiendo que no pasa nada. Yo no sé qué pensar. Me gustaría que las cosas fueran igual que antes. Lo único que hago es llorar por los rincones. Tal vez necesito ayuda o darle una patada en el culo, como dice Isabel.

—Eva —repite—, no pasa nada. —Me deshago de su abrazo y entro en la casa. Él me sigue y me toca el culo. Doy un respingo.

—¿Qué haces?

—Nada. —Sonríe burlón.

—¿Cómo que nada? —De nuevo se da un trago, pero esta vez es diferente. Lo sé por el modo en que me mira. Deja la copa sobre la mesa y se dirige al cuarto. Tocan a la puerta. Es Ángel, uno de los amiguitos de Miguel. Cuando me ve se queda extrañado. «¿Qué coño hace Ángel un sábado a las 9: 30 de la mañana en mi casa? ¡Dios mío!, ¿es que no me lo quiero ni imaginar, no me lo quiero ni imaginar!» El teléfono suena otra vez, lo ignoro.

—¿No vas a entrar?

—Claro, claro.

—¿Qué tal la fiestecita? —Ángel se lleva la mano a la nuca. Sé que está nervioso. Al final no tiene la culpa. Nunca, nadie tiene la culpa. La histérica soy yo, la loca soy yo.

—¿Qué fiesta?

La peste a alcohol casi me derriba. «¡Dios santo! ¿Cómo he llegado a esto?» Voy al salón en busca de una cajetilla de cigarros. Necesito fumar o lanzarle un bolardo a alguien a la cabeza.

—¡Eva!, ¡Eva! —Grita Miguel desde la habitación. Lo ignoro. Solo pienso en la cajetilla de cigarros. Debería estar en algún lugar del salón. Entonces me doy cuenta de que Miguel está parado en la puerta con una mochila en la mano.

—¿Dónde están los vaqueros nuevos? —No comprendo lo que está pasando—. ¡Eva! —Sube el tono de voz. ¿Dónde están los vaqueros? —Tocan a la puerta. Empiezo a ponerme nerviosa.

—¿Qué vaqueros? —Miguel resopla.

—Los nuevos, Eva, los nuevos. —De nuevo tocan a la puerta. Debe ser la vecina de al lado, le encanta tocar a la puerta cuando discutimos.

—No lo sé. —Miguel se impacienta. Ángel le toca el brazo y le dice algo en voz baja que lo contiene. Regresa a la habitación sin decir una palabra.

Encuentro los cigarros en la cocina, escondidos en el último cajón. Ahí los había puesto tres años atrás, justo cuando conocí a Miguel. La cajetilla contiene un papel que desenrollo. Leo la primera línea y casi me echo a llorar. Dice lo siguiente: para la Eva del futuro. Si estás de los nervios hazme caso, deja el puto cigarro y cuida tu relación.

Estrujo el papel y lo dejo caer al suelo. Ese ha sido mi lema durante los últimos tres años, cuidar de la relación, tragar y callar como si no hubiera un límite, como si la vida se tratara única y exclusivamente del otro. No quiero llorar, me lo repito una y otra vez hasta que el portazo desencadena la rabia y el dolor. Lloro porque sé que mi mundo, el maldito mundo que tardé tres años en construir está a punto de irse a la mierda.

La habitación está hecha un asco. Miguel ha revuelto los cajones y el armario. Sobre la cama, encuentro su móvil. No quiero hacerlo, pero me acerco. Dudo entre abrir el wasap o no. El mensaje en la pantalla tiene mala pinta, pero cuando lo abro es devastador.

—¿Así es como te gustan? —En la foto, una morena enseña las tetas. Todavía sigo en shock cuando me percató de la presencia de Miguel. Está en la puerta de la habitación con el rostro desencajado. Ni siquiera soy capaz de hablar porque en mi interior tengo un incendio que ha empezado a devorarme. Me tiembla la mano y abro mucho los ojos cuando lo escucho hablar.

—¡Pero! ¿Qué coño haces? ¡Joder! —Me arrebató el móvil de la mano y me lanzó sobre él.

Capítulo 2

No sé qué día es ni donde estoy. El techo está pintado de blanco y a mi lado hay una persona. La cabeza me duele horrores.

—¡Eva, Eva! ¡Gracias a Dios, estás bien! —Intento hablar, sin embargo me doy cuenta de que es imposible. Solo de pensar en abrir la boca me recorre un corrientazo de dolor. Mamá está muy desmejorada. Las ojeras le llegan hasta las rodillas y parte del maquillaje se le ha corrido. Mi madre quiere hablar, pero no le salen las palabras. En vez de eso me abraza y llora.

—¡Hija!, ¡perdóname! ¡Pensé que te perdía!, ¡de verdad! —Mis ojos deben reflejar sorpresa, ansiedad o espanto porque se apresura a explicarme—. Llevas tres días inconsciente, Evita, ¡tres días! —Se enjuga las lágrimas—. ¡Ahora, Miguel no se va a ir de rositas! ¡Va a pagar por esto, ya contraté un abogado! ¡Nadie le pega a mi hija!, ¡no señor!

La cabeza me da vueltas. Me siento aturdida y desbordada. Afuera escucho gritos. No puede ser. «¡Dios mío!, me muero de la vergüenza» La puerta se abre y empujan a alguien. Detrás entra Miguel afeitado y lustroso, está guapísimo.

—¡Evita! —Se arrodilla ante la cama—. ¡Mi amor! ¿estás bien? —Me toma la mano, la aprieta, la besa—. Cielo, ¡menudo susto me has dado!

Todo es tan súbito que mi madre se ha quedado paralizada. Cuando reacciona, mi primo Jorge ya está en pie. «¡Dios de la vida, hasta mi primo está aquí!»

—¡Pero!, ¿cómo te atreves a empujarme? —Grita Jorge.

Dos médicos entran en la habitación y detrás un policía.

—¡Señores!, ¡esto no puede ser! ¡Tienen que salir de la habitación de inmediato! —Miguel está frente a mi primo con los puños apretados. Cuando quiere es adorable, pero es un hombre con carácter y si quisiera, podría hacerle mucho daño a Jorge. Se pasa la mitad del tiempo entrenando en el gimnasio para estar en forma, aunque no tiene una gota de grasa. Jorge, por el contrario, es como una hoja debilucha arrastrada por el viento.

—¡Yo tengo derecho, es mi mujer! —Dice Miguel—. ¡Ni ella —señala a mi madre—, ni nadie puede quitarme ese derecho! ¡Yo la traje, está viva por mí! —Lo único que le falta es golpearse el pecho y orinar en derredor. Está muy mono.

—¡Hijo de puta! —Grita mi madre y se abalanza sobre él. El policía la contiene. Yo no puedo más de la ansiedad. Me retuerzo en la cama como una loca. El médico llama a una enfermera y se sienta mi lado.

—Tranquila, Eva. Muy pronto vamos a solucionar esto. No te preocupes. —La enfermera inyecta una solución en el suero y el pánico se convierte en una sensación placentera, en un deseo enorme de dormir.

Capítulo 3

Cuatro semanas más tarde me encuentro más recuperada. Los médicos me han explicado que además de la fisura en la mandíbula han debido tratarme la anemia. Abro los ojos cuando mencionan el tema de la anemia. Por suerte no era grave, pero tienen que estudiarlo.

Miguel ha venido todos los días a verme por la mañana y por la tarde. Una vez se presentó con flores y casi me muero de la alegría. Se pasa de cariñoso y yo me derrito en cuanto lo veo. Es tan varonil que he estado a punto de saltarle encima un par de veces y desnudarlo, pero me contengo, una tiene orgullo y dignidad.

No sé lo que ha hecho para no coincidir con mi madre. De alguna forma lo han arreglado para evitar encuentros desagradables y lo agradezco. Ahora mismo lo que necesito es tranquilidad. Mi madre insiste en seguir adelante con la denuncia. Miguel no ha mencionado el tema ni una vez, pero sé su opinión. En el reporte médico dice que me rompí la mandíbula contra una superficie sólida e irregular, debido a un resbalón. Mamá lo ha repetido una y otra vez desde el primer día. No se cree una mierda.

La víspera del alta recibo la visita inesperada del médico. Es un hombre alto y amable, debe rondar los sesenta años.

—Hola, Eva. —Me saluda con un ligero apretón de manos—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, doctor, estoy bastante bien. —Revisa el reporte.

—¿Puedes hablar y mover la boca?

—Sí, pero todavía duele.

—Es normal, se pasará con los días. —Lee el reporte con detenimiento—. Eva, aquí hay un detalle que todavía no me queda claro. —Se quita los espejuelos—. En esto necesito que seas lo más sincera posible. —Asiento con aprehensión—. Necesito que me expliques cómo te rompiste la mandíbula. —La sangre comienza a golpearme en las sienes con fuerza, siento calor y vergüenza. Tocan a la puerta. El doctor se sorprende.

—Adelante. —Es Miguel, sonriente y con un ramo de flores. El doctor se levanta y le estrecha la mano—. No te esperaba tan temprano.

—Estaba cerca y decidí pasar. —Se toca el pelo. Siempre hace eso cuando se pone nervioso.

—Puedes cambiar las flores. —El médico señala hacia el jarrón con flores que está en la habitación—. Después necesito que me permitas unos minutos a solas con la paciente.

—Creo... —Miguel titubea—, el doctor lo observa con curiosidad. Creo que Martínez lo está buscando.

—Martínez, ¿qué Martínez?

—El cirujano.

—¿Martínez Lopez está aquí?

—Creo que sí. —Titubea.

—¿El dueño del hospital? —Miguel asiente. Una gran mueca de incredulidad se dibuja en el rostro del médico. Miguel se mantiene impasible. El médico parece desconcertado, nos mira a ambos como si no terminara de creérselo. Los toques en la puerta lo sacan de su incredulidad. Abre la puerta con curiosidad y la cierra detrás de él.

—Hola, Eva. ¿Cómo estás? —Miguel me da un beso sonoro en los labios—. ¿Todo bien?

—Muy bien. —Lo abrazo con efusión.

—¿Qué quería el médico? —Me encojo de hombros—. ¿Te preguntó sobre la caída?

—¡Ah!, la caída. Bueno, sí.

Un gran silencio invade la estancia. Me quedo cabizbaja mientras Miguel observa la pared pensando en sabe Dios qué cosas.

—Todos piensan que te di una paliza.

—Miguel. —Lo agarro con dulzura—. Lo pasado, pasado está. Tú mismo lo dijiste. —Se aparta de mí con brusquedad.

—No, no es eso lo que quiero. —Se pone en pie, camina por la habitación como una fiera. Entonces me hace la pregunta que llevo evitando todo el mes—. Sé sincera, ¿tú crees que te pegué? —La puerta se abre y entra el médico acompañado de un señor mucho mayor.

—Lo ves, son gente joven y muy buena. Así son las cosas, querido amigo —dice el señor mayor. El médico asiente—. Jóvenes, ¿cómo se encuentran?

—Muy bien. —Interviene Miguel. Martínez se queda con nosotros unos instantes. Pregunta por la atención recibida. Contestamos que perfecto. Martínez guiña un ojo a Miguel.

—¿Cómo está tu padre, Mike? —Algo raro está ocurriendo porque acaba de llamar a Miguel por su apodo. Un apodo que conoce poquísima gente, en tres años se lo he oído a dos personas. No puedo creer que el dueño de la clínica sea amigo de la familia.

—Papá está bien. Le manda saludos.

—¡Ah!, bien, muy bien. El sábado lo veré. Bueno, jóvenes. Tengo que marcharme. Los dejo en compañía de un buen amigo. —El médico se despide en la puerta de Martínez. Miguel aprovecha para salir.

—Estaré fuera si me necesitan.

Al doctor se le ha quedado cara de susto, como si hubiera visto un fantasma. Se pierde en sus pensamientos unos instantes. Lo interrumpo.

—Doctor, ¿Quería decirme algo?

—¡Eh! Sí, sí. Quería saber... —Lo piensa otra vez, luego se arranca a hablar—. He estado pensando, ¿qué te parece si te receto algo que te ayude?

—¿Que me ayude a qué?

—A superar el dolor.

—Si viene bien, ¿por qué no?

—Eso pensé. —Dice el médico y me da una receta. Estoy feliz porque regreso a casa.

Capítulo 4

Una semana más tarde estoy con Manu tomándome un café en Gran Vía. Aprovecho para comentarle que necesito empleo. Manu es catalán e independentista. Llegó a Madrid con quince años y ahora tiene cuarenta y siete. Es muy muy maricón y un poquito comunista, pero me encanta quedar con él. Tiene las ideas claras y un gran sentido del humor. Me divierten sus batallitas diarias con Mario para conservar la llama del amor.

Hay un chico en la mesa de enfrente que no para de mirarme. Manu también se ha dado cuenta. Es alto y atlético, cuando nos mira sonrío y dos hoyuelos se dibujan en la comisura de sus labios. De buenas a primeras el chico se dirige hacia nosotros. Manu aprovecha para ir al baño. Yo no sé dónde meterme.

—Hola, te estaba mirando desde hace un rato. «No me lo creo, ¿por qué tiene que pasarme esto a mí?» —No contesto. La verdad, no sé qué decir. El joven vuelve a hablar—. Creo que te conozco. Manu llega en ese momento.

—Eva, ¿qué pasa?

—¡Eh! No, nada. El chico.

—¿Qué chico? —Miro en derredor, no está. Ha ido a la barra.

—Aquel, —señalo. Manu se echa a reír.

—Las ganas que tienes. —Se bebe el café de un sorbo—. Evita, me voy corriendo. Me alegra hablar contigo. Tenemos que repetir, pricesa.

—Manu —me llevo la mano a la frente, ¿dónde vas?

—Pues a trabajar, cariño, a trabajar.

—¿De verdad vas a dejarme sola?

—¡Ay!, por favor, Eva. Te dejo en compañía de tu amigo. No irá a secuestrarte, ¿o sí? —Adquiere una de esas poses tan típicas de él mientras recoge sus cosas—. Miraré lo que comentaste, si me entero de algo te aviso.

Hago un último esfuerzo y lo miro suplicante, en plan, no me dejes así, ¡por Dios!, pero no me hace ni puto caso. Cuando me besa deja escurrir estas palabras: —he visto como se te mojaban las bragas, corazón. Sé un poquito más discreta, vale. —Me arregla el cuello de la camisa—. Disfruta la tarde. Dice antes de marcharse.

El muchacho regresa. Esta vez con una sonrisa.

—Creo que ya sé de dónde te conozco. —Hago un esfuerzo por serenarme. Le sigo la corriente.

—¿Del colegio?

—Sí, del cole. —Es una excusa muy mala así que sonrío, ahora mucho más relajada. Estoy segurísima de que no lo conozco de nada—. ¿En serio no te acuerdas de mí?

—No, digo con seguridad. Entonces, sin que pueda evitarlo, me acaricia el lóbulo de la oreja y doy un respingo que casi me caigo de la silla.

De golpe me acuerdo de Frank, porque tiene que ser Frank. Enrojezco como un tomate y me acomodo el mechón de pelos. Las manos me tiemblan. No sé dónde meterme, ni qué hacer. Frank parece disfrutar del espectáculo.

Me pongo muy nerviosa. «¿Frank?, ¿a estas alturas de la vida? No puede ser Frank»

No me atrevo a mirarlo porque estoy nerviosa, que digo nerviosa, estoy atacada y sudando de lo lindo. Cuando por fin levanto la mirada no está. ¿Pero? Me quedo boquiabierta cuando me

susurra unas palabras al oído, muy cerca del lóbulo.

—Tranquilízate. —Me doy la vuelta.

—¿Qué haces ahí parado?

—Tengo que marcharme.

—Pero si acabas de llegar. —Se encoje de hombros.

—Debo trabajar.

—¡Ah!, —miro al suelo unos instantes, luego levanto los ojos—. ¿Cuándo llegaste a la ciudad?

—El año pasado.

—Eso es mucho tiempo.

—¿Estás segura? —Se inclina hacia mí con una sonrisa burlona.

—Bueno, sí, o no. No sé, ¡no lo sé! —Digo enfática—. Un año es mucho tiempo.

—Te quedaba mejor el pelo de rubio. —Me acaricia el cabello y se marcha en silencio tras decir adiós. Lo veo alejarse y no soy capaz de mover los labios. Frank no se vuelve ni siquiera una vez. Cuando reacciono ya es demasiado tarde. Ha desaparecido en medio de la multitud. Pago la cuenta y regreso a casa caminando. He violado el horario de la medicación así que aprovecho para tomar las pastillas ahora.

«Frank en Madrid. No me lo puedo creer. Ha cambiado muchísimo en estos años, pero sigue tan atractivo y varonil. ¡Ay!, mi madre, ¿qué hago pensando en Frank? No lo entiendo, hay cosas que nunca se llegan a entender por muchos años que pasen» Me detengo a la altura del Palacio Real. Me encanta contemplar los Jardines de Sabatini mientras el viento agita mi pelo.

Debo olvidarme de Frank, —me digo antes de reanudar la marcha—. Frank es parte del pasado y lo que necesito es vivir el presente. Sospecho que ahí se encuentra la felicidad.

Capítulo 5

Paso el resto del día organizando la casa. Ahora que las cosas entre Miguel y yo han vuelto a la normalidad me siento afortunada. Aunque deberíamos hablar del tema bebé. Dos años no es mucho tiempo, pero al final pesa. Los médicos dicen que todo está bien. Miguel está bien, yo estoy bien. Treinta y seis años tampoco es una edad excesiva, conozco amigas que se han lanzado a los cuarenta y con el tratamiento adecuado han conseguido no uno sino dos bebés.

Consulto el reloj, las siete de la tarde. Debo darme prisa con la cena, en un rato llegará Miguel. ¿Y si le hago su plato favorito? Menuda sorpresa se va a llevar. A Miguel le encanta el salmón al vapor salpicado con brotes de hierba buena, trocitos de cilantro, aceite extra virgen y una guarnición de patatas. Empiezo a preparar la cena y mientras se cuecen las patatas aprovecho para organizar un par de cajones. En uno de ellos encuentro una foto de Miguel de hace tres años cuando estuvimos en Galicia.

Parece muy feliz y yo no estoy nada mal. «¿Fue esa noche cuando decidimos lo del bebé o antes? No lo recuerdo» En el fondo de la caja encuentro un álbum de fotos cubierto de polvo. Limpio la cubierta y lo abro. Son fotos de adolescencia en las que aparezco con mis amigos haciendo el tonto. «¡Dios mío!», —me muero de la risa. «¿Dónde estarán ahora? Llevo años sin saber de ellos»

Paso las páginas aprisa y una foto cae sobre la cama. Es muy vieja, tanto que duele mirarla. En ella está Frank con una gran sonrisa. El timbre del teléfono me interrumpe, es Miguel.

—Estoy llegando a casa.

—¡Ah!, muy bien.

—¿La comida está? Traigo un hambre de perros. —Me echo a reír—. Claro que está, cielo. Además, te va a encantar. —Miguel no dice nada—. Tengo que dejarte, cariño. Me despido con un beso y voy corriendo a la cocina. Preparo los platos, escurro las patatas. Se me ocurre agregar una crema al salmón así que me doy prisa. Corto la hierba buena en trocitos muy pequeños. «Vino, me falta el vino» Rebuscó en la despensa hasta que encuentro un Rioja. «Sí, esto servirá» El salmón está en su punto. Bajo el fuego para conservar la carne tierna y jugosa. Espolvoreo una pizca de sal del mar muerto sobre el pescado. La cocina se inunda de un olor delicioso.

—Huele genial, dice Miguel al entrar. —Corro a abrazarlo y lo beso. Me recibe huraño.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Me cuelgo de su cuello.

—No pasa nada.

—¡Ah!, bueno. —Va directo al baño.

—¿Tienes mucha hambre?

—Muchísima. —La puerta del lavabo se queda abierta así que escucho lo que hace. Debe estar cansado.

—Migue, te espero en el salón. —Aprovecho para ultimar detalles. Regulo la luz con la persiana. Sirvo el vino. Miguel está en la puerta del salón con cara de asombro.

—¿Qué celebramos?

—Nada. —Me encojo de hombros. Le alcanzo una copa.

—¿Brindamos? —Chocamos las copas.

—Tengo hambre.

—Y yo. —Contesto con una sonrisa—. Siéntate.

Sirvo el pescado con su guarnición. Devora las patatas en dos minutos y media botella de vino.

—¿Hay más?

—Claro que hay más. —De nuevo le sirvo. Come con entusiasmo y eso me gusta. Me gusta contemplarlo mientras sacia su hambre. En estos momentos me siento como una madre protectora, el mundo se organiza de tal manera que cobra sentido y soy feliz.

—¿Cómo fue el día?

—Bien. —Juego con un mechón de pelos.

—¿Puedes alcanzarme el mando?

—Claro. —Enciende la tele y pone un partido de fútbol. Está jugando el Barça contra el Real Madrid. Le sirvo otra copa de vino.

—Tenías hambre.

—¡Eh! Sí, he trabajado mucho. —Deja el plato en la mesa y se acomoda en el sofá con las piernas abiertas. El comentarista del partido canta un gol.

—Cani, ¡marcaron un gol! —Me dice Cani cuando está de buen humor.

—¿El Real Madrid? —Pregunto desde la cocina.

—¡Pues claro que el Real Madrid!

De repente irrumpe en la cocina y me abraza, me llena de besos.

—Eres la mejor, Cani, la mejor.

—Pero ¿qué haces? —Me toca el culo y mete la mano por debajo de la falda. La braga se humedece en cuanto me toca. Casi se me escapa un grito de placer.

—Pero, Miguel. —Siento la presión de su pene a punto de romper el pantalón. Entonces me da la vuelta, de un tirón me baja la braga e introduce el pene entre las nalgas—. ¡Miguel!

Tengo los pies en punta, el culo en pompa y los ojos en blanco. Acomoda el pene y lo impulsa. —Se me escapa otro grito. Me muerde una oreja y suspiro cuando entra. Esta grande y duro. No quiero que pare, se inclina hacia adelante y al recuperar, la embestida me deja sin aliento. Estoy húmeda y llena de ganas. Entonces se detiene.

—¿Quieres más? —Trato de agarrar su pene con cara de súplica, pero no me deja—. ¿Te gustó? ¿Dime si te gustó? —Asiento con prontitud y se marcha.

—Pero ¡Miguel! —No obtengo respuesta. Estoy húmeda y muy excitada, tanto que deslizo la mano hasta tocar con delicadeza los bordes de mi pequeño botón; crece de inmediato. Siento el latigazo de placer recorrerme por dentro. La respiración se entrecorta y jadeo con ansiedad. A pesar del placer percibo una sensación extraña. Giró el torso y me asusto. Miguel está justo delante de mí completamente transfigurado.

—¿Quién coño es este? —Me enseña la foto de Frank. No sé qué decir.

—Miguel.

—¡Miguel mis cojones!, ¿quién es este?

—Un amigo. —Se me ocurre.

—¡Un amigo! ¡Un amigo!

—¿Qué hace la foto sobre la cama? ¡Eh! ¿Qué hace la foto en la cama? —Golpea la nevera con furia.

—Miguel.

—¡Cállate! ¡Cállate! —Estoy aterrada. No comprendo absolutamente nada. Hace un instante era tan feliz y ahora... Las ganas de llorar me inundan. Hace rato que Miguel dejó de gritar. En lugar de eso está en la habitación. No me atrevo a seguirlo, pero me lleno de fuerzas y voy. Está recogiendo sus cosas.

—Pero, Miguel. —Tengo ganas de abrazarlo.

—¡Suéltame!, ¡suéltame!

—Miguel, por favor. ¿Por qué te pones así? —Me mira con el gesto torcido. Está claro que no me entendió. Pruebo otra vez—. Miguel, es una foto antigua.

—¡Cállate! —Recoge la ropa con prisa y la mete en una bolsa del gimnasio. A medida que pasa el tiempo crece mi desconsuelo. Me encuentro perdida y tan desubicada que lloro sin contención, como si fuera una loca.

—¡Miguel, por favor, por favor! —Lo detengo, está a punto de marcharse—. ¡Por favor no te vayas, Miguel!—. Me arrodillo ante él—, ¡haré lo que tú quieras, pero por favor, no te vayas! — Trata de avanzar y me abrazo a sus piernas, perdida en llanto. Me empuja con fuerza y ruedo por el suelo. «Esto no puede ser, no puede ser» —Dice una vocecita en mi interior que no quiero escuchar. El portazo hace que regrese a la realidad. Estoy en el suelo retorciéndome de dolor, sofocada y aturdida. Aprisa salgo a la terraza. Me asomo al balcón.

—¡Miguel! —Grito desesperada. —Me ignora. Se pone el casco de la moto y desaparece en la esquina. —La vecina del frente también está asomada al balcón. «¡Estoy perdida, perdida!» — Recorro el interior de la casa sin saber qué hacer. Mi vida es un desastre. Tengo treinta y seis años y ni siquiera soy capaz de mantener a mi lado al hombre que amo.

La habitación está desecha. Lanzo los cajones al suelo y me acurruco en un rincón de la cama hasta que el sueño y el cansancio me vencen. Despierto muy tarde. No sé qué hora es, quizá las tres o las cuatro de la madrugada. Al pie de la cama está Miguel, arrodillado. Todavía lleva la cazadora puesta. Lloro en silencio. Estoy aturdida y muy desubicada. Miguel me besa los pies, los abraza.

—¡Cani, perdóname, perdóname! —No sé qué decir, estoy paralizada y a punto de sufrir un ataque de pánico—. Sube por las rodillas, me besa los muslos y los lame. Me resisto y desliza un dedo en la entrepierna. Desgarra la braga de un tirón y me obliga a recoger las piernas. Entonces vuelve a lamarme y empiezo a aflojarme. Abro las piernas y emito un quejido de placer porque me ha tocado el punto. Le agarro la cabeza y vuelvo a gritar, esta vez con más fuerza. Quiero que entre. Retuerzo la sábana mientras ahogo un grito de placer y soy feliz. Por fin, en medio del silencio de la noche venzo a la tristeza y a la soledad.

Capítulo 6

Despierto muy tarde. Miguel hace mucho que se ha ido. Me ha dejado el desayuno preparado y una nota deliciosa: gracias por todo, amor. Estoy en una nube. Por mucho que lo intento no consigo encontrar una explicación.

Llevo el desayuno a la terraza. La vecina sigue en el mismo lugar del día anterior. Desde su balcón es capaz de ver las ventanas de la habitación y la terraza. Tomo nota de su indiscreción y la amenazo con el puño. La vieja sonríe y gira la cara en otra dirección.

Hoy debería pedir cita en la consulta de fertilidad. Estoy pensando en ello cuando recibo un mensaje de Miguel: Cani, acabo de reservar cita para el tratamiento de fertilidad, luego te cuento, Bs. —Los pezones se me erizan cuando leo el mensaje. Este es el Miguel que conocí hace tres años. Un hombre preocupado y cariñoso. De acuerdo, cielo. —Contesto.

El zumo de naranja está delicioso. Desde la terraza veo parte de Madrid Río. Adoro sus terrazas siempre llenas de personas, las señoras mayores paseando a sus perros y los niños con sus nanas. El telefonillo suena en ese momento. «¿Quién será?»

—Hola.

—Policía nacional.

—¿Qué?

—Señora, es la policía. ¿Puede abrir?

—Sí, claro. —De inmediato me pongo nerviosa. No pasan ni dos minutos cuando tocan a la puerta. Abro con timidez.

—¿Aquí vive Miguel García?

—Sí, claro.

—Necesitamos hablar con él.

—Está trabajando. ¿Por qué, qué pasa? —Los policías se miran. Bajo los ojos unos instantes. Estoy confundida—. No entiendo. ¿Me ha dicho, Miguel, Miguel García? —Los policías asienten.

—¿Usted es su mujer?

—Sí, soy su mujer.

—Pero ¿están casados? —Me muerdo los labios.

—No, no estamos casados pero soy su pareja. —El teléfono suena en ese instante, es Miguel—. Un momento por favor, digo antes de contestar.

—Hola, Cani.

—Miguel.

—Dime cielo.

—Hay dos policías parados en la puerta que preguntan por ti. —Silencio—. Miguel. —Pasan unos segundos que me parecen eternos. Los policías me observan desde la puerta.

—Cani, ¿estás?

—Sí, estoy aquí.

—Me quedé sin cobertura. Dales mi teléfono, debe ser un tema de multas. —Respiro aliviada.

—¿Una multa?

—Sí, del año pasado. Creo que papá no la ha pagado así que al final...

—¡Miguel! —lo interrumpo—. ¡Prometiste que no volverías a meterte en las carreras!

—No lo he hecho.

—¿Cómo que no lo has hecho? ¡Por favor!

—Es una multa antigua.

—¡Miguel!

—Tú haz lo que te digo, dales mi teléfono. Tengo que dejarte. —Y cuelga. Me quedo fría. «Miguel otra vez en las carreras de motos por la M-30. ¡Dios mío!», —me llevo la mano a la boca. Los policías me observan, por suerte reacciono.

—Acabo de hablar con él. —Camino hasta ellos con soltura. Intento aparentar la mayor seguridad posible, pero me tiembla la voz—. Me ha dicho que les dé su teléfono.

Los policías están muy callados. Me observan con insistencia. Finalmente el más alto se anima a hablar.

—¿Está segura de que no se encuentra en casa? —Reacciono de manera instintiva. Las manos me sudan y me tiemblan, cada vez más.

—No, no está aquí. —Uno de los policías asoma la cabeza y me mira con suspicacia, como si fuera una mentirosa. Yo... —Me llevo una mano a la cabeza y tuerzo el gesto—. Yo... —Me cuesta trabajo hablar y tartamudeo. «Odio la suspicacia y a la gente mentirosa» Yo...

—¿Está segura? —Reitera el policía. De repente todo cambia. A pesar del miedo y la ansiedad asiento decidida.

—Sí, aquí no hay nadie. ¿Necesitan algo más? —Los policías siguen observando. Esta vez sostengo la mirada en medio de un silencio que amenaza con devorarnos.

—No señora, es todo por ahora.

Cierro la puerta con el corazón en la boca. «¡Maldito, maldito, maldito! ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que sea tan ciega? ¡Hijo de puta, es un hijo de puta!» —Llamo a Miguel un par de veces. No contesta. ¡Joder! Esto pasa de castaño oscuro. Miguel me va a oír cuando llegue.

Paso la tarde atormentada. Después de comer intento dormir, pero no lo consigo. Sigo muy nerviosa, nerviosa y ansiosa. «Si Miguel está de nuevo en las carreras» —Me muerdo las uñas. «¡No puede ser posible, no puede ser verdad!» Aprovecho para tomarme las pastillas y me calmo.

A las cinco recibo una llamada de Miguel.

—Cani.

—Nada de Cani. —Silencio.

—¿A ti qué te pasa?

—¿Te lo tengo que explicar?

—Voy para la casa, llego en media hora.

—Mejor. —Digo llena de furia.

—Sí, mejor. —Contesta él y cuelga.

A las seis me vuelve a llamar.

—Cani.

—¡Hombre, otra vez anunciándote.

—¿Todavía estás enfadada?

—¿Tú qué crees?

—Cani, por favor, hablemos. —Me quedo de piedra, Miguel apelando a la cordura. No puede ser.

—¿Qué quieres hablar?

—Cani, te lo pido por favor, ¿en serio no te importa lo nuestro?

—¿Cómo te atreves a decirme eso? Tú sabes mejor que nadie lo que me importa lo nuestro, eres tú... —Me interrumpo.

—¿Puedes bajar un momento? —Su petición me deja desconcertada.

—¿Cómo?
—¿Estás en casa?
—Sí, estoy en casa.
—¿Puedes por favor bajar?
—¿Para qué?
—No dijimos que deberíamos hablar.
—Sí, Miguel... —Me interrumpes otra vez.
—Entonces baja. —Me muerdo los labios.
—Está bien, ahora bajo.
—Cani, —dice antes de que cuelgue— ponte la chupa roja.
—¿Qué chupa roja?
—La chupa roja, la de los viajes, la que te queda tan bien.
—¡Ah!, esa chupa.
—Sí.

—Está bien, Romeo. —Miguel sonrío y voy directo a la habitación. La chupa roja me la regaló al principio de la relación, en una concentración de moteros cerca de La Granja. Estaba atestada de gente, más de setecientos moteros y se aparece él, el héroe de la tarde, con una chupa roja bellísima y me la entrega delante de aquel mar de gente en un sitio tan bonito como La Granja.

Bajo con la chupa y los vaqueros que solía usar en esa época. En tres años no he aumentado ni una gota de grasa. Debe ser por mi temperamento nervioso. Miguel silba en cuanto me ve. Enciende la moto y se detiene a mi lado.

—¿Estás lista, niña? —Los ojos se me ponen en blanco. Adoro cuando se pone cariñoso. Me extiende el casco.

—¿Adónde vamos?
—No lo sé. —Acelera la moto—. ¿Montas o qué?
—¿No habrás bebido?

—¿Tengo cara de borracho? —De nuevo acelera—, anda monta. Vamos a dar un paseo. —Lo miro reticente unos instantes. Alza la visera del casco y me guiña un ojo. Luego sonrío y termina por convencerme.

La moto vuela por la avenida, dobla por el Puente de Segovia y nos adentramos en la M-30 a toda velocidad. A medida que acelera me aprieto a su cuerpo. Vuelvo a experimentar una sensación de placer olvidada mucho tiempo atrás.

La moto desmenuza las millas; en menos de diez minutos estamos en Rivas transitando por la carretera que bordea el lago del Jarama. No hay transeúntes, ni coches. Solo somos nosotros y la carretera polvorienta que se transforma en camino. Miguel acelera a fondo y siento una energía especial, una sensación especial de plenitud y de belleza.

Sorteamos los obstáculos con elegancia, una y otra vez, con una coordinación perfecta. Miguel aminora la marcha poco a poco. Reduce la velocidad hasta detenerse en la entrada de una antigua cantera y sorpresa. En el fondo del hoyo hay una fiesta inmensa.

Capítulo 7

Miguel baja a la velocidad del rayo. Aparca en medio de una pista improvisada y salen a recibirnos los chicos. No me lo puedo creer.

—¡La Puri, la Puri en persona! ¡Joder, Puri cuánto tiempo! ¡Joder! —El oso me abraza. Entre sus brazos debo parecer una muñeca de trapo. Es un hombre inmenso y con los brazos peludos, pero el corazón no le cabe en el pecho.

Miguel está contento. Ríe y salta con sus amigos. Las carreras ya empezaron. El ambiente se impregna de gasolina. Me ofrecen una cerveza, digo que no.

—¡Venga, Puri por favor!

—No puedo, estoy esperando un niño. —Miguel me observa en ese momento. No tiene buena cara, ¿qué le pasará? El oso abre mucho los ojos.

—¡Qué estás esperando un niño! ¡Venga, tía joder y ahora es que lo dices! ¡Chicos, chicos! —llama a gritos— ¡Aquí la puri que está esperando un crío!, ¡joder! —Una ola de efervescencia se levanta entre los moteros. Corren a abrazarme, me alzan en brazos; me pasean por la pista como si fuera la Reina de Saba. Me estoy divirtiendo un huevo con las muestras de cariño. El peta saca un billete de cincuenta y obliga a los demás a poner dinero en una boina.

—¡Venga hostias, no seáis ratas que esto es pa la puri! —Enseguida empiezan a caer los billetes, de veinte, de cincuenta. Me ponen sobre una mesa de madera y suben la música.

—¡Venga, Puri báílanos!

—Chicos, por favor. —Hay un mar de gente frente a mí gritando que baile. —Quitán el Heavy Metal y ponen flamenco. No quiero bailar, pero me encantan los gritos del público. Golpeo la mesa con el tacón dos veces, subo las manos y los miro antes de arrancarme a bailar. A la segunda vuelta los chicos aúllan. De repente me agarran por la cintura y me bajan de la mesa. No comprendo qué ocurre. Los hombres hacen silencio, es Miguel.

—¡Ya está bueno de baile!

—Pero, Miguel. —Es el oso.

—Miguel ni hostias, macho. —El ambiente se caldea—, ¡aire, que corra el aire!

Un grupo de moteros está bajando al hoyo. Es un grupo potente porque la polvareda es grande. Vienen con muchas chicas. Las motos se detienen en el centro de la pista. En vez de apagarlas aceleran los motores. —Miguel se para frente a ellos, detrás se ubican los colegas. Uno de ellos se quita el casco. Es Charly.

—¿No vas a abrazarme?

—Al lío, Charly. ¿Aquí o arriba? —Charly lo mira suspicaz.

—Donde prefieras.

—¡Eva! —Grita Miguel mientras se pone el casco. Enciende la moto. Los moteros se apartan.

—¿Qué? —Digo cuando estoy a su lado.

—¡Sube! —Dudo unos instantes, pero obedezco. No sé qué está pasando. Miguel derrapa una vez sobre la pista. Hace un giro perfecto y sale disparado del hoyo. Detrás lo sigue Charly. En la punta de la cuesta se detiene. Charly llega de inmediato. La chica que tiene detrás es muy menuda. Si queremos ganar deberé esforzarme. «Pero ¿qué hago pensando en ganar una carrera? ¡Nada de carreras! ¡Miguel lo sabe muy bien! ¡Dios es que lo odio, lo odio!»

—¿Desde el principio? —Pregunta Charly.

—¿Tienes miedo? —Como respuesta recibe un acelerón de Charly. Miguel se lanza a perseguirlo, pero su euforia dura poco. A menos de quinientos metros un coche patrulla se dirige hacia nosotros. El camino es de un solo sentido y apenas cabe un auto. Miguel y Charly siguen adelante como si la vía estuviera libre.

El conductor del coche enciende las balizas y nos hace señales con los faros para que apaguemos las motos. Miguel acelera. Charly hace lo mismo. Empiezo a ponerme nerviosa, pero no muevo una ceja. El coche cada vez está más cerca. El conductor pita y pita. Las gotas de sudor se deslizan por mi cuerpo.

El truco del desvío en el último momento necesita una distancia de seguridad. A ciento ochenta por hora uno puede desviarse a cuatro o cinco metros. Una vez probamos a tres metros y casi nos estampamos contra el auto. En aquella ocasión íbamos a ciento ochenta, pero me temo que hoy rondamos los doscientos.

Rezo porque salga bien. Entonces me doy cuenta de lo que quiere hacer. Solo de pensarlo me horroriza. Nadie ha intentado el salto del muerto en muchos años, de hecho, no conocemos a nadie vivo que lo haya intentado. Hago un esfuerzo para controlarme mientras nos acercamos cada vez más a la patrulla.

El salto del muerto consiste en obligar al coche a detenerse en el último minuto. Es para suicidas. El motorista apenas tiene espacio para reaccionar y cuenta para escapar, con la parada en seco del otro conductor.

Miguel acelera otra vez. Todos los músculos de mi cuerpo están tensos, listos para saltar o encogerme. Miguel se inclina un poco más y lo secundo. El coche está a punto de impactarnos cuando lo escucho frenar. Miguel entra y de inmediato abre el giro. La pintura del coche se pega en mi hombro.

«¡Dios, lo hemos conseguido! ¡El salto del muerto! ¡Hemos hecho el salto del muerto y estamos vivos!» La moto ruge debido a la potencia. Estoy eufórica. Miguel disminuye la velocidad, se incorpora a la autopista y sigue hasta el Hard Rock Caffè de Colón. Pronto la euforia da paso a la rabia. Me siento furiosa y se lo digo al aparcar.

—Pero ¿tú quién te crees que eres? —Miguel está perplejo.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? ¡Casi nos matamos! —Miguel sonrío.

—Tonterías.

—¡Eres un imbécil! —Estoy a punto de montar una escena. No me importa que la gente se pare en la calle a mirarnos. —Me agarra del brazo y lo empuja.

—Venga, Eva. Los chicos están a punto de llegar. —«¡Dios, siempre es él y su jodido orgullo, él y los chicos!»

—¡Suéltame! ¡No me toques! ¡No me digas lo que tengo que hacer! —Esta es la parte que odio de Miguel. Su absoluta sangre fría ante el peligro, su falta de responsabilidad y la inmadurez que lo carcome a sus treinta y cuatro años, como si fuera un puto crío del colegio. Entonces caigo en la cuenta de algo peor. Me detengo de golpe.

—¡Miguel!

—¿Qué pasa ahora?

—Miguel, no me pongas caritas, joder. ¡Me has usado! —Se queda en silencio—. ¡Eres un cabrón!

—¡Eva!

—¡Eva, hostias! —Salgo disparada a la calle.

—¿Dónde vas? —Lo ignoro. Quiero perderlo de vista. «¡Esto no está funcionando, no está

funcionando!» —La rabia me consume.

—¡Eva! —Se planta delante de mí—. ¡Cálmate, por favor! —Respira hondo—. ¡Te juro que no te he utilizado!

—¡Eres un mentiroso! —Lo empujo y sigo caminando.

—¡Por favor, Eva! ¡Ha sido coincidencia! ¡Los chicos querían verte! ¡Pensé que sería buena idea pasar un rato con ellos! ¡Te lo juro! —Me detengo. Miguel sigue hablando—. En serio, cariño. Jamás arriesgaría lo nuestro. Nunca, desde que me lo dijiste no he vuelto a correr.

—¿Y por qué corriste hoy? —Le grito en la cara.

—¡No lo sé!

—¿Cómo que no lo sabes, Miguel?

—¡No lo sé! —Quiero creerle, pero no puedo. Son tantos años juntos, tantas desilusiones que me niego a creerle.

—¡Eres un mentiroso y un gañan hijo de puta! ¡Sabías que ibas a correr! ¡Necesitabas una pareja y por eso me llamaste! ¡Eres un cabrón!

—¡Eva!

—¡Piérdete, Miguel! ¡Vete de mi vida!

—¿Cómo?

—¡Que te vayas, fuera de mi vida! —Repito sin pensarlo. Los chicos empiezan a llegar en sus motos, son tantos que ocupan todos los carriles de La Castellana. Enfilo a la boca del metro. No quiero perder un minuto más con Miguel y sus amigos. Es una verdadera pérdida de tiempo. De pronto me invade el cansancio y un vacío denso que me deja sin fuerzas. Quiero llorar, pero me contengo.

Tardo muy poco en llegar a casa. Abro la puerta y corro a encerrarme en el cuarto. Llora a moco tendido, lloro y con cada lágrima se escapa la esperanza de vivir una vida normal con el amor de mi vida. A las diez me quedó dormida, acurrucada en un rincón de la cama.

Despierto en plena madrugada. No sé qué hora es. Tengo un sabor amargo en los labios y una sensación extraña, como si me llamaran. Lo escucho de nuevo, muy lejos. «No puede ser» Tocan a la puerta. «Mierda, ¡son golpes en la puerta!» Me espabilo. «Qué hora es» —Miro el móvil. Ni se sabe las llamadas perdidas que tengo de Miguel. —De nuevo aporrean la puerta a las tres de la mañana. Me levanto como un resorte. —Desde el pasillo se escuchan los lamentos de Miguel.

—¡Eva! ¡Eva! —Y vuelta a aporrear la puerta. Enciendo las luces—. ¡Eva, ábreme, joder! —«Se va a enterar, hoy este se va a enterar» Abro la puerta furiosa y apenas tengo tiempo para abrazarlo antes de que se desplome. Está herido y lleno de sangre.

—¡Eva, perdóname, joder perdóname! —Lo ayudo a entrar.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha pasado? —Vamos directo al baño. Lo desnudo. Tiene la espalda llena de moretones, el labio partido y un corte en la cabeza. «Dios mío» Me llevo la mano a la cabeza. Miguel es incapaz de sostenerse en pie. Traigo una silla y consigo sentarlo con mucho trabajo.

La ducha le sienta bien. Por un instante pienso que se ha quedado inconsciente, pero son solo unos minutos. Le limpio la cara con cuidado y curo sus heridas con esmero. A nadie le duelen estos golpes más que a mí. Está desmadejado sobre la silla. Vomita dos veces, la última vez arroja sangre. Es incapaz de sostener la cabeza sobre los hombros, la mueve a un lado y cierra los ojos. Estoy literalmente aterrada y me siento culpable. Si algo le pasara a Miguel no me lo perdonaría jamás.

—Miguel, despierta. —Lo pellizco en la mejilla, le doy palmaditas—. Por favor, Miguel, tenemos que ir a urgencias. —Abre los ojos un instante, se esfuerza por colaborar.

—No, urgencias no. —Gira la cabeza a uno y otro lado como si estuviera moribundo. Estoy nerviosa y muy asustada.

—Voy a llamar al Samur. —No obtengo respuesta. Estoy a punto de marcharme cuando me retiene la mano. Por fin abre los ojos.

—Cani, sabes que te quiero. —Me derrito cuando lo escucho pronunciar estas palabras. Siento una mezcla de alegría y dolor. Sigue sentado en la silla sin moverse—. Cani, por favor, perdóname. Por favor, por favor. —Se arrodilla con dificultad—. Por favor, Cani. Me besa los pies, la cara interna de los muslos. Estoy llorando cuando hunde sus labios entre mis piernas y lo dejo hacer porque esto es lo más cercano al amor que he tenido en mucho tiempo y no sé si volveré a sentir una sensación tan maravillosa; arrinconada contra la pared por el hombre más hermoso del mundo mientras grito de placer.

Capítulo 8

Los siguientes tres días los pasamos encerrados a cal y canto. Miguel se recupera muy bien. Hace bromas y me halaga todo el tiempo. Dice que somos los únicos y le creo porque el mundo es una maravilla a su lado. No quiere que conteste llamadas ni que contacte con el mundo exterior.

—Seremos solo tú y yo, Cani. Solos tú y yo durante tres días. —No tuve que pensarlo mucho. Era una oferta tentadora así que pasamos el tiempo a medio camino entre la cama y el sofá del salón, encargando pizzas y viendo nuestras series favoritas de Netflix porque, ¿quién lo va a dudar? Nunca se ha tratado de un él o un yo, siempre ha sido un nosotros.

Al cuarto día Miguel puede caminar. Ha estado atendiendo llamadas del trabajo, pero solo lo imprescindible. A fin de cuentas, vivimos de sus ingresos. La situación no me gusta, pero es lo que hay. Lleva un rato al teléfono, debe ser un problema difícil porque presta mucha atención y está serio.

—Lo mejor es que vaya. —Lo escucho decir—. Sí, iré para allá, no tardo nada. —Se me cae el alma a los pies. Pensaba disfrutar un día más de nuestra soledad, pero lo acepto. Miguel se despide con un beso y promete regresar pronto. Sé que no es verdad, pero lo beso con efusión y le deseo suerte. Me he preparado un café con leche y voy a la terraza. Es muy temprano, apenas las nueve de la mañana.

No hace demasiado frío y a lo lejos, se aprecian vetas rojas en el cielo. La vecina del cuarto sigue en el sillón de siempre. Como de costumbre sonrío y la ignoro. Miguel Administra una pizzería que le dejó su padre. No es que se lleven bien porque eso nunca ha pasado. Ni él ni sus hermanos son un modelo de hermandad. Vamos que se llevan de puta pena, pero aún así, cuando es cuestión de dinero saben apartar sus diferencias y apoyarse. Por eso el padre de Miguel le dio una de las pizzerías después de una pelea colosal en la que se dijeron horrores. El padre cometió un error al retarlo. A partir de ese día Miguel nunca más le pidió dinero y su padre perdió una de las pizzerías con mayores ingresos.

Al cabo de un año las ganancias de la pizzería aumentaron un tercio. Poco después se encargó de contratar una agencia carísima para servir los pedidos a domicilio utilizando la página web. Su intención era captar los clientes de la zona Sur cuyo radio se encontraba fuera de la ciudad. Desde Carabanchel hasta las inmediaciones de Toledo. Tardó un año y medio en hacer rentable el proyecto, pero luego cuadruplicó las ventas. A partir de ese momento la relación con su familia cambió, pasó de ser la oveja negra de la familia a convertirse en Mike el conquistador.

Bebo un sorbo de café y pienso en Miguel. La verdad es que no quiero profundizar en nuestra relación porque cuando lo hago mi cabeza se convierte en un torbellino. Un día lo amo y al siguiente lo desprecio. A veces hace auténticas locuras y se comporta como un perfecto gilipollas, pero otras es tan gentil y cariñoso. Es que no puedo decirle que no, me pone tanto. Eso opina Isabel, que estoy encoñada. Vuelvo a beber de la taza. La vecina no para de mirarme. No tiene un ápice de vergüenza.

A las nueve llama mi madre. Quiere saber cómo estoy. Le digo que bien. No tengo muchas ganas de hablar. La escucho quejarse del gobierno. Odia el rumbo que están tomando las cosas en el país y me critica porque todavía no me he comprado una casa. Pienso en Miguel. Entonces dice una frase que me llama la atención.

—¿Qué? Perdona, mamá ¿qué decías?

- Sobre la sorpresa, hija, la sorpresa.
- ¿Qué sorpresa? —Hace silencio.
- ¡Pero, Eva! Antes de romperte la mandíbula ibas a decirme algo.
- Iba a decirte algo. —Repito pensativa.
- Pues claro, pero entre pitos y flautas.
- ¿Y era importante?
- Pues tú sabrás. —Medito unos instantes.
- No, no me suena nada.
- No me hagas ni caso, seguramente era una tontería, hija.

Mamá sigue con su perorata otro rato hasta que se cansa. Quedamos en que me llamará más a menudo. Aprovecho este rato de soledad para mirar viajes. Aunque mi carrera laboral se encuentra en pausa sé que Miguel va bien de pasta. Pienso que nos podemos permitir un viajecito, una escapada romántica de fin de semana en un parador o cerca de la playa. Salta el Messenger de Facebook con un mensaje de Isabel.

- Hola, pedorra. ¿Dónde te metes?
- Tía, estoy secuestrada.
- Secuestrada tú, jajaja.
- ¿Y a ti cómo te va? ¿Sigues con tu escarabajo pelotero?
- Bueno, Eva. Tengo que contarte un montón de cosas. ¿Te acuerdas que estaba con Juanjo?
- Sí claro, ¿todavía sigues?
- Calla niña, la semana pasada estuvimos en Portugal.
- ¿En serio?
- Sí, tía. Tenemos que quedar. ¿Qué tal este finde?
- Me viene mal.
- ¿Y entre semana?
- Estoy libre.
- Ya no tomamos el café de los sábados.
- No, tía. Tenemos que retomarlo.
- Eva, tengo que dejarte. Viene el gili...de mi jefe.
- Venga, tía un abrazo.

No contesta a mi último mensaje. Sigo con los viajes. Salta el wasap con un mensaje de mi madre. Me parto de la risa, me ha escrito *\$&7+. Entonces recibo un mensaje de Miguel.

- ¿Qué haces conectada? —No comprendo. Debe ser una broma, le sigo el juego.
- Esperando por ti.
- Dijimos que nada de conectarse.
- ¿Cómo?
- Eva ¿por qué estás conectada? —Hum, no sé qué contestar.
- Quiero darte una sorpresa.
- ¡Ah!, ¿sí?
- Sí.
- Ok, tardaré un poco más de lo previsto.
- Para la comida.
- Sí, sobre esa hora.
- Te quiero, gordo.

Me quedo esperando su respuesta, pero no contesta. Supongo que estará ocupado. Sigo con el plan del viaje y encuentro uno estupendo para Lisboa el fin de semana. Incluye dos noches de hotel

con vista al mar a menos de trescientos metros de la playa de Cascáis. Tengo la tarjeta de crédito lista para comprar la oferta, pero dudo. Hace unos meses, cuando se acabó el paro, Miguel me regaló una tarjeta. Tuvimos una tremenda porque no soy ni me parezco a una mujer florero. Él insistió en que la usara y la verdad, en todo este tiempo me he negado. De hecho, ni sé dónde la guardé.

Empiezo a revolver los cajones hasta que la encuentro. Aquí está, una Visa Premium con mi nombre en letras doradas. Cuando estoy a punto de pagar me asaltan las dudas, «¿debería usar la tarjeta de Miguel? ¿Y si se enoja?» Lo medito unos instantes. «No, no se enojará» Hago el pago. Recibo la notificación del cargo en el móvil y me embarga una alegría loca, un placer inusual que hacía meses no experimentaba. «¡Nos vamos de vacaciones el fin de semana!» Se me ocurren un montón de cosas pendientes. Debo hacer las maletas, comprar crema depilatoria. «Un bañador, ¡Dios, un bañador! Es abril, ¿hará bueno en Lisboa?» Consulto el tiempo. «No lo puedo creer, ¡hará bueno!»

Las horas se me pasan volando en Internet revisando sitios para visitar y de pronto se me ocurre que no tengo ropa. Un bañador nuevo me vendría muy bien, pero primero debo mirarme al espejo. Corro al baño y me desnudo. Observo cada milímetro de mis piernas, los brazos, el cuello. Respiro aliviada, estoy divina. La zona del culo y el abdomen está intacta, libre de celulitis y dura como un palo. Como hará buen tiempo se me ocurre ir de compras. Y claro, un *peeling* tampoco está de más así que pido cita con Andrés.

—El miércoles lo tenemos todo ocupado, cariño.

—¿Y el jueves?

—A las dos tengo espacio.

—Lo cojo.

—Venga, cariño. Ya tienes la reserva.

—Muchas gracias, Andrés.

Suelto el teléfono y corro a vestirme. En metro tardo unos quince minutos en llegar a Sol. No lo pienso más. Me pongo decente y en un santiamén estoy en Zara. Lo primero que tengo en mis manos es un vestido hermosísimo de Oscar de la renta. El precio es prohibitivo. Lo dejo. En su lugar, compro un bikini muy discreto y con tonos verdes que resalta mis curvas. Luego unas plataformas de oferta que no están nada mal, pero lo que me vuelve loca es la ropa interior de verano que cuelga en el escaparate de Intimissimi. Es pasar frente a la tienda y entrar disparada. Compro un conjunto de bragas y ajustador impresionante. Lo reservaré para el sábado, será una noche especial.

Entre una cosa y otra se me ha hecho tardísimo. Las dos de la tarde. Por suerte, Miguel no ha llamado. Regreso a toda prisa. Miguel sigue sin dar señales. Supongo que está ocupado así que escondo la ropa. No quiero que vea nada. Será una sorpresa. Preparo una comida grandiosa para dos, gambas con una guarnición de rúcula cubierta de caviar, ternera fresca adobada con cilantro, perejil, una pizca de cúrcuma y vino de oporto.

Sirvo la mesa y pongo la tele. A los diez minutos miro el móvil. Miguel está desconectado. Le escribo un *wasap* y vuelvo a mirarlo en quince minutos. Nada, ni una señal. Me muero del hambre así que empiezo con las gambas. Tienen un sabor exquisito. Devoro una tras otra con verdadero placer. Despacho el filete de ternera y luego el de Miguel, las gambas desaparecen una a una, también el resto del caviar, brotes de soja que encuentro en la nevera, el resto de la ensalada y queso de cabra. Acompaño la comida con pan fresco. El vino está buenísimo así que prácticamente sin darme cuenta me he bebido media botella y toda la comida.

Me recuesto en el sofá a ver no sé qué noticia del Ébola en África. Eso me digo, pero casi

enseguida me atrapa la modorra y cierro los ojos. Estoy tan a gusto que sin querer se me escapa un pedo y luego un eructo. Dios, ¡qué modales! —Me tapo la boca. Por suerte no me ha visto nadie. Ni siquiera puedo moverme de lo llena que estoy. De nuevo me atrapa el sueño y caigo con lentitud. Floto como si fuera una sirena. La sensación es agradable hasta que pasa flotando ante mí una ballena. «No, ballena no, sirena» Un cangrejo se acerca a mí. Es Sebastian, el de la Sirenita. Da una vuelta en derredor y me acaricia el rostro con dulzura.

—Pobre Ariel, se ha convertido en una ballena. —Tuerzo el gesto, pero él parece no darse por enterado e insiste de un modo insidioso. Mi madre lo llamaría mala bilis.

—Sirena no, ballena. —De nuevo me acaricia el rostro.

—¡Joder!, sirena. —Sebastian sonríe y niega con una sonrisa.

—Sirena tú, No, no, ballena —me corrige—, ballena.

El cangrejo se convierte en una gamba y se escurre en mi boca mientras grita ¡ballena!, ¡eres una ballena! ¿Quién ha visto sirenas gordas?

Despierto empapada en sudor y mala del estómago. Siento mucha presión en la tripa y un dolor horrible. Las arcadas son intensas. Corro al baño y cuando abro la boca se me escapa la vida. Una, dos, tres veces, ni se sabe las veces que vomito. Arrodillada y sin fuerzas, con media cabeza metida en el inodoro, así paso quince o veinte minutos.

En vez de mejorar la cosa se pone peor. Me apresuro porque la diarrea no espera y así pasa el tiempo, entre vómitos y diarreas. Poco a poco lo suelto todo. Sufro lo indecible con cada cólico. Apenas tengo fuerzas para sostenerme en el inodoro. Aun así, mi mayor temor es que llegue Miguel. «Me muero de la vergüenza si me ve así» Hago un esfuerzo por sobreponerme y lo consigo. De inmediato busco el botiquín y pillo un blíster de tabletas para el estómago. Su efecto es mágico, en menos de cinco minutos me siento mejor.

Arrastro el cuerpo hasta la cama o eso quiero, pero me detengo ante la báscula. No puedo moverme. Estoy nerviosa y tensa, muy tensa. Debo comprobar el peso. No puedo comer de esta manera o acabaré convertida en un desecho tóxico. Subo un pie, luego el otro y cierro los ojos. No quiero mirar. Sudo y me mortifico hasta que por fin compruebo la cifra, cincuenta y cuatro kilos. ¡Sí! Respiro aliviada. Ahora ya puedo descansar. Camino hasta la cama y me dejo caer sobre el colchón. Estoy exhausta. Cierro los ojos un instante, cuando los abro, Miguel está de pie con cara de pocos amigos.

Capítulo 9

Al final lo convencí. Puso un par de pegas y durante un rato bufó como un toro, pero nada de importancia. Por suerte el tiempo nos acompaña y la playa está riquísima. Cerca del mar hay un chiringuito donde comemos a diario. Lo lleva un negrito majísimo de Cuba, hace unos mojitos que saben a gloria.

Miguel está distante desde el viernes. En vez de bañarse en la playa pasa el tiempo echado en la tumbona con cara de espanto. Le he preguntado un par veces qué le pasa y no quiere hablar. De todas maneras, se muestra educado y eso. No pierde las formas, aunque he gastado una barbaridad el fin de semana. Me fui de tiendas y he caído en la tentación no una sino ocho, nueve, diez veces. La mitad de las tiendas de Cascais deben tener registrada mi tarjeta. Debo controlarme o fundiré los tres mil euros que tengo asignados para el mes en tres días.

A Miguel no parece importarle que gaste. Además, me he puesto tan contenta cuando me ha dicho lo de los tres mil euros que casi doy saltos de alegría. Tres mil eurazos en la tarjeta cada mes. Como no iba a celebrarlo, hombre ¡y tanto! No he parado ni un momento de darle mimitos y hacerle caricias.

En realidad, su comportamiento me sorprende mucho. Me tiene descolocada. Es como si no lo conociera. Miguel es impredecible. A veces tiene sus prontos, se enfada con mucha facilidad y es mandón, demasiado mandón, pero luego tiene unos detalles bonitos y es tan generoso.

Lo de los cambios de ánimo es aparte, pero ¿quién no los tiene? Yo misma voy de cero a cien en menos de un minuto y los días que me levanto histérica no hay quien me soporte. —Sonrío mientras bebo otro sorbo de mojito.

El chiringuito está atestado de gente, son las seis de la tarde y están poniendo un tema musical que me encanta. La gente conversa muy animada, cada uno está en lo suyo. La sangre me hierve. Tengo ganas de bailar y pasármelo bien. Me levanto sin prisa y camino hasta él. Tiene la mirada perdida. «A saber dónde estará» Me acerco despacito, acaricio su pecho mientras muevo las caderas con suavidad. Miguel me ignora, pero no por mucho tiempo.

Lo obligo a levantarse. Me suelto el pelo y sigo moviendo las caderas. El aire se carga de electricidad. No me importa que la gente mire. Estoy pegada a su sexo mientras meneo el culo despacito, igual que la canción. ¡Ay, por favor! Me encanta este tema. Siento un calor intenso en las mejillas; lo agarro del cuello y le muerdo los labios. Estoy caliente, dejo a Miguel con ganas de besarme y me hala furioso. —Sonrío. No quiere que me aparte. Me doy la vuelta, en un descuido, y lo obligo a tocarme los pechos mientras muevo el culo. Lo sé, estamos dando un espectáculo. Miguel está a punto de reventar. Noto como su sexo palpita.

De un tirón se aparta y me toma la mano. Deja un billete de cien sobre la mesa y me lleva al hotel. En cuanto abre la puerta lo beso con rabia. Miguel se quita la camisa y el pantalón. Me levanta del suelo como si fuera una pluma. Encajo las piernas alrededor de su cintura. No funciona, me obliga a ponerme a cuatro patas sobre la cama, y sin que medie una palabra rasga el vestido, lo destroza. Luego toca el turno a la braga.

Introduce primero un dedo, suelto un suspiro. Estoy salivando y muy sorprendida, ronroneo como una gata cuando los lametazos invaden mi clítoris. A medida que pasa el tiempo me siento más y más excitada. Ahora juega con el glande, acaricia los labios de la vulva, pero no penetra. Reculo con fuerza. No cae en la trampa. En el momento menos esperado me empotra contra la

pared y lo recibo con ansias. Estoy eufórica y desconcertada. De repente, Miguel se retira y recibo un latigazo en el culo. El dolor me pone de mal humor.

—¡Tú eres imbécil! —Le suelto un bofetón en pleno rostro. Miguel salta sobre mí otra vez. Utiliza su fuerza para dominarme. Es la primera vez que se comporta de este modo. Me aprieta el cuello con una mano mientras con la otra me acaricia el botón. Aligera la presión sobre el cuello. No comprendo qué ocurre. Entonces experimento una sensación extraña. Miguel me ordena que me relaje.

—¿Qué?

—¡Relájate! —Necesito tiempo para procesar el cambio. «¿Desde cuándo Miguel habla mientras tenemos sexo?» Sigo su consejo, relajo las piernas. Me penetra con fuerza. Cuando afloja la presión del cuello me invade una oleada de placer desconocida, tan intensa que abro mucho los ojos y grito.

Lo repite una vez, dos veces, y a medida que lo hace acrecienta mi placer. Grito de nuevo, primero sin fuerza y a medida que avanza en su lo que sea que esté haciendo grito con más fuerza y sienta bien.

Tal parece que se hubieran activado cientos de botones de placer en mi cuerpo. Lo atraigo hacia mí con desesperación, estoy literalmente volviéndome loca hasta que exploto. Estoy frenética y empapada en sudor. Miguel me suelta y esconde la fusta en el armario.

Necesito tiempo para recuperarme. Se acerca a mí preocupado y me pasa la mano por la frente. Estoy empapada en sudor y apenas tengo aliento.

—¿Estás bien? —Lo miro sorprendida.

—Pero ¿qué coño ha pasado? —Digo con voz entrecortada. Las piernas me siguen temblando. No sé qué coño ha pasado, pero Miguel tendrá que explicarme su comportamiento y el numerito de la fusta. En tres años jamás lo he visto manejarse de esta manera. Su silencio es incómodo—. ¡Habla de una vez! —Se levanta de la cama. No quiero que esté lejos. Me incorporo—. Miguel, —digo con suavidad—, ¿qué ha pasado?

La habitación está en penumbras. Corro las cortinas y abro la puerta del balcón.

—¿Por qué no vienes afuera? —Me sigue al balcón. Hay dos sillones muy bien colocados desde los que se puede ver el azul profundo del océano y en el fondo, al final del todo, el sol ocultándose.

Miguel parece ido. Lo dejo a su aire. La brisa marina y la tranquilidad de la tarde poco a poco me tranquilizan. La calma da paso a una paz que es una bendición. Sea lo que sea que haya ocurrido estoy tan relajada que pierdo la percepción del tiempo. A las ocho, Miguel me despierta. Se ha puesto una camisa blanca y un vaquero.

—¿Dónde vamos? —Se encoje de hombros.

—¿Dónde quieres ir? —No entiendo lo que está pasando. Las cosas están yendo demasiado aprisa, me pierdo una y otra vez.

—Miguel, ¿qué pasa? —Mira hacia el mar.

—No sé, dímelo tú. —Se da la vuelta.

—¿A qué viene el numerito de la fusta?

—¿No disfrutaste?

De pronto lo sé. No es necesario que diga nada. Durante un rato lo medito. Miguel se sienta a mi lado.

—¿Desde cuándo te gusta el sexo duro?

—Desde siempre. —Estoy flipando. Tres años de relación y me desayuno ahora de las preferencias sexuales de mi pareja. Hago de tripas corazón para no montarle un pollo, pero en

realidad estoy tan aturdida que no sé ni por dónde empezar.

—¿No pensabas contármelo nunca?

—Sí, claro. Muchas veces. Esa es la cuestión. Por eso tenemos que hablar. —Empiezo a ponerme nerviosa.

—Miguel, yo te quiero.

—Lo sé, Cani. No es eso. —Me acaricia el rostro con dulzura. No sé qué pensar.

—Así no podemos seguir. —Con las primeras palabras me invade el dolor. No controlo la respiración y me siento muy nerviosa.

—Pero, Miguel. —Le cojo las manos y lo miro a los ojos—. Dime qué pasa. Titubea unos instantes. Tiene el rostro pálido y está helado. La noche se cierne sobre nosotros con lentitud. Por fin se arranca a hablar.

—Me gustaría probar otras cosas. —Trago en seco. Al menos, de momento, no ha dicho que le gustan los hombres ni que existe otra mujer. Sigo medio asfixiada, pero aguanto el tipo, asiento comprensiva y lo animo a hablar—. Sé que esto es raro para ti. Pero a mí me gusta.

—¿Qué?

—Esto, el sexo duro. ¿No estuvo bien? —Me llevo la mano al mechón de pelos, juego con él—. Cani, ¿no estuvo bien?

—No, sí...

—Cani. —Miguel se acerca más aún. Yo te adoro. He hecho de todo para dejarlo, pero no puedo. —Se le ilumina el rostro—. Tú misma lo has visto. ¿Ha sido especial o no?

—Bueno, sí, un poco. —Todavía me duele el fustazo en el culo. Cuando lo pienso me entran ganas de darle otra hostia. La verdad, no sé qué pensar.

A las nueve nos vamos de cena. Miguel se muestra contento y bebe en exceso. Está eufórico y un pelin achispado. De vuelta al hotel se mete con la gente, hace piruetas y trata por todos los medios de hacerme feliz. En una de esas me acaricia el rostro.

—Tranquila, Cani, iremos despacio. —Promete mientras ríe a más no poder. La vuelta a Madrid es al día siguiente. Miguel no tiene prisa ni yo tampoco. Se la pasa dando órdenes por teléfono incluso cuando estamos a punto de embarcar en el avión. Yo observo en silencio. A pesar de que he traído un libro para el fin de semana no he leído ni una página.

El vuelo transcurre con normalidad. Al llegar a casa Miguel se despide con un beso.

—¿Te vas?

—Tengo trabajo.

—¿Y eso? —Me observa suspicaz y sonrío.

—Nada de importancia, Cani, trabajo rutinario. —Dice mientras me besa en la frente—. En menos de lo que crees estaré en casa. ¿Por qué no das una vuelta por Sol, a lo mejor encuentras algo que te guste? —Me guiña el ojo y se aleja silbando, pero antes me besa de nuevo—. Este fin de semana me encantó, ¿lo sabías? —Asiento displicente.

Tengo la cabeza echa un lío. Esa es la verdad. No han pasado ni diez minutos cuando tocan a la puerta, al abrir me encuentro una sorpresa mayúscula.

—¡Filipa! —Mi hermana me abraza—. Pero ¿tú qué haces aquí? No es capaz de responder, ha sido verme y romper a llorar, llora y llora a más no poder—. ¡Joder!, Filipa ¿qué te pasa?

—¡Lo dejo, esta vez lo dejo! —Me abraza muy fuerte, tal vez con demasiada fuerza. Trato de calmarla.

—Pero ven, siéntate. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un té, un café?

—Cerveza, necesito una cerveza. —La miro, es lunes y apenas son las diez de la mañana. Mi hermana no es alcohólica, pero me preocupa su manera de beber. Es la mayor de las dos, siempre

ha sido valiente y fuerte. Estudió Arte Clásico, se puede decir que es un cerebritito porque fue la primera de su graduación.

Le sirvo la cerveza y nos vamos a la terraza. La vecina del frente, para variar, sigue en el sitio de siempre. Nos mira con mucha atención hasta que le enseño el dedo medio con una mueca agresiva. Entonces gira la cabeza y sonrío, «¡zorra!»

Filipa se da tragos largos, parece sedienta. Espero a que termine el primer botellín y traigo otro.

—No, no es necesario. —Lo aparta con una mano.

—¿Vas a decirme qué te pasa?

—No puedo más, Eva, no puedo más.

—¿Es Nicolás?

—No aguanto más, Evita, no aguanto más. —Y de nuevo rompe a llorar. El marido de mi hermana es griego. Tiene una empresa de seguridad informática que marcha muy bien. Se mudó a Madrid hace diez años, el día que se casó con mi hermana. Tienen un chalet clase A, dos niños preciosos y un perro labrador. Hasta hoy pensaba que su vida era perfecta así que me estoy quedando a cuadros.

—Pero ¿qué ha pasado?

—¿Quieres saber lo que ha pasado? Mira, esto es lo que ha pasado. —Saca el móvil y me enseña la foto de un condón usado. No entiendo nada.

—Pero ¿y esto?

—Lo encontré en su bolsillo.

—¿Qué?

—¡Como te lo cuento, estaba en su bolsillo, Eva, en su puto bolsillo! «Mi hermana diciendo tacos, lo flipo» ¡Yo!, ¡yo...! ¡Yo no sé qué hacer! —Y vuelve a desplomarse sobre la silla envuelta en llanto y desconsolada. De nuevo tocan a la puerta. Mi hermana reacciona como una gata agresiva.

—¡No abras!

—¿Pero?

—¡No abras, te lo juro, es él! —Los toques se repiten. Por un casual miro al edificio del frente y de nuevo la puta vieja de los cojones nos está espiando. Esto ya es demasiado, incluso para mí.

—¿Señora, usted no tiene nada que hacer? —Le grito. Filipa me agarra la mano.

—¡No vayas a abrir!, ¡no tienes que abrir! —Se ha puesto muy agresiva, me aprieta mucho la mano. Siguen tocando a la puerta.

—¡Filipa, me haces daño, suéltame! —Consigo que me suelte.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Los toques en la puerta me interrumpen.

—¡Va! —Grito nerviosa. El que sea debe tener mucha prisa porque no para de aporrear la puerta.

—¡A mí qué me va a pasar!, ¡qué me va a pasar! ¡Es él, el del problema es él! —Dice mi hermana.

La dejo sentada en la silla, me cuesta Dios y ayuda que se quede tranquila.

—Filipa, no pienso marcharme. Claro que me quedaré aquí, pase lo que pase. —Me observa como si con cada paso estuviera más cerca su sentencia de muerte. Abro la puerta y me encuentro un Nicolás rabioso, a punto de estallar. Prácticamente me echa a un lado y pasa al salón, luego a la cocina.

—¿Dónde está?

—Pero ¿qué modales son esos? —No parece el Nicolás de siempre.

—¡Filipa!, ¡Filipa!

—¡Nicolas! —Lo agarro del brazo—, ¿se puede saber qué te ocurre? —Solo así consigo que se fije en mí. Es un hombre alto y robusto, apenas tengo fuerzas para detenerlo. Y sí, la verdad es que parece ido.

—Necesito encontrar a Filipa, ¿dónde está? —Dudo unos instantes hasta que suelto lo primero que se me ocurre.

—No está aquí. —Nicolás me observa muy serio.

—Imposible.

—He dicho que no está. —La voz de Filipa me deja muda. Está parada en la puerta, erguida y con aire señorial.

—Estoy aquí. —Nicolás muda la expresión del rostro, parece dolido y preocupado.

—¡Filipa!, ¡gracias a Dios! ¡Llevo media mañana dando vueltas de un lado a otro!, ¿qué haces aquí? ¡Vamos a casa! —Mi hermana sonrío y lo abraza.

—Claro que sí, cariño. Ha sido grato verte, hermanita.

Me quedo en una pieza porque no sé qué coño está pasando. Filipa siempre ha sido aficionada al teatro, si esta es una de sus bromitas se va a enterar.

—Un momento. —Me aferro al brazo de Nicolás—. Necesito hablar con mi hermana a solas.

—Realmente es un hombre grande, su antebrazo es como uno de mis muslos.

—No ves que no puedo dejarla. —Dice sin detenerse y me arrastra, lento pero constante.

—Nicolás, ¡por favor! —Alzo mucho la voz, es la única manera de llamar su atención.

—Lo que tengas que decir, dilo.

—Mi hermana está muy asustada, estoy barajando llamar a la policía.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¿Te parece poco lo que ha pasado? —Los carrillos se le inflan de aire cada vez más y se pone muy rojo, tanto que tengo la sensación de que estallará en cualquier momento.

—¿Qué te dijo? Te hizo el cuento del preservativo. ¿Ahora vas contándole eso a la gente? —Se dirige a su mujer. Filipa ni se inmuta— ¡por favor, Eva!, ¡por favor! ¡Estoy casado con una loca mentirosa!, ¡a ver si te enteras! —Hace ademán de marcharse y de nuevo lo detengo.

—Filipa, ¿quieres que llame a la policía? ¡Filipa! —Insisto ante su silencio. Nicolás espera unos instantes antes de reiniciar la marcha. Lo veo descender la escalera en silencio con mi hermana del brazo. Filipa me echa una última mirada que no sé cómo interpretar.

Paso el resto del día en un puro nervio. Llamo a mi madre y no contesta, luego a mi hermana y tampoco contesta. «Pero ¿qué coño ha pasado?» La semana pasada vivía en un mundo normal que se ha ido a la mierda en cuatro días. Para colmo de males Miguel se retrasa más de lo esperado y ni siquiera me avisa. Le escribo un wasap y luego otro. A las siete empiezan las llamadas perdidas y nada. Ni sé las veces que lo he llamado.

Estoy en la cama llorando y muy nerviosa, me aterra la posibilidad de que mi hermana se convierta en una estadística más. La frustración es tan grande que me como las uñas y sin querer me he hecho una herida pequeña en el brazo. Lo sé, estoy histérica, pero necesito hablar de una puta vez con mi hermana o mi marido. El teléfono suena y me lanzo sobre él.

—¿Quién es?

—Eva, ¿qué pasa? ¿Está todo bien? —«Es Miguel, por fin Miguel»— tengo dieciséis llamadas tuyas. Estoy yendo para la casa.

—Por favor, ven pronto.

—¿Te sientes mal?

—¡Mi hermana, es mi hermana! —Le explico en breves palabras. Miguel hace silencio. Sé que está analizando la situación, siempre ha sido bueno para enfrentarse a los problemas.

—Eva, ¿sigues ahí?

—Sí, aquí estoy.

—No hagas nada, llamaré a tu hermana. Enseguida llego a casa, ¿de acuerdo? Tengo algo muy importante que decirte.

—De acuerdo. ¿Cómo? —Trago en seco y repito como un loro. ¿Tienes algo muy importante que decirme? —Noto el subidón de adrenalina en el temblor de mi voz y en la intensidad de las palpitaciones. —¿Qué ocurre?

—Serás mejor que esperes, tardo diez minutos. Es importante, pero no es malo, ¿comprendes?

—Miguel tiene que preguntarme por segunda vez— ¿comprendes?

—Sí, comprendo, comprendo. —Estoy ida. La mente se ha puesto a maquinarse y ya no puedo pararla.

—Cani. —Dice antes de colgar— te quiero.

—Y yo, Miguel, y yo.

Los diez minutos se convierten en treinta. Miguel llega con una sonrisa en los labios. Me saluda con un beso. Deja sus cosas en la habitación y se sirve una copa de vino. He puesto la tele porque me calma, finjo que me interesa mucho el Hormiguero. Estoy deseosa de enterarme de las nuevas noticias, pero me contengo. Will Smith es el invitado especial. La verdad es que me encanta su trabajo. Miguel coge el mando y apaga el televisor.

—¿Qué haces? —Bebe un sorbo de vino.

—Tenemos que hablar. ¿No?

—¿Llamaste a Nicolas?

—Tu hermana está bien. Hablé con él hace un rato.

—¿Y ella?, ¿cómo está ella?

—Está bien, Cani —se pone serio—, estas cosas pasan todo el tiempo. ¿Por qué desvías la conversación? Eso no es lo importante.

—No estoy desviando nada. —Vuelve a beber otro sorbo.

—Hoy estuve hablando con un amigo. Quiero que lo conozcas. —«En serio, —pienso— vaya novedad, un amigo» Pongo cara de tonta.

—¿Esa era la noticia?

—No exactamente.

—Bueno, ¿me lo vas a contar?

—¿Qué tal el día? —Típico de Miguel, se está haciendo de rogar. Le sigo el juego.

—Bien, no hay mucho que contar. —Miguel despacha la copa de vino y se sirve otra.

—Preguntaba porque yo sí tengo noticias. —Hace una pausa y sonrío.

—Miguel, si no me cuentas de una vez lo que ocurre te juro que te vas a tragar el florero entero. —Miguel paladea el vino mientras me observa. Se le han iluminado los ojos. Su respuesta me descoloca por completo.

—¿Y qué más?

—¿Cómo?

—¿Qué más vas a hacerme? —Su respuesta me llena de ira.

—¡Ay! ¡Ya! ¡Joder!

—Eso, Cani, sigue. —Lo miro atónita.

—Tú estás zumbado.

—Cani. —Me agarra del brazo con violencia y me atrae hacia él.

—Cuando dije que quería probar cosas nuevas me refería precisamente a esto. Quiero una hembra dura y lujuriosa, quiero una diosa, quiero poseerte, ¿entiendes? —Me agarra el pelo con fuerza y lo mantiene en tensión, duele pero no tanto. Lo único que puedo hacer es mirarlo mientras me controla—. La clave está en la posesión, —Susura. Comienzo a sudar—. Me encantan las hembras rabiosas. —No me gusta el matiz que está tomando la situación, estoy incómoda y me duele la cabeza.

—Me estás haciendo daño.

—Forma parte del juego.

—No pedí entrar en este juego.

—¿Eso crees? —Afloja la tensión—. Estás tan metida en esto como yo.

—Ni lo sueñes. No me gusta el rollo sexo duro, Miguel. Y eso es definitivo. ¡Suéltame! —Lo miro a los ojos. Está muy serio—. ¡Suéltame! —El aire está cargado de tensión. Miguel me observa de arriba abajo y entonces me pellizca un pezón. Experimento una sensación extraña que me desorienta. Prueba con el otro y aflojo las piernas, de repente estoy caliente, jadeo como una perra y él se da cuenta del cambio. Pasa la lengua por el cuello y atrapa el sudor. Estoy tan húmeda y ansiosa que soy capaz de saltar sobre él, pero me obliga a escuchar.

—Tranquila, debes quedarte tranquila. —Mete la mano por debajo del vestido, humedece un dedo en su boca y me penetra—. El viernes iremos a una fiesta muy especial. —Empieza a estimularme con delicadeza—. En la fiesta conoceremos a mucha gente. Si no quieres, no tienes que hacer nada. ¿Comprendes? —Me muerde el cuello suave y poco a poco aumenta la intensidad hasta que duele. La sensación es tan inusual que tras cerrar los ojos vuelvo a abrirlos mucho mientras me estiro. Tengo el culo pegado a su sexo y siento la presión sobre las nalgas, en cuanto disminuye la fuerza de la mordida, el dolor da paso a una oleada de placer y se me escapa un quejido.

—Tranquila, cielo. Vas muy bien, el viernes te comportarás muy bien. Eres una chica excelente. Me besa y se aparta de mí. Estoy tan caliente que durante unos minutos no reacciono.

—¿No irás a dejarme así? —Miguel sonrío.

—¿Qué hay de comida?

—¡Eres un puto capullo!, ¡jegoísta de mierda! —Me lanzo a la bragueta y de nuevo me agarra por el pelo.

—Tranquila, Cani, el viernes tendrás tiempo para todo.

No sé la razón, pero obedezco. En cuanto se pone serio y cambia la voz me transformo en una perrita obediente y jadeante, en lo único que pienso es en complacerlo y en obtener placer.

Supongo que es parte del juego. En cualquier caso, no me reconozco, lo cual es preocupante. Entonces se me ocurre una idea para aliviar el fuego que me consume. Aprovecho que está comiendo y voy directo al baño. Abro la ducha y dejo que corra el agua fría, cuando está tibia permito que me moje.

La sensación que experimento es embriagadora. Me toco con delicadeza alrededor de los genitales, parezco una gata en celo, solo me falta ronronear, me imagino su falo grande y travieso penetrándome, empujando fuerte y profundo. De pronto el agua deja de correr y abro los ojos.

—Pero ¿qué pasa ahora? —Miguel está frente a mí, otra vez, como si hubiera cometido un crimen.

—¿Qué haces? —Me encojo de hombros, «esto es el colmo».

—¿No lo ves?

—No puedes hacer esto.

—¿No puedo qué? —Se quita la camisa y entra en la ducha.

—Digo que no puedes hacer esto, no sin mi consentimiento, no sin que yo te autorice. Abre la bragueta del pantalón y me vuelvo loca al ver su falo. Soy tan rápida que no es capaz de reaccionar. A pesar de que intenta cogerme me escabullo e introduzco el pene en mi boca. Lo estímulo con fuerza, lo lamo, lo chupo; acaricio la base del glande y lo masturbo con fruición. Miguel me agarra la cabeza, es lo único que puede hacer. Noto que está cerca del orgasmo, me preparo para ese momento y entonces me aparto con una sonrisa en los labios.

Lo veo convertir la cara de felicidad en pura mala leche. Salgo del baño y me seco, él aparece un instante después. No dice nada. Me observa unos instantes. Le enseño los pechos exprofeso mientras me seco, me echo crema con delicadeza, lo tiento con los pezones. Sé que le encanta jugar con ellos, pero no esta vez. Baja la cabeza y se marcha con una cara de mil demonios. Cinco minutos más tarde el portazo remueve los cimientos de la casa. Sonrío para mis adentros.

Capítulo 10

Dos días después seguimos sin tener sexo. Estoy que me subo por las paredes y Miguel sigue sin reaccionar. Masturbarme no hace más que empeorar la situación. Ayer y hoy se ha comportado como una monja en un convento, siempre repite lo mismo, “el viernes tendrás tiempo para todo”. La verdad es que no estoy segura de que sea buena idea ir a una de esas fiestas. Siento curiosidad, pero hay una parte de mí que tiene miedo, mucho miedo a perder a Miguel, pero sobre todo a involucrarme en un mundo que no tiene nada que ver conmigo.

Así paso la mitad de la mañana, pensando en el viernes y en lo que ha pasado durante los últimos días. Isabel me manda un wasap y le contesto.

—¿Tienes tiempo en la tarde?

—Claro, tía. ¿Sales pronto?

—Mi jefe me manda a hacer unos recados por La Castellana y luego estoy libre, ¿quedamos en La Castellana? —Digo que sí.

—Pues claro, ¿a las cuatro en Cibeles?

—Genial, tía. Nos vemos luego.

Consulto el reloj, son la una y media de la tarde. Preparo la comida y le mando un mensaje a Miguel. No contesta.

—Migue, ¿no vienes a comer? —Nada, ni un comentario. De nuevo me entran los calores. No sé si meterme bajo la ducha o arrancarme las bragas y prenderme fuego en la vagina. Salgo al balcón a tomar el fresco y decido correr. «Dios, ¡qué tonta soy! Correr, necesito correr» Antes solía correr por el barrio. No se me daba mal y me gustaba. Quizá por eso mantengo el cuerpo atlético.

En un santiamén me cambio de ropa y bajo. Estoy corriendo por Madrid Río a toda mecha. La gente me ve y se aparta como si llevara el demonio y no se equivocan, llevo el demonio entre las piernas. Por suerte, el aire y el esfuerzo físico logran calmarme.

Correr es como flotar. Eso hago mientras me imagino las vidas de las personas que voy dejando atrás. Una señora mayor acompañada de un caniche y con cara de tristeza asomada al río, «¿tal vez perdió la esperanza?»; un anciano acompañado de sus sobrinos y la hija «¿será la hija?» La hija le grita que se refugie del calor.

—¡Papa! —Arrastra mucho la a, como los gitanos— ¡Venga ya, a la sombra, por favor! —Paso veloz junto a ellos y sigo corriendo deprisa, con todas las fuerzas de mi alma. No sé hacia donde ni por qué. Lo único que hago es correr, correr mientras la vida pasa sin cesar repito una frase que me viene a la cabeza, *cuando no me encuentres, piénsame*. Aprieto el paso un poco más, *cuando no me encuentres, piénsame, cuando no me encuentres, piénsame*. Repito mentalmente esta frase hasta quedar exhausta a dos palmos del Puente de Toledo.

En vez de correr camino, camino para no reventar de angustia, para que no se me pare el corazón, para no morir de rabia y cansancio. Son las dos y cuarto de la tarde. Tengo el tiempo exacto para encontrarme con Isabel y contarle mis penas.

Capítulo 11

—Sé que soy una plasta tía, lo sé. No hago más que darte la tabarra con lo mismo, una y otra vez. Hasta yo misma me canso.

—Tranquila. —Isabel pone la mano sobre la mía—. Es normal que te sientas así.

—No tía, ¿tú crees que eso es normal? —Se encoje de hombros—. Tres días sin sexo, nada de nada y no hace más que calentarme y calentarme. Y luego la fiesta esa de los cojones.

—¿Qué fiesta?

—¡Ah! ¿Pero no te lo conté?

—¿La fiesta guarra?

—Esa misma.

—¡Ay! Por favor, ¿en serio vas a ir?

—No sí, yo no quiero. —La miro a los ojos.

—Eva, despierta, Miguel te está usando. Los hombres normalmente son unos descarados, pero cuando tienen la desfachatez de proponerte esto es porque son unos descarados de cuidado. La gente así no quiere a nadie. —Agita mucho las manos porque se ha hecho la manicura.

—¿Tú crees, Isa?

—¿No te acuerdas lo que me pasó con Jorge?

—Sí, tía ya lo sé.

—Vino con el mismo cuento, que si por aquí, que si por allá. Yo en la luna y él follándose a todo Dios hasta que lo cogí clavado con un hombre, tía, con un hombre en mi propia cama. A mí que no me vengas con historias. Los hombres están muy raros. Tú mira a ver lo que haces. Oye, por cierto, ¿en qué quedó lo del niño? —El teléfono nos interrumpe.

—Lo del niño, ¿qué niño? —Isabel me observa perpleja. El teléfono suena otra vez—. Dame un momento Isa, oigo.

—Cani, ¿dónde estás?

—Hola, cielo. ¿Qué tal el día?

—¿Por qué no estás en la casa?

—Fui a dar una vuelta con Isabel. —Miguel bufa al otro lado de la línea.

—Sabes que no me gusta esa amiguita tuya. Te lo he dicho varias veces.

—Miguel, por favor. —Hace silencio unos instantes, cuando vuelve a hablar parece más relajado.

—¿Te falta mucho?

—No, hemos ido de compras y ahora nos estamos tomando un café. —Esta vez resopla.

—Te pregunté cuánto tiempo te falta.

—¡Ah!, pues, no sé. Una hora.

—Son casi las ocho de la tarde.

—Bueno, no sé, ¿necesitas algo?

—Necesito que estés aquí. —Me impaciento.

—Ya, pero es que estoy con mi amiga.

—Ha surgido algo importante. Necesito que vengas con urgencia. Si hace falta voy a buscarte.

—¿Qué ha pasado?

—Es muy importante que vengas ahora.

—Pero...

—Ya mismo.

—Miguel, no me asustes.

—Tú verás.

—Miguel ¿esta no será una bromita? —No escucho su respuesta porque cuelga. ¿Qué coño habrá pasado? Miguel no deja de sorprenderme para bien y para mal. Guardo el teléfono. Debo tener cara de entierro porque Isabel me mira en silencio.

—No me lo digas, tienes que irte.

—Bueno, parece que ha pasado algo, no sé. —Estoy intranquila. Isa me observa recoger las cosas con cara de circunstancia. Agradezco que no intervenga. Sé lo que piensa y me duele, pero las cosas no son como parecen, no siempre.

—Te acompaño al metro.

—Gracias, Isa.

Hacemos el trayecto en silencio. A pesar de la hora la calle está atestada de gente. En la entrada del metro abrazo a Isa y prometo repetir la salida.

—¿Qué tal la semana que viene?

—Por mí estupendo. Cuídate mucho, Isa. —Y me abraza como solo las amigas saben hacerlo.

—Oye, una cosa. —Isa da vueltas, no se atreve a sincerarse.

—Mira, si quieres puedo ir contigo. Si las cosas van mal entre vosotros, tú sabes. Puedo ayudarte a sacar tus cosas, no sé. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. —La abrazo con efusión.

—Lo sé, Isa, lo sé. No pasará nada, estoy segura de que no pasará nada de lo que crees. Miguel tiene sus cosas, pero no es malo, lo conozco.

Hago el camino de regreso nerviosa y tensa. Miguel no es mala persona, pero tiene un pronto de cuidado. Una vez le dio una paliza a un tío solo por mirarme. Recién llegábamos a la playa. No hice más que bajarme y el tío se planta a mi lado y venga a mirarme.

Total, que en cuanto Miguel aparcó la moto fue directo a pedirle explicaciones. El otro cometió el error de ponerse gallito. El primer puñetazo le rompió dos dientes. Tuve que apartarlo antes de que lo matara a golpes. La gente de la playa mirando y Miguel muy enfadado, como si lo hubiera poseído el demonio o qué se yo.

Nos fuimos pitando antes de que llegara la policía. Así es Miguel, terco e impulsivo como él solo, pero pegarle a una mujer, jamás. Es demasiado hombre como para hacer algo así. «Aunque, ¿y si pierde los estribos? Una nunca sabe cuáles son los límites del otro o cuándo va a estallar. No, tonterías, son puras tonterías»

En la esquina de la casa se me acelera el pulso. Miguel está abajo con la moto. Enciende el motor y se acerca a mí.

—¿Qué pasa?

—Hola, Miguel. —Sigo tensa y muy nerviosa.

—Monta que nos vamos. —Tiene una mochila colgada a la espalda.

—¿Cómo? —Acelera, el motor ruge.

—¡Monta!, ¡he dicho que montes! —Casi grita. Se sube la visera del casco y termina por acojonarme. Sus ojos brillan de una manera inusual. No sé si es rabia o desesperación. Obedezco y partimos en dirección a la M-30. He cogido la mochila para estar más cómoda.

La moto vuela por la autopista. Vamos en dirección a la montaña por la autovía norte que circunda Madrid. En el cielo hay nubes grises y un aire frío que se cuela en el cuerpo. Está anocheciendo. Supongo que habrá una explicación para todo esto o no. Pienso mientras la noche

se desliza sigilosa sobre nuestras cabezas.

Un cuarto de hora más tarde se desvía por una carretera secundaria y quince minutos después, se introduce en el aparcamiento de un edificio con aspecto colonial. «¿Un edificio colonial en medio de la nada?»

La moto ronronea en la entrada del aparcamiento. Un joven se acerca a nosotros aprisa y le entrega una llave.

—¿Está todo listo? —Pregunta Miguel. La curiosidad me está matando.

—Sí, señor.

—Perfecto. —Le da propina y nos bajamos. Tengo un pálpito en el pecho que no me deja respirar, pero sonrío y continuo jugando mi papel.

—Hoy es una noche especial. —Dice Miguel. Lo sigo hasta el ascensor—. Una noche que no olvidarás jamás. —Me besa en la frente. Estoy un pelin nerviosa. La verdad es que no sé qué hacer. Me acomodo un mechón de pelos y sonrío. El ascensor tiene espejos hasta en el techo. Se detiene en la cuarta planta y accedemos a un salón espacioso, decorado con alfombras y bodegones. El sitio destila elegancia y pulcritud.

—¿Dónde estamos?

—En la habitación.

—¿Cómo? —Miguel sonrío. Debe ser un hotel carísimo o esta debe ser una habitación carísima, me corrijo.

—No te quedes en el recibidor, hay más. —Lo sigo cautelosa. El siguiente espacio es un comedor con una mesa para ocho. Hay dos cubiertos puestos, eso me da pistas.

—Necesito ir al baño. —Dice Miguel y deja la mochila en el suelo. Desaparece tan rápido que cuando vengo a darme cuenta estoy sola. Continuo avanzando en silencio hasta llegar a una habitación de lujo con una cama en el centro. Se me escapa un grito de sorpresa. Miguel acude presuroso.

—¿Qué pasa?

—¡Miguel! —Lo abrazo con fuerza— ¿cómo has podido? Hay una cama enorme cubierta de pétalos de rosas. «No me lo puedo creer, no me lo puedo creer» Miguel me besa en la frente. Estoy cansada de sufrir la castidad así que lo agarro firme e intento besarlo. Se retira con suavidad.

—Todavía no.

—¿Cómo que no?

—Mira en la mochila, por favor.

—¿Qué hay en la mochila?

—Tú, solo mira. —Me quedo pasmada. Hay un paquete envuelto en papel de regalo. No puedo creerlo, esto es demasiado. Si es lo que imagino, me entra el pálpito en el pecho. «¡Dios! Es un Oscar de la renta, justo lo que deseaba» Me lanzo a sus brazos y lo lleno de besos.

—¿No te lo vas a poner? —Dice sonriente.

—No te muevas de aquí.

En el baño me pruebo el vestido. Me queda como un guante. Es suave como la seda, muy ajustado al cuerpo, resalta la línea de las caderas y cae suave a la altura de las rodillas. Estoy tan entusiasmada que solo me percató de la presencia de Miguel cuando habla.

—Estás preciosa. —Corro a abrazarlo, lo lleno de besos. Le acaricio la entrepierna y no me deja.

—¿Qué pasa?

—Todavía no, es demasiado pronto. —Lo miro con malicia.

—¿Qué viene ahora?

—Pronto lo sabrás. Dice mientras me saca del baño y me pasea por la habitación—. Eres tan bella. —Suspira.

Me toma del brazo y salimos a un pasillo acolchado con alfombras. Giramos un par de veces hasta detenernos frente a un nuevo salón. Miguel extiende un sobre al camarero que cuida la puerta. Este lo lee con atención. No sé qué pasará a continuación, pero la curiosidad me está matando.

—Bienvenido, señor Miguel. Aquí tiene sus pertenencias. —Nos extiende una pequeña bolsa. Miguel saca dos antifaces, me extiende uno.

—Primero tú.

—Un momento. —Dice antes de cruzar el umbral. Toma aire. Siento que dirá algo muy especial —. Hoy es una noche única, será un gran cambio para los dos. —No comprendo el alcance de sus palabras, pero lo dejo hablar—. Hoy puedes hacer lo que quieras, podemos hacer muchas cosas. —Su voz titubea—. Lo único que te pido es que no te acerques a una persona. —Miguel y sus salidas melodramáticas. Me encojo de hombros.

—¿De qué hablas?

—Necesito que lo prometas.

—¿El qué? —Empieza a incomodarse—. ¿Quieres que no me acerque a una persona?

—Sí.

—¿Qué persona?

—Lo sabrás cuando lo veas.

La respuesta de mi novio es un misterio, como su vida. Sin embargo, ahora no importa. Quiero beber y divertirme, hace mucho que no salimos juntos. Por fin cruzamos el umbral, dentro me esperan grandes sorpresas, eso me digo.

Capítulo 12

La música es tan suave que prácticamente no se percibe. La mayoría de la gente habla en voz baja. También llevan antifaces. Conversan y sonríen con naturalidad. Con cada paso que damos nos siguen nuevas miradas. Estoy muy nerviosa, tanto que tiemblo. Miguel lo percibe y se detiene un momento para susurrarme unas palabras de tranquilidad.

—Tranquila, Cani. Es solo una fiesta.

—No estoy tan segura.

—Te digo que solo es una fiesta.

—¿En serio? —Asiente con tranquilidad.

—Es una fiesta excepcional. —Dice con cariño. —Yo no las tengo todas conmigo. Las manos me sudan y el vestido ha empezado a picarme. Para colmo de males me molesta la boca del estómago. Creo que voy a vomitar a morirme o qué se yo.

Un par de amigos de Miguel se acercan a saludar. Lo hago lo mejor que puedo. Sonríe a unos y a otros. Un señor mayor, de muy buen ver, se acerca con tranquilidad. A su paso todos se apartan. «Es el mariscal». —Escucho a la gente cuchichear. Miguel lo recibe con un abrazo.

—Me alegra que hayas venido. Veo que vienes bien acompañado. —Y al decir estas palabras desliza la mano por mi espalda hasta la línea del culo. Es tan rápido que no puedo impedirlo así que doy un respingo. Miguel interviene, pero no es necesario, el mariscal se sobresalta.

—¡Oh!, ¿es una novata? —Miguel asiente. Me estoy quedando a cuadros, «¿qué cojones es esto?» Un vapor caliente me sube por las orejas. Estoy avergonzada y muy tensa. El mariscal sonríe. Antes de marcharse nos da la bienvenida y suelta unas palabras enigmáticas.

—Me alegra mucho que estén aquí, chicos. Hoy tendremos una noche muy especial. —Debo tener los ojos a punto de salirse de las cuencas. Me falta hasta el aire.

—Miguel, —le susurro al oído— podemos hablar un momento.

—Claro, cielo.

—Aquí no. —Me mira extrañado.

—¿Entonces dónde? —Empiezo a ponerme furiosa. Aprieto los puños y me muerdo la lengua.

—En un sitio donde solo estemos tú y yo. —Miguel me observa detenidamente. No sé en qué momento ha cogido una copa de vino. De repente, el mariscal pide silencio. Está en el centro del salón.

—Señores, por favor. —Poco a poco cesa el murmullo—. Hoy tenemos una invitada muy especial. —Hace una pausa—. Todavía no tiene nombre porque es muy reciente, apenas es un cervatillo. —Escucho risas a mi alrededor—. Sin embargo, merece una cálida acogida. —Debo tener las orejas coloradas y calientes. Todos me miran como si fuera un mono de feria—. Les pido que sean amables y le den una calurosa acogida a esta hermosa alma que nos acompaña por primera vez.

La gente empieza a aplaudir. Miguel me da un ligero empujoncito y de pronto estoy en el centro del salón recibiendo aplausos. Lo único que hago es sonreír con nerviosismo. Por fin, Miguel se hace con mi brazo y nos apartamos a un lado. Estoy muy descolocada.

La velada sigue su curso. Un camarero pasa a nuestro lado con Champán. No puedo evitar coger una copa al vuelo. La sed me está matando. Miguel conversa con una pareja que se ha acercado a saludar.

—Cuando lo dijiste no quise creerlo, pero sí, aquí estás. —El que habla se llama Antonio. Es dueño de varias residencias para ancianos. Aparenta unos sesenta años, tiene el pelo blanco y las manos huesudas. Lo acompaña una mujer muy joven dueña de una belleza escandalosa, debe ser del este. La diferencia de edad es notable, al menos treinta años.

—Siempre cumplo mi palabra. —Contesta Miguel.

—¿Estás seguro? —Antonio sonrío. Se lleva la copa a los labios—. ¿Siempre, siempre? —No logro describir el sentido oculto de las palabras de Antonio.

—¿Qué tal tu primera noche? —La pregunta es para mí y viene de la acompañante de Antonio. Me toma por sorpresa. Bebo un trago antes de contestar y muestro mi mejor sonrisa.

—Soy Eva. —La chica sonrío, en vez de darme la mano me planta un beso en los labios, así sin más, con tanta naturalidad que se me cae la copa. Miguel y el resto de la gente no prestan atención al destrozo. Un camarero acude enseguida a limpiar el suelo y a recoger los cristales. La chica del este está muerta de risa.

—Se nota mucho que es tu primera vez. —Es del este, su acento lo confirma. Tiene los ojos azules y el pelo rubio. Parece una super modelo importada, de esas que solo se ven en revistas.

—No, si, solo lo acompañó a él. —Un camarero me alcanza otra copa de Champán. Me agarro a ella como si fuera mi salvación y bebo, necesito tragar alcohol, toneladas de alcohol.

—¿Solo lo acompañas a él?

—Sí, sí. —La chica del este me observa pensativa.

—Me llamo Jade. —Se acerca demasiado cuando pronuncia su nombre así que aparto el cuello. Debo parecer una auténtica pardilla, la atracción de la fiesta. Jade sonrío otra vez.

—¿Te puedo decir algo? —Me encojo de hombros y bajo la mirada, ella levanta mi barbilla. Debo tener las orejas rojas otra vez—. Eres deliciosa. —Lo dice con una gran fuerza en la mirada mientras se saborea los labios—. Me gustaría tanto conocerte más.

—¡Ah! Sí. —Tierra trágame. No sé qué hacer con las manos ni con el cuerpo, ni con toda yo.

—Quizá en otra ocasión. —Interviene Miguel. «¡Dios, por fin reacciona!» —Jade no se deja intimidar.

—A ti también, cariño. —Antonio se para detrás de Jade, los dos nos miran con entusiasmo.

—Son lo mejor que ha pasado por aquí en mucho tiempo. ¿Podríamos quedar más adelante o quizás...? —Miguel interrumpe a Antonio.

—Es demasiado pronto. —Se miran durante unos instantes. La conversación toma otro rumbo. Me bebo la copa de Champán y me traen otra. Miguel pregunta si no estoy bebiendo demasiado. Contesto que estoy bien, muy bien.

—¿Estás segura? —Dice con un tono de burla que no me gusta un pelo. El colmo es cuando me da una palmadita en el culo que me enerva. Definitivamente alborota una parte de mí que no quería sacar, porque, a fin de cuentas, no es necesario ir por ahí escandalizando a la gente, pero si él se cree que no puedo con una fiestecita de mierda y con un grupito de capullos mal follados, va de culo. De hecho... —Bebo otra vez de la copa—.

En el medio del salón hay un grupo de jóvenes muy atractivos. Miguel conversa muy animado con una pareja. La fórmula se repite, viejo forrado en pasta acompañado de una *top model*. En este caso, debo decirlo, es menos simpática que Jade. No le quita ojo a Miguel, como si quisiera beberse sus palabras.

Las risas del grupo de jóvenes desvían mi atención. Tal vez sean siete u ocho. Me resultan familiares. —Me centro de nuevo en Miguel. La morena se agarra de su brazo y sonrío con naturalidad. Se han olvidado de mí así que me descuelgo del grupo.

No sé si hice bien o no en apartarme de Miguel. Ahora mismo lo único que me interesa es

curiosear y pasármelo bien. Me importa tres pepinos lo que opine Miguel.

Me acerco al grupo de jóvenes con timidez. Alguien está contando una historia, no logro verlo bien hasta que se aparta una chica. Me quedo de piedra, es Charly el motero. Lo reconozco a pesar del antifaz.

Doy media vuelta de inmediato para encontrarme con un espectáculo lamentable. Miguel y la *top model* siguen en su salsa. Escucho pitidos y siento mucho calor en las sienes y en la cabeza. Mi primer impulso es acercarme a ella y soltarle una hostia o dos, una a ella y otra a Miguel.

De pronto caigo en la cuenta de que esta era la fiesta, la jodida fiesta del viernes y Miguel sin decirme nada. Me quedo con la boca abierta. No es una salida de reconciliación ni una fiesta normal, es una puta orgía. «Dios, ¡qué estúpida soy!». Todo eso del amor lo vence todo y el amor lo cambia y la transforma todo es una patraña.

Necesito ir al baño. Pregunto a un camarero y me indica. Por error abro una puerta equivocada y encuentro a dos tíos follando. No se inmutan cuando me ven, me quedo expectante, al igual que ellos. El sonido, la fiesta, el hotel, todo desaparece. Sigo ahí, mirando, con el corazón en la boca. Hasta que uno de ellos habla.

—¿Vienes o qué?

Sus palabras rompen el hechizo, de nuevo escucho los ruidos de la fiesta y reacciono. Cierro la puerta de un tirón y corro hacia el baño, pero tropiezo con Jade.

—¡Eva! ¿Qué te pasa?

—¡Déjame, déjame por favor! —Me escabullo en el baño. Jade me sigue.

—¿Qué ha pasado? —No soy capaz de hablar. Tengo un nudo en la garganta y me duele el pecho. Estoy desecha y temblorosa. Jade me abraza y rompo a llorar, tengo ganas de morirme, ¡tengo ganas de morirme!, si pudiera lo gritaría.

Jade me abraza con cariño, sus palabras son reconfortantes. Yo no me hallo. De pronto, la beso. Jade se echa hacia atrás. Nos miramos unos instantes. Estoy tan sorprendida como ella. El corazón me late muy deprisa cuando recibo su lengua. La beso y la abrazo mientras lloro.

—Espera.

—¿Qué? —digo. —Trato de besarla otra vez y me rechaza.

—Tranquila, tranquilízate. —Me abraza con ternura—. Esta no es manera de hacer las cosas. —Me da palmaditas en la espalda—. Si quieres llorar, llora. No es necesario que me beses.

—Quiero hacerlo, quiero besarte. —Jade me mira unos instantes, desliza su mano sobre mi pelo y habla con suavidad.

—Cielo, no sabes lo que estás diciendo. —Me besa en la frente—. Será mejor que te aclares. Tómate las cosas con calma.

—Pero...

—No hay peros que valgan —Me interrumpe—. Límpiame la cara y resuelve lo que tengas que resolver. Solo —se lleva la mano a la frente—, solo quiero que sepas una cosa, por encima de todo quiero ser tu amiga, ¿de acuerdo? —Asiento con lentitud—. Bien, estaré fuera por si me necesitas. Tal vez luego podamos hablar. —Dice antes de marcharse.

Las palabras de Jade ayudan. Poco a poco me tranquilizo. Lloro un poco y después nada. Siento un vacío enorme en el pecho y total indiferencia. Lo mejor será marcharme.

Fuera, la fiesta sigue. Miguel ni se ha enterado. Sigue con la morena y el viejo, entre los tres forman un conjunto grotesco. Han bajado las luces y la gente está más relajada. Estoy a punto de salir cuando Miguel besa en la boca a la morena. La visión dura apenas un segundo, pero es tiempo más que suficiente para que se encienda una lucecita en mi cabeza y todo cambia.

En vez de marcharme doy media vuelta, agarro una copa de Champán y me dirigo al grupo de

Charly. Jade pasa por mi lado.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Muy segura. —Contesto sin titubear.

En el grupo de Charly me reciben con normalidad. Intuyo que no saben quien soy, ¿o sí? Es igual. Me siento a gusto con ellos. Llevaba meses sin ver a Charly y sus colegas. Eran parte de nuestro grupo hasta que tuvieron diferencias con Miguel, así que crearon su propio grupo de moteros. Por fin llamo la atención de Charly. Cuando me ve se pone muy serio.

—Eva, ¿qué haces aquí? —Ponen música romántica.

—Lo mismo que tú.

—¡Ah!, sí. —Se queda pensativo unos instantes, hasta que se le ilumina el rostro—. ¿Qué te parece si bailamos en la sala del infierno? —La chica que participó en la carrera se pone a su lado enseguida. Es menudita y muy guapa.

—Por mí está bien. —Charly se sorprende—. Vaya, si que eres de armas tomar. Esta niña lleva meses conmigo y todavía no se ha atrevido. —Señala a la chica menudita.

—¡La niña tiene nombre, guapo y entérate de una vez que no soy una niña! —Dice con el gesto torcido—. ¡Si te metes con esa olvídate de mí!

—¿Olvídate de quién? ¿Alguien la conoce? —Los demás ríen. La chica se pone furiosa.

—¡Sabes qué!, ¡eres un guarro y un imbécil! ¡Pensaba que eras diferente, pero no! ¡Eres hasta maricón! —Y se marcha.

—Eso no fue lo que dijiste anoche, cielo. Por cierto, yo también te quiero. —Charly cambia el gesto a modo macho cuando se dirige a los demás—. ¿Quién quiere la sala del infierno? —Los chicos levantan la mano con entusiasmo. El ambiente del grupo se ha caldeado—. Habrá que ver si hay sitio. ¿No? —Los chicos asienten. Uno de ellos se presta para averiguar, le dicen El pecas.

Charly me está mirando de una manera que no me gusta. Es alto y corpulento.

—¿Qué pasó con Miguel? —Suelta a quemarropa. Ensayo mi nuevo yo liberal.

—Miguel, allá ¿no lo ves? —Charly me sigue mirando durante un rato hasta que suaviza el gesto—. Reconozco que hay que tener huevos para hacer lo del otro día con la moto. Eso fue —se queda pensativo—, ahora no me sale la palabra. —Pone la mano sobre mi cabeza, me acaricia el pelo, luego baja por la espalda, se detiene antes de llegar al culo. Empiezo a ponerme tensa, pero hago un esfuerzo para que no se note, así que bebo—. No sabía que te gustaba la marcha.

Los demás chicos me miran con entusiasmo, son ocho en total. El pecas regresa con buenas noticias.

—Hay una sala libre.

—Entonces vamos. —Charly me sigue mirando. Nos dirigimos a un reservado. En la puerta está escrito en letras grandes: sala del infierno. A mitad de camino me dan un tirón, es Jade.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Por qué? —Charly se acerca.

—¿Pasa algo? —Jade va a contestar, pero intervengo a tiempo.

—Nada, solo es una amiga. —Sé que a Charly no le gusta Jade, lo veo en su mirada. Se aparta con una sonrisa.

—Date prisa, tía, el tiempo no perdona. —Lo veo alejarse en compañía de sus colegas.

—¿Van a la sala del infierno? —Asiento con lentitud. Jade se lleva la mano a la cara—. ¿Sabes en qué te estás metiendo?

—No tengo ni idea. —Le doy un sorbo a la bebida, me siento bien y tengo ganas de salir de allí, pero me contengo.

—Es una violación grupal. —Casi le echo la bebida en la cara a Jade. —Sigue seria.

—Eso pensé. Será mejor que te lleve a casa. —Tira de mí, me resisto.

—No quiero ir a casa.

Jade está impávida, supongo que no entiende nada. A veces ocurre. Yo tampoco me entiendo la mayor parte del tiempo. Por eso camino hacia Charly con paso vacilante. Me recibe con un abrazo.

—Bien, muy bien muñequita. Verás lo mucho que nos vamos a divertir. —De nuevo me toca la espalda, justo hasta la línea donde empieza el culo, me soba—. ¿Quieres una rayita, niña? Te va a poner a cien. —Gesticula mucho y abre los ojos. Me susurra al oído—. Te dolerá menos y disfrutarás un huevo. —No sé qué decir. Las palabras de Jade me han dejado literalmente paralizada.

Uno de los chicos abre la puerta y entran. Fuera, solo quedamos Charly y yo. Estoy en blanco, aterrada. No sé qué decir, qué pensar ni qué hacer. Charly me empuja al interior del reservado y cierra la puerta tras de sí. Pienso que este es el final del mundo. Entonces la puerta se abre y aparece Miguel.

Capítulo 13

Tiene cara de mercenario. Sé lo que va a pasar. Todos saben lo que ocurre cuando se pone en modo hostil. Charly y Miguel se miden con odio. La manada se resguarda detrás de él. Se observan en silencio hasta que Miguel habla.

—Te dije que te mantuvieras lejos de ella. —Charly sonrío.

—Hace un año te dije lo mismo y no me hiciste caso. —Miguel aprieta los puños.

—Se va conmigo, ahora. —Me extiende la mano. —Uno de los chicos de Charly se adelanta para enfrentarse a Miguel. Charly lo detiene con un gesto.

—Eres un tipo con suerte, Miguel. —Charly me empuja hacia la puerta—. Pero no abuses, la suerte va y viene y cuando no la tengas yo estaré ahí.

—Esperaré ese día con ganas, Charly, con muchas ganas. —Miguel me agarra del brazo y salimos del reservado. Está hecho una furia—. ¿Me puedes decir que coño fue eso?

—¿Cómo?

—No te retrases, camina. —Casi me empuja al otro lado de la sala. Me dejo hacer. Cuando se pone así es una fiera. Le sigo el paso. Prácticamente me arrastra por el medio de la sala y entonces surge en mi interior una vocecita tímida, apenas imperceptible que me obliga a detenerme. No sé por qué. Miguel se da vuelta.

—¿Por qué coño no caminas? —Estoy ahí parada, en medio del salón. No soy capaz de hablar. Miguel tira de mí otra vez, lo rechazo. Sus ojos brillan, detesto lo que acaba de pasar entre nosotros, detesto el hotel, detesto a Charly y me detesto yo. Únicamente soy capaz de llorar y eso es lo que ocurre, me quedo ahí parada, en medio de la gente mientras las lágrimas corren por mi rostro. —Miguel endurece todavía más el gesto.

—Escucha bien lo que voy a decirte porque no pienso repetirlo. Vienes ahora o te vas sola. ¿Entendiste? —Habla en voz baja. —Estoy temblando, lloro y tiemblo—. ¡Dime si entendiste! —Su reacción me asusta. Indico que sí con la cabeza. No espera mi respuesta y simplemente echa a andar. Aprovecho para soltarme. Se gira asombrado.

—¿Qué haces? Camina de una puta vez. —Por fin lo digo.

—No.

—¿Qué? —Se le dilatan los orificios de la nariz.

—No quiero, no quiero. —Es todo lo que puedo decir. Las fuerzas no me dan para más. Miguel retrocede y sonrío.

—¡Te vas a arrepentir de esto toda la vida, toda tu puta vida! Y se marcha. —Me quedo sola y desconsolada. Jade aparece enseguida. Me saca al pasillo.

—Nos vamos a casa. ¿Dónde están tus cosas? —Niego con la cabeza. Sigo sin ser capaz de hablar. No entiendo nada, ayer las cosas estaban muy bien y ahora de repente se ha ido todo a la mierda.

—¡Eva! —Jade me sacude—. Tienes que tranquilizarte.

—Sí. —Atino a decir. —Me falta el aire. Entra de nuevo a la fiesta y reaparece con una botella de agua.

—Toma, bebe. —Obedezco.

Hacemos el camino de vuelta en silencio. Jade es una excelente conductora. Maneja un deportivo negro que vuela sobre el asfalto. Me gusta la velocidad. Siempre me ha gustado.

He abierto la ventanilla para que el aire me refresque. Jade me pregunta cómo estoy. No contesto. Estoy muy cansada y tengo ganas de dormir.

A las cuatro de la madrugada llegamos al portal del piso. Nos despedimos con un beso. Prometo llamarla al día siguiente. No es suficiente. Apaga el coche y sube a casa conmigo. Me prepara una tila.

—Tienes que descansar, Eva. Lo necesitas. —Me aparto un mechón de pelo mientras bebo la tila.

—Lo sé.

—Jade. —La agarro del brazo—. ¿Tú qué harías para no perder el verdadero amor? Durante unos instantes reflexiona, una nota de amargura nubla su semblante, pero desaparece rápido. Contesta sin mirar a ninguna parte. Cada palabra es como si la lanzara al viento.

—Lo único verdadero es el amor.

—No has respondido a la pregunta. —Esta vez me observa muy seria.

—Eva —me sostiene la barbilla, sus ojos brillan— el amor merece todos nuestros sacrificios, todos.

Dos minutos más tarde se marcha y por fin me quedo a solas. Me lanzo sobre la cama porque me siento mal, tan mal que vomito en el suelo. Paso un buen rato tendida sobre la cama. Apenas tengo fuerzas para limpiar el estropicio y echarme de nuevo. Si Miguel llega no quiero que se encuentre con un espectáculo, no con otro más.

El móvil suena en ese momento. Pienso que es buena idea contestar. Debe ser él. Cuando lo cojo ya han colgado. Reviso las llamadas, la última es del martes pasado. Salta un mensaje en Facebook. Abro la aplicación y me encuentro una sorpresa. Es Frank, me ha escrito doce mensajes, «¡doce mensajes! Frank otra vez, después de tanto tiempo. No puede ser. Es una locura».

Definitivamente es demasiado para una sola noche. Dejo el teléfono a un lado y me entrego al sueño. Estoy destrozada.

Despierto a mediodía con dolor de cabeza y resacosa. Lo primero que hago es mirar en derredor. Miguel no ha dormido en casa. Quizá, —me levanto aprisa—, quizá esté en el salón. Corro al salón y nada. El único que está en el salón es mi gato Mojito. Me observa desde el rascador con unos ojos grandes y melosos. Maulla, es la hora de comer.

Paso el resto del día de mal humor. He hablado con Jade de lo que pasó anoche. Considera que Miguel es un capullo de mucho cuidado del que debo cuidarme. —No se te ocurra escribirle, insiste. —Yo no lo veo así. El domingo iremos al parque del Retiro, según ella necesito conectar con la naturaleza para recuperar mi energía. Dije que sí, tal vez tenga razón.

Las horas pasan con lentitud. El dolor de cabeza ha remitido después de dos pastillas para el malestar y una manzanilla. Las series que ponen en la tele son cursis y aburridas. A cada rato miro el teléfono y nada. Ni un mensaje, ni una llamada. No sé qué hacer. Debería llamarlo porque estoy muy preocupada, pero sé que lo interpretará como un gesto de debilidad, considerará que él tiene razón. A estas alturas no sé si pasar por encima de mi orgullo merece la pena, una también tiene dignidad.

Preparo un almuerzo ligerito y voy a la cama. Leer me vendrá bien. Llevo días sin tocar Los hombres que no amaban a las mujeres. En realidad no me apetece, en su lugar abro Cumbres Borrascosas. Es uno de mis libros favoritos. Siempre que lo leo lloro y me pongo triste.

No soporto el sufrimiento cuando existe verdadero amor y siempre siempre prefiero los finales felices. Me llenan de entusiasmo y energía. Hacen que de nuevo confíe en la vida, en que al final las cosas saldrán bien. Al final, pase lo que pase, las cosas siempre saldrán bien.

El ruido del teléfono me despierta. Debe ser Miguel. Me apresuro a contestar.

—Hola, Miguel. —Nada, ni una palabra al otro lado de la línea. Silencio absoluto—. Miguel, no es momento para jueguitos, estoy muy preocupada. Te estás portando como un crío.

—No soy Miguel.

—¡Ah, no! —Esa voz, la voz me recuerda a alguien. No consigo ponerle cara.

—Eva, soy Frank. —No digo nada. La confusión de nuevo me atormenta—. ¿Qué Frank?

—¿Ya te olvidaste de mí? —Hago un esfuerzo por recordar. Tengo una sensación rara, un hormigueo en el pecho y las manos—. Una vez me dijiste que me amabas. «¡Dios mío, es Frank!» —Me llevo una mano a la boca. No quiero que los nervios me traicionen. Sé muy bien que debo meditar mis próximas palabras.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué llamas ahora? No es buen momento.

—Nunca es buen momento. ¿Recuerdas cuando lo decías? Nunca es buen momento para tener hijos, ni para comprarse una casa. Ni siquiera para morir. Nadie está preparado para la vida. Y, sin embargo. —Hace una pausa. Mi respiración se ha acelerado, sus palabras me recuerdan un pasado hermoso y distante, tan hermoso que duele.

Frank habla otra vez, con el tono pausado de siempre, como si siguiera una partitura o un guión. Recuerdo sus labios carnosos y la fragancia de su cuerpo—. Y, sin embargo, aquí estamos de nuevo, Eva. Hay gente que tiene esa suerte, o esa desgracia, por muchas vueltas que den, por muchos cambios que hagan en sus vidas siempre terminan frente a la misma persona.

Trago saliva en seco. Necesito procesar la información con calma. Las cosas van demasiado aprisa. Voy al salón, me acomodo en una silla. Sigo muy nerviosa. Tal vez me lo estoy imaginando. Observo de nuevo el teléfono. Frank habla otra vez. «No, no es imaginación, es real».

—Estoy cerca del retiro. ¿Qué te parece si te invito a un café?

—¿Un café?

—Por los viejos tiempos.

—No es buena idea.

—Solo si tienes un plan mejor. —Me muerdo los labios. Sigo muy confundida. Por fin me decido.

—Será mejor otro día. Hoy no me encuentro bien.

—Necesito decirte una cosa. —«Ya estamos, Frank me conoce muy bien. Sabe cuáles son mis puntos débiles y los utiliza».

—Frank, ¿vas a empezar otra vez?

—Eva, es importante.

—¿Si es tan importante por qué has esperado tanto?

—¿Recuerdas cuando nos vimos en el café?

—Claro que me acuerdo.

—Te parecerá una tontería.

—Ahora me lo vas a decir.

—Prefiero contártelo en persona.

—Frank, por favor.

—Tenía miedo. —No puedo creerlo. Frank se está inventado una trola.

—Frank, estoy cansada y muy jodida. Será mejor que me cuentes la verdad, por ese camino no vas a llegar a ninguna parte.

—Esa es la verdad. —Nos quedamos en silencio—. Por favor, necesito verte.

—No puede ser, Frank. No puedes desaparecer de la vida de las personas y luego volver cuando se te antoje. Las cosas no funcionan así.

—Salvo si hay una razón. —De nuevo me muerdo los labios.

—No, Frank. Definitivamente hoy no puedo. Y cuelgo.

Dejo el teléfono sobre la mesa y pongo la tele. Me siento culpable por no darle la oportunidad a Frank, pero ya pasará. Eso me digo. Me manda un mensaje con solo una palabra, adiós.

Despierto a medioanoche aturdida y con náuseas. Miguel no ha venido. Vomito en el baño y me tomo un diazepam, necesito calmarme. Por suerte, el estómago aguanta.

Paso la noche envuelta en pesadillas. A veces es con Miguel y otras con Frank. Al día siguiente despierto a la una y media de la tarde. Lo primero que hago es mirar el móvil. Nada, ni una llamada. Tengo un mensaje de Frank, «buenos días, Eva». Lo ignoro. No estoy de humor. No quiero hablar con Frank ni con nadie.

El resto del día lo paso echada en el sofá mirando películas de Netflix. Jade me llama un par de veces. A la tercera se lo cojo.

—¿Qué tal estás?

—¿Tú qué crees? —Jade hace silencio.

—¿Quieres que vaya?

—No, está bien.

—Estoy a un paso de tu casa, no me cuesta nada acompañarte.

—No, de verdad que estoy bien.

—Entonces deja que te invite a salir.

—¿Estás loca?

—Necesitas despejar la mente. Conozco un pub que es perfecto para eso.

—No sé, tía. No sé.

—Espera, ¿le escribiste?

—¿Qué no, tía! —Mentira, sí le escribí un par de mensajes para saber cómo estaba. El primero en buena forma, el segundo muy gráfico, contenía solo una palabra, ¡capullo!

—Eva eres una mujer adulta y libre. Si Miguel no aparece es su problema. Porque, no ha aparecido aún, ¿verdad? —No digo nada, sus palabras me hieren, pero también me llenan de furia y rabia.

—Sé que soy una mujer adulta.

—Entonces a las nueve en Sol.

—Jade, eres tremenda.

—Ponte guapa. Vamos a quemar Madrid.

—Jade, solo una cosa.

—¿Qué?

—¿Adónde piensas llevarme?

—Es una sorpresa.

—Vale de acuerdo, pero por favor, que no sea una sorpresa como la otra. —Jade se echa a reír.

—Tranquila, será peor. —Dice antes de colgar.

Son las seis y media. Si quiero estar en tiempo necesito depilarme y elegir un vestido. ¡Ay!, ¡un vestido! ¡Qué vestido me pongo! —Suena la alarma del teléfono, acabo de recibir un mensaje. ¿Será Miguel? Lo reviso, es Jade: no te olvides de ponerte sexy.

Aprovecho para revisar Facebook, salta un mensaje de Frank.

—Hola, esta tarde me acordé de ti. De cuando estuvimos en... —Cierro el Facebook y me pongo en función de la fiesta. Jade tiene razón. Es noche de chicas, tengo que ponerme bonita.

Miguel se va a cagar.

A las nueve en punto estoy en Sol con un vestido nuevo y una sonrisa despanpanante. Jade aparece de la nada con unos vaqueros que realzan su figura y una blusa escotada. Cuando me ve se abraza a mí.

—Eva, estás preciosa.

—¿En serio?

—Muy en serio, vas a romper la noche.

—¿Ya comiste?

—Algo.

—¿Cómo que algo? Vamos a comer, ¿no?

—¿Adónde vamos?

—No digas más, conozco el sitio ideal.

—¡Ah!, sí. —Jade me mira sonriente.

Capítulo 14

Cuando Jade dijo que me llevaría a un sitio especial no era en broma. Hemos cenado en el Ritz y luego, tras un breve paseo, me ha llevado a un pub encantador. La música es de los años noventa, pero me encanta. Los hombres no se miden para soltarme lindezas. Al menos dos se han acercado con diversas excusas para decirme lo guapa que estoy. Cada vez que ocurre me siento en las nubes.

Estoy relajada y feliz, después de dos mojitos Jade se pone cariñosa. Le digo que podemos ser amigas.

—¿Sólo amigas?

—Claro tía, hay que empezar por algo. —No sé ni lo que digo. Jade asiente pensativa. Se termina el mojito y me saca a bailar. Somos el centro de atención del pub. El dueño del bar nos invita a otra ronda. Los hombres silban y entonces ponen una canción que lo cambia todo. Estamos en medio de la pista, felices y sonrientes cuando suenan los primeros acordes.

—No puede ser.

—¿Qué?, ¿qué es? —Pregunta Jade.

—La canción, adoro esta canción. —Empiezo a menear la cintura como una loca y a mover las manos y el cuerpo al ritmo del Aserejé. Siento que estoy poseída por el ritmo racatanga y danzo sobre la pista como si volara, sin que me importe nada ni nadie.

Jade está junto a mí, baila sin prisa. Me atrapa la cintura, me atrae y me suelta con suavidad. Nos miramos con ternura, en medio de la emoción y ocurre con naturalidad. Me besa y lo permito. Es extraño, besar a otra mujer. Nos abrazamos. Jade aprovecha para susurrarme al oído. ¿Qué te parece un *selfie*?

—Vale. —Saca el móvil y nos hacemos una foto. —Estamos preciosas, con las mesas del bar de fondo y un mar de tíos babeando.

—¿Qué piensas hacer con la foto? —Pregunta Jade. Me encojo de hombros. Nada, ¿es un bonito recuerdo?

—Lo suyo es que la compartas con Miguel. —Su comentario me deja fría.

—Somos dos amigas bailando en una fiesta. No tiene nada de malo.

—No creo que sea buena idea.

—Pensaba que eras una mujer libre.

—Y lo soy.

—Entonces mándale la foto.

—Es una provocación absurda.

—Creo que tienes miedo.

—No tengo miedo.

—No tienes huevos de mandarla.

—No me tientes.

—No hay huevos.

Abro el wasap y le mando la foto a Miguel. Se lo muestro a Jade. Sonríe y me besa. La sensación es rara.

—¿Ahora qué?

—Deberíamos irnos a otro sitio.

—Soy toda oídos. —Digo con actitud retadora.

El teléfono suena en ese momento. Cuando lo miro, el corazón me da un vuelco, es Miguel. Jade me observa con curiosidad.

—Qué inoportunos son los hombres. Nunca están cuando se les necesita. No contestes, déjalo sufrir.

—¿Adónde vamos?

—A casa. —Mira el reloj—, ya es hora.

El deportivo de Jade avanza por la Castellana a toda pastilla. Es muy tarde, tal vez las dos o las tres de la mañana. El aire me despeja. No sé adónde vamos y tampoco me importa. Me siento rara.

Esta noche han pasado demasiadas cosas. La canción me recordó la belleza de Frank, su torso negro y esbelto lleno de secretos. Solíamos hacer el amor con esta canción, en medio de las risas y el silencio de la noche, fue la canción de nuestra adolescencia.

—¿En qué piensas? —Pregunta Jade.

—¡Ah!, en nada, en nada. —Estamos entrando en La finca, una de las zonas más exclusivas de Madrid. Aquí viven los futbolistas y los millonarios. No puedo evitar la cara de asombro cuando se detiene frente al chalet.

—¿Vives aquí? —Jade sonríe.

—Un poquito. —Introduce el coche en el aparcamiento.

—No puedo creer que tengas una casa tan grande para ti sola. —Jade se encoje de hombros. Subimos al salón. Es grande y moderno. La decoración es sencilla, un par de cuadros del Greco y otro de Dali.

—No sabía que te gustaba la pintura.

—¿Qué? —Jade está en el otro extremo de la habitación. Regresa con dos vasos.

—¿Y esto?

—Necesitamos brindar. —La miro con dulzura, Jade es un cielo. Ahora mismo me pasan cientos de ideas por la cabeza. Se lanza sobre mí y me besa. Sus labios son suaves y carnosos. Me gusta la fragancia de su cuerpo, la suavidad de la piel y la manera de acariciarme. Después de un rato empieza a desvertirme. La aparto con delicadeza.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Sonríe para evitar una mueca de acritud.

—No puedo hacer esto.

—¿No me quieres? —No digo nada, bajo la cabeza—. Eva, —repite con determinación. Jade se encarga de que la mire a los ojos—, ¿no me quieres?

De repente se ha puesto seria. El corazón me palpita. No sé qué decir.

—No es eso. —Me alejo de ella con pasos tímidos.

—¿Quieres que te lleve a tu casa?

—Por favor. —No me gusta la cara de súplica que pongo. Durante el camino de regreso no decimos nada. Antes de bajarme me besa en los labios otra vez.

—¿Mañana nos vemos?

—No, creo que no.

—¿Estás segura?

—Necesito descansar.

—Entonces el lunes. ¿Tienes planes el lunes?

—No, no tengo nada.

—Eva. —Dice al alejarme—, tengo tiempo para ti, tengo el tiempo que necesites. —Asiento ligeramente y de nuevo sonrío. Abro la puerta con sigilo. No sé muy bien por qué. El corazón late

con tanta fuerza que debo detenerme unos instantes y respirar. Lo hago varias veces, hasta que estoy más tranquila. Me descalzo y reviso el salón. Nada. Paso por la cocina y me dirijo al dormitorio.

A medida que avanzo aumenta la tensión en las sienes. Siento ruido en los oídos y me falta el aire. La puerta está entornada. La empujo con cuidado y entro.

No está. No hay nadie. Me echo sobre la cama. Estoy muerta de cansancio. Al final no ha sido tan malo. Y no sé. En el fondo me alegra estar sola. No sabría qué decirle a Miguel ahora mismo.

Me quedó dormida casi enseguida. Sueño que un animal enorme viene a visitarme y grito, grito como una posesa. Despierto en plena madrugada, asustada y sudorosa. No comprendo la situación. Miguel está parado en la puerta, muy serio. Un momento, no puede ser. Miro otra vez. Agito la cabeza. Supongo que estoy soñando, pero no. Me doy cuenta en cuanto abre la boca, no se trata de un sueño.

Capítulo 15

Tengo las orejas muy calientes y el corazón a punto de salirse por la boca. Miguel está borracho, es la única explicación que encuentro para sus modales. A pesar de todo sonrío, pongo cara de ángel, pero no consigo mucho. Practicamente me escupe cuando habla y lo primero que sale de su boca es una lindeza que me hiere en lo más profundo.

—¡Putas!, ¡eres una puta!

La verdad es que estoy desconcertada. No sé qué debería hacer ahora. No esperaba una escena así, de hecho, jamás en la vida se ha comportado de esta manera. Me empuja con fuerza.

—¿Dónde fuiste? ¿Por qué mandaste la foto? ¡Eres una buscona!, ¡lo sabía desde el primer día!, ¡lo sabía! —Grita. Su voz inunda el piso. No le importa despertar a los vecinos. ¿Qué hora será, ¿las dos, las tres de la madrugada? Me encojo como una oruga. Tengo ganas de desaparecer, de perderme. Hago lo único posible en esta situación, llorar.

Lloro porque sé que este es el final y no es un final feliz. Miguel grita. Ya no importa, apenas lo escucho. Entonces la vocecita en mi interior se revela y de repente cambia todo. Me levanto de un tirón. Miguel se sorprende.

—¿Dónde crees que vas?

—¿No lo sabes? —Voy a la cocina. Miguel me agarra del brazo.

—¡Suéltame! —Me arrastra a la habitación y me lanza sobre la cama.

—¿Qué haces! —Se quita el cinto. Me levanto echa una furia y no veo el golpe venir. Pierdo la noción del tiempo, del mundo, de la vida.

Despierto en el hospital, dos días más tarde. Tengo la cabeza vendada. A mi lado está mi madre, medio dormida.

—¡Hija! —Me abraza en cuanto se percata que estoy despierta—. ¡Qué susto me has dado! ¡Pensé que te perdía!

—No, mamá. Estoy bien. —Las últimas palabras las digo muy lento, no soy capaz de reconocerme. Estoy muy cansada, me siento débil y tengo mucho sueño.

Después de la siesta me encuentro mucho mejor. Despierto sobre las cinco o las seis de la tarde. Hay una enfermera en la habitación.

—¿Cómo te encuentras? —Es mayor, debe tener cincuenta y pocos.

—Bien, estoy bien. —La enfermera me toma la temperatura.

—¿Te duele la cabeza?

—No.

—¿Molestias al hablar o en alguna parte del cuerpo?

—No, estoy bien.

—¿Recuerdas lo que pasó? —Niego con lentitud—. ¿Estás segura? —La enfermera me mira como si ocultara información.

—Sí, estaba en la habitación, llegó Miguel y de repente ya no recuerdo nada.

—¿Miguel fue el que te trajo?

—Supongo. —La enfermera consulta una hoja colgada en la pared.

—Sí, se llama Miguel. Dice que te caíste de la cama. —Me encojo de hombros.

—No sé, no lo sé. —La enfermera consulta una tableta.

—En breve vendrá una compañera. Te hará varias preguntas.

—¿Es necesario?

—Forma parte del protocolo. Tienes unos cardenales muy feos en la espalda que no se consiguen con una caída. Además, tu madre nos ha dicho que no es la primera vez. —Aprieto los dientes. No digo nada.

A las ocho aparece Isabel. Agradezco su visita. Necesito un descanso de mi madre. Nos abrazamos con largueza. No puedo evitar llorar entre sus brazos. Isabel me calma, me dice que todo va a estar bien, que las cosas volverán a ser como antes. La escucho en silencio, mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas. Es la primera vez en mucho tiempo que me encuentro triste.

—Necesitas animarte y salir de aquí. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé.

—¿Por qué no vas unos días a casa de tu madre?

—A lo mejor. —Digo distraída.

—Eva —Isabel me obliga a mirarle a los ojos— no merece la pena. No pierdas ni un minuto más con él. Miguel no se lo merece. —La sola mención de su nombre me agita. Siento de nuevo presión en las sienes y ganas de llorar, pero me contengo.

Isabel es una buena amiga. Sigo su consejo y marcho a casa de mi madre. De Miguel no he sabido nada. Han pasado cuatro días y nada. Jade me llama a diario. Prometo quedar con ella en breve. No sabe nada de la paliza, porque, para todos se trata de una paliza. Yo no estoy tan segura.

Los días pasan con lentitud. Añoro la comodidad de mi casa. Los atardeceres sentada en el sofá de la terraza y los arrullos de Mojito. Mi madre se encarga de ir dos veces al día a alimentarlo. Lo más práctico hubiera sido traerlo, pero fue imposible sacarlo del apartamento. Está atado a la casa como yo a mis recuerdos.

Del bebé no quiero ni hablar. Es pensar en él y se me humedecen los ojos. Todos mis planes se han ido a la mierda en dos semanas. Apenas han durado un suspiro. No sé por qué siempre me ocurren estas cosas. Siento un vacío que crece a diario, una pena grande y desalentadora que cada noche devora un poco más.

Miguel no ha dicho una palabra. Nunca está en casa, tampoco me llama. No entiendo lo que ocurre. Supongo que es el final. Aún así, tenemos que hablar y resolver lo del piso. Me gustaría conservarlo. Tengo unos ahorros en el banco. Los ahorros de toda una vida. Quizá los utilice para continuar pagando el alquiler, mientras tanto buscaré empleo. Necesito trabajar ya.

El ruido del teléfono interrumpe mis pensamientos. Es Manu, supongo que se habrá enterado. Si no dice nada evitaré mencionar el tema.

—Hola, corazón. ¿Cómo estás?

—Hola, Manu. No se te ve el pelo.

—Ni a ti. Tal parece que te hubiera tragado la tierra.

—Bueno, casi casi.

—¡Ay!, por favor. ¡Qué exagerada eres! Oye, por cierto, ¿ya tienes empleo? —Sus palabras despiertan mi atención.

—No, estoy en ello.

—Pues tengo una buena noticia. —El corazón se me acelera—. Un amigo está buscando una secretaria. Es para una empresa en Madrid. —No puedo creerlo—. Eso sí, necesitas saber inglés.

—Sé inglés, claro.

—Pues te recomiendo que llames ya. Anota el número. La persona de contacto es Elena. Le hablé de ti hace un rato así que está esperando tu llamada. No demores. ¿De acuerdo?

—Sí, claro.

—Bien, luego me cuentas. ¡Ah! —Agrega antes de colgar—. Méjorate, cielo. Mereces una

persona mejor. —Me quedo de piedra. Apenas tengo tiempo de agradecerle y colgar.

Imagino que Isabel le habrá contado mi última batallita con Miguel. Se me pone la cara roja debido a la vergüenza. Debo llamar. Mi madre aparece en ese momento.

—Hola, hija. ¿Qué tal estás?

—Bien, mamá.

—¿Con quien hablas? —Le indico que haga silencio. El teléfono no comunica. Al tercer tiembrazo lo consigo.

—Buenos días, ¿puedo hablar con Elena?

—Soy yo.

—Llamaba por lo del empleo. ¿Todavía está disponible?

—La convocatoria está cerrada. —La respuesta me descoloca.

—Vengo de parte de Manuel. —La mujer me interrumpe.

—Lo siento, está cerrada. —Hace silencio unos instantes. ¿Puedo ayudarla en alguna otra cosa?

—No, gracias. Era solo eso. —Y cuelgo.

Mi madre me observa con curiosidad.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, mamá.

—¿Cómo que nada? Hija, acabo de ver cómo se te cae el alma a los pies. ¿Es cosa de Miguel, verdad? ¿Te ha dicho algo?

—No mamá, por favor. Deja a Miguel en paz. No ha pasado nada. —Salgo al balcón. Me vendría genial un cigarrillo para calmarme. De nuevo suena el teléfono, es un número oculto. Estoy a punto de no cogerlo, pero lo hago, contesto sin mucho entusiasmo y cargada de odio. No es un buen día, desde hace mucho no es un buen día.

—Diga.

—¿Eva? —Es la voz de una mujer.

—Sí, soy yo.

—Acabamos de hablar hace nada.

—¡Ah! —Suavizo el tono.

—Me acaban de informar que la plaza está disponible. Perdona la confusión, pensaba que eras otra candidata. —Sus palabras caen sobre mi cuerpo como una bendición. Estoy a punto de dar brincos—. Lo único que no tenemos mucho tiempo. ¿Podrías venir esta tarde?

—Sí, claro.

—La dirección es Castellana 64. Pregunta en recepción por Elena Madariaga. —Repito el nombre mentalmente.

—¿Necesitas anotar la dirección?

—No es necesario. ¿A qué hora debo ir?

—Ahora mismo, vente ahora mismo. ¿Puedes?

—Claro que puedo, me cambio y salgo en nada.

—Estupendo, nos vemos en un rato.

Salgo disparada de la habitación y me meto en el baño. Debo emplear no más de quince minutos en ducharme. «Mierda, la ropa, debo elegir ropa y plancharla»

—¡Mamá! —Grito desde el cuarto de baño.

—¿Qué pasa, hija? —Mi madre asoma la cabeza en el cuarto de baño.

—Necesito que planches la camisa blanca y el vaquero.

—¿Vas a salir? —Arruga el ceño. No parece contenta.

—Tengo una entrevista.

—¿Una entrevista de trabajo? —Sigue parada en la puerta cuando abro la ducha.

—¡Mamá!, ¡date prisa o llegaré tarde! ¡Por favor!

—¡Ya va!, ¡ya va! ¡Siempre con prisas!, ¡Dios santo! ¡No pueden esperar un poco!, ¡qué más les da!

La ducha es rápida y el maquillaje sencillo. Apenas lo necesario para estar presentable. A las cinco y veinte entro en la boca del metro y cincuenta minutos más tarde llego a la dirección. El edificio es enorme y muy bien decorado. En recepción pregunto por Elena.

—¿Tiene cita programada? —La pregunta me toma por sorpresa.

—¡Eh! No, bueno. No sé, acaba de llamarme. —Empiezo a ponerme nerviosa. En ese momento suena el teléfono de recepción. La joven dice que espere. Un minuto después me invita a pasar.

—La están esperando en la tercera planta. Por favor utilice el ascensor y luego vaya al despacho veinte y nueve.

Le doy las gracias con efusión, cojo el solapín y subo en el ascensor. Aprovecho para mirarme al espejo. Me sorprende la figura de la mujer que veo. Es mucho más atractiva de lo que pensaba. Pelo largo, hoy lo llevo recogido en un moño, labios gruesos y carnosos, ojos color café y barbilla cuadrada. Me encanta la tersura de la piel y el juego que hace con la ropa. Al final, elegí una camisa blanca de cuello alto que realza mi figura.

El vaquero es sencillo. Por suerte, traje una americana color marrón que brinda un aire de elegancia al conjunto. Es justo lo que deseaba, elegancia y discreción.

El despacho número veintinueve está cerrado. Toco un par de veces hasta que abre una señora de mediana edad.

—¿Eres Eva? —Asiento con prontitud. Me extiende la mano.

—Yo soy Elena. Pasa, por favor, siéntate. —El despacho es amplio y muy luminoso, las ventanas dan a la castellana.

—Me han hablado muy bien de ti. —Estoy nerviosa, pero lo disimulo muy bien. Hay muchas cosas en juego. Me muerdo los labios ligeramente.

—Espero no defraudar. —Elena sonrío.

—¿Trajiste el currículum? —Se lo extiendo. Lo hojea unos instantes.

—¿Tienes disponibilidad para empezar?

—Sí.

—Veo que tienes experiencia como administrativa. Pero ¿estuviste poco tiempo en el despacho?

—Casi dos años. —Elena fija su atención en mí por primera vez. Es una mujer grande, con una mandíbula poderosa. Su mirada es dura.

—¿Crees que puedas trabajar como secretaria?

—Sin duda. —Se lleva la mano a la frente. Me horrorizo, ¡no es buena señal!, ¡no es buena señal!

—No voy a engañarte. El trabajo es difícil. —Pone el énfasis en la palabra difícil. Lo que necesitamos en la empresa es una persona que organice el trabajo del director. Necesitas coordinar sus citas en inglés, mantener actualizada su agenda y apoyarlo en su trabajo diario. Viaja con mucha frecuencia y en alguna ocasión tendrás que acompañarlo. —Me estudia con la mirada. Si no fuera porque acabamos de conocernos diría que la actitud de esta mujer es altanera. ¿Qué te parece? —Cruza los brazos.

—Bien.

—¿No tienes problemas en comenzar ya mismo? —Parece sorprendida o contrariada.

—No. —Elena me mira en silencio. No sé si esto es bueno o malo, pasan unos segundos que son insoportables. Me entra calor y picores. Sufro en silencio lo indecible. Sin embargo, no me rasco.

—En ese caso, —me extiende la mano—, bienvenida a la organización. —Toca un botón en el intercomunicador y habla con una joven—. Claudel se encargará de enseñarte todo. Será tu tutora hasta que domines los procedimientos. —«No me lo puedo creer, no me lo puedo creer»

—Solo... Una cosa. —Elena me observa curiosa—. No hemos hablado del salario, ni de las condiciones.

—Claudel te informará.

—¡Ah!, bien, bien.

Cuando me dicen el salario casi me desmayo.

—Dos mil cuatrocientos euros y dos pagas anuales. —No puede ser, esto es una broma. Claudel es francesa. Se mudó a Madrid hace dos años. Es joven y muy delgada, se encarga del diseño.

Mi despacho es contiguo al del jefe. Es pequeño en comparación. No obstante, para mí es un lujo. Dos horas más tarde marchó a casa convencida de que un ángel me cuida. Eso o los astros se han alineado para que ocurra todo de esta manera. Mamá me recibe con entusiasmo.

—Te lo mereces, hija, te lo mereces. —Me planta dos besos, uno en cada mejilla. Tu padre estaría muy orgulloso, ¿lo sabes verdad?

—¡Ah!, papá. —Nos abrazamos.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Trabajar, mamá, trabajar.

—Digo con la casa.

—Me quedaré con la casa. —De repente cambia la energía entre nosotras.

—No me parece buena idea.

—¿Por qué?

—Sabes muy bien por qué. Lo tuyo es que te mudes a otro sitio o que reunas más dinero. Ya tienes una edad y todavía no te has comprado un piso. De hecho. —Se calla de golpe. Sé por donde viene.

Regresa a la cocina y sigue fregando. Voy detrás de ella.

—¿Qué? No has terminado la frase.

—Nada, hija, nada. Al final vas a hacer lo que te venga en gana. —No le falta razón.

—Termina la frase.

—Eva, deberías venirte a casa una temporada. No es bueno que estés sola. —«Lo sabía, sabía que venía por ahí. Me duele lo que ha dicho. Me duelen sus palabras. En el fondo, mi madre es igual a mi hermana, piensa que soy una fracasada».

—Mamá, para.

—Eva, te lo digo por tu bien. —«Siempre es por mi bien, todo es mi bien».

—¡Mamá! —Doy un puñetazo en la nevera—. ¡No quiero quedarme en casa!

—Eva, estás muy alterada, hija. Necesitas calmarte, yo solo quiero lo mejor para ti.

Sus palabras lo único que hacen es empeorar la situación. Me sube una ola de furia de los pies a la cabeza. Siento unas ganas tremendas de destrozar cosas, lo que se me ponga por delante.

—Mejor me voy, mamá. Mejor me voy.

—Pero ¿adónde vas a ir?

—¡A mi casa! —Grito con energía. Recojo lo imprescindible y me marchó a buen paso. Mi madre no dice nada. Me observa desde el balcón. Acaba de mandarme un mensaje: «hija, lo

siento. Si te ofendí, perdón. Esta es tu casa. Por favor, regresa»

Dejo el móvil en el bolsillo del pantalón. El aire de la calle me refresca. Por fin, me siento libre. No lo sabía hasta ahora. Amo a mi madre, pero no soporto sus excesos.

La vida es demasiado corta para tener miedo. Suena contradictorio. Tal vez lo sea, es posible que sea una mujer llena de contradicciones, pero ¿quién no lo es? Me gustaría complacer a mi madre, sin embargo, ya no soy una niña. Necesito espacio y libertad para encontrarme a mí misma o para estrellarme contra el asfalto.

Es lo que me digo antes de abrir la puerta, con el corazón de nuevo palpitando tan aprisa que duele. Aún así entro, es mi casa. Mojito es el primero que viene a recibirme. Lo abrazo, me encanta mi gato y el apartamento.

Recorro las habitaciones una a una, de arriba abajo. No sé qué estoy buscando. Ni siquiera percibo su olor. No encuentro rastros de Miguel. Lleva días sin venir. Lo sé, lo percibo en el ambiente.

Desde la terraza disipo el atardecer con una copa de vino. Reflexiono sobre la vida mientras a lo lejos, se cierne sobre la ciudad una capa de nubes grises que dan paso al anochecer y lloro en medio del silencio por el tiempo transcurrido, por los sueños suspendidos en el aire que finalmente terminaron por escurrirse.

No hay nada más absurdo que llorar por alguien que todavía no ha nacido. Sin embargo, lloro por mi hija. Cuando nazca sé que será hembra, tendrá un nombre hermoso, Valeria y además será feliz. Eso me prometo.

Busco otra botella en la alacena y sigo bebiendo a solas. No me importa emborracharme. Me acaricio el vientre. Hay veces en las que la vida no vale nada. Pienso continuamente.

Después de beber varias copas experimento una sacudida absurda y me levanto de un tirón convencida de que hay una parte oculta, velada que se niega a mostrarse.

Camino tambaleante a la ducha. Me niego a dormirme. La imagen acude a mí de nuevo, es solo un instante, pero basta para que me sacuda de arriba abajo. Soy yo, tirada en el suelo y cubierta de sangre. ¿Qué está pasando? Me entra una agitación inusual. Estoy muy nerviosa. La imagen desaparece.

Tengo la sensación de que el mundo es una caja de cartón. Abro el grifo de la ducha y dejo que el agua corra sobre mi cuerpo. Al cabo de un rato estoy más tranquila y me acuesto. Mañana será un gran día, pienso antes de que el recuerdo me invada por completo, así me quedo dormida.

Capítulo 16

Estoy en pie desde muy temprano. El día ha transcurrido con normalidad. Claudel es una chica agradable y muy cariñosa. Me enseña los procedimientos con paciencia. Hemos comido juntas y por la tarde acudí a la junta.

Según Claudel, esta semana tendré más trabajo de lo habitual porque viene una delegación de Inglaterra con el jefe. Mi tarea consiste en documentar las sesiones de trabajo y recordar a mi jefe, cuando lo solicite, el alcance de los nuevos acuerdos.

La empresa funciona completamente online. Se dedica a un sector que consideraba extinto, venta de artículos para tejer. Incluye bolas de hilo, agujas, plantillas de diseños y por supuesto, una colección realmente hermosa de modelitos tejidos con verdadero arte que incluye desde los bebés hasta los ancianos.

El trabajo es tan intenso que no me permite pensar en otra cosa. Llego a casa tarde y muy cansada. Por la mañana salgo muy temprano. Mi madre y mi hermana están bien. Hablo con ellas un par veces.

Miguel sigue desaparecido. Supongo que estará esperando que lo llame. El miércoles recibo la noticia de que se ha atrasado el encuentro con el grupo de ingleses para el viernes. Mi jefe vendrá con ellos.

Tomo nota de los detalles. Elena es muy estricta. Insiste en que realice las tareas de una manera determinada. La escucho en silencio, asiento y cumplo sus orientaciones.

El viernes llego muy temprano. Organizo las citas del día en el ordenador. Enseguida recibo varias llamadas de otras divisiones. Todos quieren hablar con mi jefe. Les indico que él los llamará. A las nueve aparece Elena en el despacho.

—¿Ya conociste a tu jefe? —No sé la razón, pero me sigue pareciendo altanera. Niego con la cabeza—. No lo interrumpas, ya te llamará.

La verdad es que no he visto movimiento en el despacho contiguo. La puerta es de cristal y permanece cerrada. Si el jefe está ahí desde luego es muy discreto. No obstante, yo sigo atenta a que me llame a través del intercomunicador.

No estoy nerviosa. Al menos, no demasiado nerviosa. Isabel me manda un wasap. Aprovecho que no hay nadie presente para contestar.

—Con nervios.

—¿Todavía no lo has visto?

—No, tía. En eso estoy, dicen que llegará de un momento a otro. —El piloto del intercomunicador se enciende.

—Eva, ¿puedes venir un momento? —La voz me sobresalta.

—Enseguida.

Dejo el wasap, me aliso la falda y entro al despacho contiguo. Es muy grande. A mano izquierda hay una especie de mirador. El jefe observa la ciudad. No lo distingo debido a la luz. Es alto y viste bien o al menos eso creo.

—¿Eres Eva? —Dice sin darse la vuelta.

—Sí, señor.

—Hoy tenemos mucho trabajo. En una hora llegará la delegación de Inglaterra. Las ventas ahí están yendo muy bien. Necesitaré toda tu ayuda y la del resto de empleados para trasladar su

experiencia a las sucursales de otros países. —Se da la vuelta y me sobresalto cuando avanza. No puede ser, es Frank. Se acerca con una sonrisa en los labios.

—¿Sorprendida?

—No, yo... Bajo la cabeza y respiro una vez, dos veces.

—¿Es un inconveniente que sea tu jefe?

—No, claro que no. —Me llevo la mano a la cabeza.

—Puedes llamarme Frank. —El corazón se me quiere salir del pecho. —Elena nos interrumpe, llama a través del intercomunicador.

—Frank, acaban de llegar los chicos.

—Enseguida vamos, Elena. Muchas gracias.

Frank me invita a salir del despacho. Recorremos la pequeña distancia que nos separa del salón de reuniones en silencio. Todavía no me creo lo que está pasando.

El día pasa volando. Cuando salgo del trabajo llamo a Isabel. No aguanto más las ganas de hablar con alguien. Se queda a cuadros.

—¿En serio no tuviste nada que ver?

—Tía, te lo juro. Además, no conozco a Frank.

—Entonces es cosa de Manu.

—Seguramente. —Entra otra llamada, tengo que poner a Isabel en espera.

—Eva, ¿dónde estás? —La pregunta me sorprende. Hay mucho ruido en la calle ahora.

—¿Frank?

—¿Te has ido? —Medito la respuesta unos instantes.

—Ya ha acabado mi jornada laboral.

—¿Y quién atenderá a los ingleses esta noche?

—No sé, Frank.

—Si no te lo han explicado te lo digo yo. A modo de cortesía le enseñamos la ciudad a los visitantes. Eso incluye invitarlos a comer y pasear con ellos.

—Pero ¿tengo que ir yo?

—Dentro del grupo de Madrid te han elegido.

—Bueno, no sé. No sabía nada.

—Si tienes planes déjalo.

—No, no es eso. Es que no estaba preparada. No sabía.

—¿Entonces vendrás?

—Sí, claro.

—Bien, te espero a las ocho en Sol. Detrás del oso.

—Son las siete y media. Ni siquiera me da tiempo a llegar a casa. Necesito al menos una hora para ducharme.

—No es necesario. Nadie lo ha hecho. —Me muerdo los labios—. De acuerdo. Estoy yendo a Sol. En quince minutos estaré allí.

—Muchas gracias, Eva.

—Nada, Frank, de nada. —Cuelgo con una mueca de resignación. La llamada de Isabel se ha caído. Marco otra vez su número. Sale ocupado.

No me queda más remedio que coger el metro y esperar pacientemente a llegar a mi destino. En realidad, no tengo ninguna persona a quien avisar. No me espera nadie en casa, salvo Mojito. Por suerte, en el comedero puse una carga adicional de pienso. Debe dispararse en unos veinte minutos. Al menos esa parte está cubierta.

La estación de Sol es un hervidero de gente. Subo las escaleras sin prisa. Frank ya está allí,

rodeado por los visitantes. Después de los saludos me aparto. La timidez, como siempre, me puede.

Es un grupo numeroso. Elena y Claudel son las que llevan la voz cantante. Iván se une en el último momento. No lo conozco. Es un friqui de la informática. La primera palabra que sale de su boca es hola, la segunda es terabite.

No pierde tiempo conmigo. Debe estar explicando un tema de suma importancia porque todos lo escuchan hablar. Todos excepto Frank que se coloca a mi lado.

—Nosotros nos vamos por aquí.

—¿Por aquí por dónde?

—Por aquí. —Señala hacia Hortaleza. El grupo avanza en dirección contraria. Miro a uno y otro lado.

—No entiendo.

—No hay mucho que entender. —Frank saluda a Elena y al resto de chicos que se alejan—. Nosotros iremos a otro lado.

—¿Pero...?

—Es lo usual. Me gusta conocer en persona a los empleados de mi equipo. —Todavía estoy indencisa—. Prestas demasiada atención a los pequeños detalles. —Observo a Frank unos instantes antes de contestar.

—No es ahí dónde está lo importante.

—¿Tú crees? —Frank se me encima y lo detengo.

—Frank, no me voy a acostar contigo. —Lo miro a los ojos—. Es un hombre alto y musculoso. Tiene los ojos marrones—. Ya puedes ser el jefe de la empresa más grande del mundo.

—Dueño.

—¿Qué?

—Soy el dueño. —Dice antes de echar a andar. Tenemos una mesa reservada. ¿No querrás llegar tarde? —Lo sigo a regañadientes. No quiero pensar absolutamente en nada de lo que está pasando. Después de dieciocho años no puedo creer que de nuevo me encuentre con Frank y mucho menos que me haya preparado una encerrona. Ahora encaja todo. Manu se va a enterar.

—¿Cómo está tu madre?

—¡Ah! Mi madre. —Me llevo la mano a la cabeza. Bien, está bien.

—Siempre me acuerdo de ella.

Mi madre nunca estuvo de acuerdo con nuestra relación. Se esforzó para que rompiéramos e hizo su trabajo bien. Nunca lo entendí. Hay cosas que no tienen explicación. Por más años que pasen uno nunca se las explica. A veces los años lo único que hacen es complicar más las cosas.

Frank me mira y sonrío. La suya es una sonrisa perfecta. Recuerdo nuestras travesuras en la playa. Su manera tan especial de mirarme, como ahora. Bajo la cabeza. Es como si tuviera el cielo en la mirada y yo fuera su única estrella.

—Deberías verte. Te has convertido en una mujer. —Me empuja ligeramente. Estoy tensa por muchos motivos, pero no lo reconozco. Frank fue una experiencia de la que nunca me recuperé. Pensaba que lo había superado. A fin de cuentas, han pasado dieciocho años y varias relaciones. Pero ahora opino que una nunca sabe. Nunca se sabe la profundidad de la herida hasta que hurgamos en ella con la intención de curarla. Entonces pueden ocurrir dos cosas. Puedes descubrir que la herida es incurable o que se trataba de una falsa alarma.

Camino a su lado en silencio mientras reflexiono. Frank habla con fluidez. A veces se ríe y yo lo acompaño. Me agarra del brazo y lo dejo.

El bar se llama Dos hermanos. Tiene una terraza espaciosa y sirven comida en la segunda

planta. Frank prefiere pasar al salón. Yo también tengo hambre. Pide una copa de vino y yo una cerveza. Al final cambio la cerveza por el vino.

—Es una ocasión especial, ¿no? —No le ha costado mucho convencerme. En realidad es una ocasión especial. Ha pasado mucho tiempo y Frank siempre ha sido muy especial para mí.

La cena transcurre entre risas y miradas furtivas. A las doce menos cuarto Frank pide la cuenta y pagamos a medias. De ninguna manera voy a permitir que pague él.

La brisa de la noche me despeja. Frank insiste en acompañarme hasta mi casa. Quedamos en que lo permitido es hasta Sol.

—¿Solo hasta Sol?

—Sí.

—¿Tendré que contentarme con tan poco?

—¿La contención no es una virtud?

—Depende. —El ambiente se está calentando demasiado. Frank se detiene y me atrapa por la cintura. Me esfuerzo por mantenerme distante.

—¿De qué depende?

—De ti, de mí, de nosotros. —Se lanza a besarme y escapo.

—¿Qué haces?

Frank se echa a reír. Ha sido una noche tremenda. Me ha gustado y repetiría. En Sol me da pena despedirme. Frank es atento y muy gracioso. Durante unos minutos se esfuerza por convencerme. Lo dejo hablar. Se ha emocionado más de la cuenta así que pongo un dedo en sus labios y lo beso en la mejilla.

—Hasta mañana, jefe. —Frank me sujeta por el brazo.

—¿En serio no vas a besarme?

—Muy en serio.

—¿Por qué? Dame una razón.

—Te daré una muy fuerte. —Me acerco a su oído y le susurro despacito —tengo marido. —Aprovecho para escabullirme.

—Fue una buena cena. Lo pasé muy bien, gracias. —Digo a cierta distancia. Frank observa como me alejo. Finalmente sonrío y me lanza un beso.

—¿Cuándo repetimos?

—No lo sé. Uno de estos días.

La frase resuena en mis oídos, «uno de estos días». De camino a casa estoy echa un verdadero lío. No logro quitarme a Frank de la cabeza. Es un callejón sin salida del que no logro salir. Al final del camino siempre encuentro a la misma persona.

En menos de veinte minutos llego a casa. Voy directo al baño porque me hago pis. Eso tiene la cerveza. Mientras me desahogo pienso en lo bien que lo he pasado y sonrío. De pronto me siento extraña. Miro en derredor. No hay nadie. Salgo al pasillo. La casa permanece a oscuras, salvo el salón.

Un soplo de brisa me pone en alerta. Se me hace un nudo en la garganta antes de llegar al salón y trago en seco cuando veo a Miguel.

Capítulo 17

Está dormido sobre el sofá. Ha dejado una ventana abierta que empieza a dar bandazos. Debe ser muy tarde. Pienso antes de cerrarla. Reflexiono unos instantes mientras observo Madrid Río desde la ventana. El paseo permanece iluminado. A pesar de la hora hay grupos de jóvenes sobre los bancos, parejas de enamorados y gente que simplemente camina sin prisa. Cuando me doy la vuelta me llevo un susto. Miguel está sentado en el sofá. Me observa muy serio.

—¡Dios!

—Perdona, Cani. No quería asustarte. —Las piernas me tiemblan del miedo. No sé la razón.

—¿Qué haces aquí? —Miguel se encoge de hombros.

—Vine a verte.

—¿Ahora? Han pasado muchos días. —Se lleva la mano a la cabeza y bosteza.

—Lo sé, lo sé. Perdóname, Cani. No sé ni por donde empezar. —Se levanta del sofá. Las piernas me siguen temblando, pero no tengo miedo. Lo que siento es rabia y tristeza, mucha tristeza.

—¿Por qué no me cuentas la verdad?

—¿De qué?

—De todo. —Miguel se lo toma con calma. Medita unos instantes antes de responder.

—Lo siento, Cani. Lo siento mucho.

—¿Qué sientes? —Me mortifican mucho sus palabras y la situación.

—Todo. Yo, yo... —Baja la cabeza.

—¿Tú qué?

—Yo he tenido un consumo. —Se me cae el alma a los pies. —«Miguel consumiendo otra vez» Me muerdo los labios y abro la ventana. Necesito aire y tiempo. Cuando conocí a Miguel me juró que dejaría el consumo.

—Ha sido solo una vez. —Me aprieto las carnes mientras lo escucho mentir y no lo soporto, no soporto que me mienta ni un segundo más.

—¿Cuántas veces has consumido?

—Una vez. —Me doy la vuelta y lo enfrento.

—¡Miguel!, ¿no estabas arrepentido de mentirme? —Lo sorprende mi reacción. Lo observo retadora. Él está a punto de contestar, percibo la furia en su mirada, pero se le apagan los ojos y en vez de responder empieza a llorar como un niño.

—¡Por favor, Cani ¡perdóname! —Se arrodilla—. Yo soy un desastre, no puedo vivir sin ti. Se abraza a mis piernas—. ¡Por favor, por favor!

Tengo que hacer un esfuerzo para levantarlo. Ahora mismo me encuentro muy confundida. Tanto que no reacciono a su beso. Me muerde los labios y mi cuerpo reacciona con excitación.

—Miguel. —Digo cuando consigo safarme.

—¿Qué pasa! —Insiste en besarme el cuello.

—¡Para!

—¿Cómo que pare? ¿Por qué?

—¡Miguel! —Lo empujo con energía—. Tienes que irte.

—¿Cómo? —Mis palabras lo dejan atónito.

—Recoge tus cosas y vete.

—Pero, Cani. —Veo un asomo de furia en sus ojos. Me echo atrás—. ¿Tienes miedo? ¿De mí? —Da un paso hacia adelante.—. ¿Por qué? Siempre te traté como una princesa. ¿Te acuerdas cuando te conocí? Estabas a punto de quedarte en la calle, a punto de convertirte en una puta.

«Es verdad, todo lo que dice es verdad» Me llevo las manos al rostro. No quiero oírlo más.

—¡Miguel! —Grito—. ¡Quiero que te vayas ahora mismo! —Se acerca nuevamente y corro a la cocina. Me sigue.

—Pero, Cani. ¡Solo iba a darte un abrazo! —Estoy muy nerviosa. Miguel me observa con cara de incredulidad.

—Vendré en otro momento. —Dice antes de marcharse.

El portazo retumba en mis oídos durante un buen rato. Me hago una tila y voy a la ducha. Necesito tranquilizarme y pensar con claridad. «¡Dios mío, las dos de la madrugada!»

Me pongo el pijama y me acuesto. Se repite el sueño de la noche anterior. Despierto a las cuatro de la madrugada con una sensación extraña, como si hubiera alguien en la habitación. Enciendo la luz y reviso la casa. Nadie, no hay nadie.

Me acuesto otra vez y de nuevo aparece la imagen de la mujer tirada en el suelo y cubierta de sangre. Un bebé llora en medio de la noche. Los gritos son tan intensos que despierto atormentada y con falta de aire. Corro a la ventana. Necesito aire fresco.

Poco a poco me tranquilizo. Son las seis y media. Prefiero ducharme y hacerme el desayuno en vez de seguir durmiendo. A las siete y media salgo de casa.

Durante todo el día me tortura el recuerdo de Miguel, sus ojos enrojecidos y las súplicas me persiguen allá donde vaya. Frank ha salido a primera hora hacia Toledo. Regresa muy tarde. Parece muy cansado. Entra a mi despacho sobre las siete de la tarde.

—¿Todavía estás aquí?

—Ya estaba recogiendo. —No es mentira, hay varios documentos abiertos sobre la mesa. A última hora Elena me pidió verificar la información de varios embarques. No tenía ni idea de qué son los embarques hasta esta mañana. Llevo el día entero desentreñando procedimientos.

—¿De qué son esos papeles?

—Cargas.

—¿Qué tipo de cargas?

—Cargamentos de la empresa. —Frank se sorprende.

—¿Te lo pidió Elena?

—Sí, pero ya está.

—Entiendo. —Frank tiene la cabeza en otra parte. Se le pierde la mirada en el vacío. Entre nosotros surgen espacios de silencio que me inquietan.

Hoy luce diferente. Recojo mis cosas. Frank no me quita los ojos de encima.

—¿Qué te parece un café?

—Es tarde.

—¿Y cenar? —Lo miro con dulzura.

—Hoy no me siento bien.

—¿Qué tal mañana?

—Puede ser.

—Me dirijo a la puerta. —Frank me toma del brazo.

—Eva, por favor. —Debo tener una mirada suplicante. Ni quiera tengo fuerzas para hablar. Los hombres siempre dicen por favor, por favor. No comprenden que el corazón no entiende de favores, ni vanidades, como mucho, de desengaños.

—Tengo que irme, Frank.

—Lo sé. —Me suelta—. Por favor, mejórate.

Dice antes de llegar a la puerta. Lo miro una última vez y asiento con una sonrisa. Fuera hace frío. Lo primero que hago al llegar al metro es enviar un mensaje a Miguel. La respuesta llega enseguida y luego su llamada.

—Hola, Cani. ¡Qué alegría! Me estaba muriendo sin ti.

—¿Eso lo ensayaste?

—No, contigo nunca ensayo nada. Eres la única mujer con la que no necesito ensayar.

—Miguel, por favor.

—Es la verdad. —Me sube una sensación vaporosa que se me encaja en el pecho—. Cani, yo sé que es demasiado pronto, pero te necesito. —No digo nada—. Yo necesito verte, tocarte. Por favor, déjame volver.

Sigo con la oreja pegada al teléfono, mi corazón es un remolino sin rumbo.

—No puedo. —La respuesta me sorprende tanto como a él. Lo medito unos instantes y entonces se apresura en contestar.

—¿Qué pasa, Cani? ¿Ya tienes a otro? —Sus palabras caen como un jarro de agua fría sobre mi cabeza.

—¡Eres un imbécil!

—¡Putá!

Cuelgo la llamada y arrojó el teléfono en el bolso. La gente en el metro me mira. Debo estar dando un espectáculo de película, otro de tantos. Sobre todo, cuando asoman las primeras lágrimas. Jamás he podido controlarlas y hoy mucho menos. Hago un esfuerzo, pero es en balde. Lloro como una regadera, en medio del metro. La gente es discreta, al menos nadie dice nada.

Un rato más tarde recibo un mensaje de Miguel. «Cani perdóname, no quise decir eso. Por favor, no me lo tomes en cuenta, no estoy bien»

Lo pienso mucho antes de contestar. De hecho, no quiero hacerlo. No quiero darle falsas esperanzas. Estoy decidida a cortar definitivamente. Sin embargo, ¿a quién voy a engañar? A las once y media de la madrugada, con dos copas de vino y tras leer Mujercitas le envió un mensaje: deberías cuidar tus palabras. Haces mucho daño a la gente que te quiere.

Su respuesta es un emoticono, una carita de tristeza. No sé si hice bien o mal, prefiero no pensar demasiado.

Capítulo 18

Los días siguientes pasan muy rápido. El trabajo en la oficina es una verdadera locura. Los ingleses se marchan en breve y aun estamos desarrollando la estrategia para Europa. Frank recibe llamadas de Norteamérica y Brasil. Gente de la banca, inversores y directivos de las filiales. El volumen de trabajo es agotador.

No obstante, pasamos tiempo juntos. Siempre en compañía de los demás, pero ocurre. Siempre está ahí, para bien o para mal.

A eso de las seis de la tarde recibo la llamada de Jade. Aprovecho que estoy sola para contestar.

—¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo!

—Hola, Evita. ¿Te puedo llamar Evita?

—Claro que sí. —Las palabras de Jade son como la brisa marina.

—¿Estás trabajando?

—Ahora mismo, sí.

—¿A qué hora sales?

—En un rato, ¿por?

—Necesito hablar contigo. —Su tono de voz no me gusta.

—¿Pasa algo? —La demora en contestar hace que se despierte mi curiosidad—. Jade, ¿qué pasa?

—Nada.

—¿Cómo que nada? —De nuevo el silencio. Me impaciento—. Jade, me estás asustando.

—Lo mejor será que hablemos. ¿A las ocho estarás libre?

—Sí, pienso que sí.

—¿Te viene bien Sol?

—¿Detrás del oso?

—No, frente al ayuntamiento. Es mucho mejor allí.

—Está bien. ¿Puedes decirme de qué se trata?

—Solo puedo decirte que es importante, necesito que estés allí a las ocho.

—¡Qué misteriosa!

—¿Vendrás?

—Hombre, con ese misterio, claro que iré.

La llamada me deja preocupada. Tanto que no me doy cuenta de que la puerta se abre y entra Frank.

—¿Estás bien?

—¡Eh! Sí, yo... estoy bien. —Frank me mira preocupado.

—¿Pasa algo?

—No, no pasa nada. —Me acomodo el mechón de pelo y sonrío. —El teléfono de Frank empieza a sonar. No contesta.

—Quería preguntarte si el viernes podemos comer. Conozco un restaurante muy cerca de aquí.

El corazón me da un brinco. El teléfono sigue sonando, es lo único que se escucha en la habitación. Eso y mi corazón a punto de salir del pecho.

—Yo. —Frank me observa con atención. Probablemente parezco nerviosa y muy paleta. Un

verdadero muermo. Ahora mismo me he quedado en blanco. Suelto lo primero que me pasa por la cabeza, lo único que quiero es que pare el ruido—. Teléfono. —Los ojos de Frank se agrandan, está a punto de echarse a reír mientras yo tengo un salto en el pecho que no me deja en paz.

—¿Has dicho, teléfono? —«¡Oh!, Dios, ¡qué estúpida soy! Eva, hazte un favor y cálmate»

La mirada de Frank es electrizante. No soy capaz de sostenerla un segundo más, así que observo el suelo y respiro. Cuando levanto la cabeza soy otra persona. Ofrezco un semblante tranquilo y una sonrisa.

—Sí, he dicho teléfono. —Pongo cara de chica adorable. «Esa soy yo, otra vez. Desafortunadamente, la suerte dura poco» ¡Y ahora!, ¡puedes!, ¡por favor!, ¡coger el putito teléfono! —De inmediato me llevo la mano a la boca. «¡Dios mío!, ¿qué he hecho?, ¿qué he hecho?» Frank se ha quedado mudo, tan mudo como yo. El teléfono sigue sonando. Frank está muy serio. Sudo como una campeona y se me afloja el estómago. «¡Ay!, Dios, no puede ser»

Las tripas me suenan, el ruido es tan alto que opaca al del teléfono. La cara y las orejas se me ponen rojas «¡tierra trágame!» Y sin querer, y esto lo digo muy en serio, sin querer, se me escapa primero un pedo no una ventolera, y luego un eructo que transformo en hipo, breve, corto, escueto, pero muy sincero.

Humillada y vencida por la situación me encojo como una corneja. Miguel sigue muy serio hasta que se echa a reír sin piedad.

—Lo tomaré como un sí, el viernes iremos a comer. —Dice antes de regresar a su despacho. Lo primero que hago es ir al baño a la velocidad de un rayo y comprobar que todo está en orden. Por suerte, está todo bien. Ha sido una cuestión de nervios. Eso me digo, las manos me sudan, serán los nervios. Si me echan del trabajo también será por los nervios.

A las siete y media, tras escuchar las carcajas de Isabel en el mensaje de wasap me declaro libre de pecado y salgo a la calle con el ego maltrecho, pero dispuesta a ser yo, auténtica y desinhibida.

No necesito la aceptación de los demás. He comprendido una verdad que a partir de ahora será absoluta, nadie puede hacerte daño si tú no se lo permites. Los libros de autoayuda al final sirven para algo, ¿o no?

Jade está a las ocho en la Plaza de Sol, frente al edificio del ayuntamiento. Se ha puesto un vaquero y una camiseta negra corta y muy ajustada. Los hombres la miran con codicia. En cuanto llego me planta un beso en la boca, así, sin más. Durante unos segundos me descoloca.

—Me encanta que seas puntual. —Los ojos de Jade brillan, es una mujer enérgica, algunos dirían que divina. Se nota que acude regularmente al gimnasio a machacarse.

—¿Por qué no quedamos frente al oso?

—Esa es una buena pregunta. —Consulta el reloj—. ¿Damos un paseo?

—¿Corto?

—Muy corto. —Nos quedamos frente a la boca del metro, a cierta distancia, protegidas por el mar de personas que entran y salen sin cesar.

—¿Qué estamos esperando? —Jade consulta el reloj constantemente.

—Ahí está. —Señala a una persona entre el público. Es un chico. La ropa y los gestos me resultan familiares.

—¿Quién es?

—¿No lo has visto?

—¿A quién? —El rostro de Jade se pone rojo y se le hincha una vena en el cuello, tanto que parece a punto de estallar.

—Vamos, tenemos que seguirlo.

—Pero...

—¡Rápido!, ¡vamos!

Subimos la pequeña cuesta detrás del chico. Hay mucha gente en la calle de Espoz y Mina, a la altura del restaurante cubano se detiene y entonces lo veo. «No lo puedo creer, es Charly»

—Te traje gafas y un sombrero.

—¿Cómo? —Es Jade la que habla.

—¿Para qué?

—¿No sientes curiosidad por saber quién es su acompañante?

La salida con Jade acaba de adquirir matices épicos. En un principio me pareció gracioso, incluso divertido jugar a las detectives, pero ahora ya no es tan atractivo.

—¡Cuidado! —Jade me obliga a darme la vuelta—. ¡Ponte el sombrero y las gafas, rápido! —Obedezco.

Charlie ha salido un instante, imagino que a contestar el teléfono. Habla con mucha efusión. Nosotras nos mantenemos alejadas. Entra otra vez, paga la cuenta y de nuevo sale a la calle.

Lo seguimos hasta Huertas. A pesar de que es temprano ya hay mucha gente recorriendo los bares, cientos de jóvenes ingleses e italianos que buscan diversión.

Son cerca de las nueve de la noche. Charly se detiene ante un bar de ambiente. «¿Charlie en un bar de ambiente?». El rostro de Jade ha cambiado completamente.

—¿Ya está? ¿Esto era todo? —Le pregunto. Sigo sin comprender la situación.

—No, querida, apenas empieza. ¿Por qué no entramos?

—¿Al bar? —No estoy tan segura de querer entrar, es Jade la que me convence.

—Solo un momento, por favor. —Ha puesto su mejor sonrisa para camelarme.

—Bueno, si insistes. Lo hago solo porque eres tú. —Digo con una mueca de resignación.

Dentro las luces están bajas. La música inunda el lugar, Heavy metal. Las mesas están ocupadas en su mayoría por hombres. Jade me señala al final.

—Allá, ¿lo ves?

—¿Dónde? —Tengo que pararme en puntillas, hay muchísima gente.

—En la mesa del fondo, a la izquierda. ¡Ahora!, ¡mira ahora! —Jade me indica sin miramientos, en medio del jaleo. La sigo con atención porque me puede la curiosidad.

Lo que veo me deja sin aliento. Charlie sentado en una mesa con Miguel. El camarero se aparta y consigo una exclusiva del beso que se dan, primero en la mejilla, luego en los labios con una pasión difícil de igualar. Las tripas se me retuercen.

Salgo aprisa del bar, atolondrada y sin aire. «Aire, necesito aire» Jade me sigue. Se mantiene a distancia. No sé qué hacer ni cómo ponerme. Me sudan las manos y siento una rabia enorme, furia, mucha furia en mi interior. Giro sobre mí misma un par de veces, se me cae la cartera. Trato de hablar y no puedo, lo único que consigo son lágrimas y la verdad, no me siento feliz con las lágrimas. Quisiera entrar en el bar y darle una paliza a Miguel, una verdadera paliza.

Treinta minutos después sigo muy nerviosa. Jade me ha llevado a la cafetería de un hotel precioso. Devoro la comida con ganas, una ensalada Cesar con coca cola, tres pasteles, una magdalena que digo una, cuatro magdalenas, «a la mierda la dieta»

Jade me consuela. Es tierna y muy cariñosa. Ni se sabe el tiempo que he pasado llorando. Cada vez que me acuerdo lloro. Si la noche sigue así a Jade le darán la medalla del honor a la mejor amiga.

A las once decido regresar a casa. Jade me acompaña hasta Sol.

—¿Estás segura de que prefieres seguir sola?

—Sí. —En realidad no estoy segura de nada.

—Pero ¿te encuentras bien? —Me toca la cabeza, acaricia mi pelo. Me gusta su fragancia, huele a pétalos de rosas.

—Sí, estoy bien. —Aprieto el paso.

—Me apena mucho que te hayas puesto así. —Las manos me siguen temblando.

—Descuida, no es nada. —Hago un esfuerzo por sonreír—. Enseguida se me pasa.

—Lo pensé mucho antes de llamarte. Conozco a Miguel hace muchos años. Tenemos amigos comunes. Nuestro mundo es muy pequeño, todo se sabe. —Voy a interrumpirla, pero no me deja—. Por favor, un momento. ¿Puedes parar un momento? —Me detengo—. Yo no quería hacerte daño, solo —hace silencio un segundo— solo quería que supieras la verdad. Es lo justo, necesitas saber la verdad.

Tengo ganas de morderme las uñas. Hago el amago un par de veces, «no sé qué hacer con las manos» Sus palabras en vez de ayudar me lastiman. «La verdad por todas partes, siempre la verdad»

—La verdad, dices que necesito saber la verdad.

—Sí. —Contesta muy rápido. Jade es una mujer segura.

—¿Para qué? ¿De qué sirve la verdad? —Mi expresión es de total desconuelo. Jade me observa en silencio con sus ojos verdes. Desprende una ternura difícil de igualar. Se acerca sin prisa y me besa con calma, primero en la mejilla, luego en los labios; los muerde con lentitud, como si quisiera bebérselos. Me acaricia el cuello y desliza su mano hasta mi cintura.

—Para que puedas decidir. —Contesta serena—, para eso sirve la verdad, para decidir.

El sabor tibio de su boca es agradable. Me quedaría la noche entera bajo su abrigo, pero es tarde, mañana debo trabajar.

—¿No quieres ir a mi casa? —Me tomo mi tiempo para responder. Cuando por fin lo hago deja escapar un suspiro de insatisfacción. La acompaño a la boca del metro. Parece indecisa.

—Eva, yo necesito saber qué está pasando entre nosotras.

—No lo sé. —La mirada se me pierde entre las losas del suelo. Al lado del metro hay un joven interpretando una canción de Chaouen. Un coro de gente lo ayuda con la letra, la canción es triste; habla de sirenas y de soldaditos marineros.

—¿Cómo que no sabes?

—No lo sé. —Alza mi barbilla.

—Por favor, Eva. Lo único que pido es sinceridad. —Un silencio salvaje se instala entre nosotras. Parece un animal dormido hasta que por fin despierta—. Eva, ¿no me quieres? —La miro a los ojos.

—Sí, te quiero. —Sonríe un instante—. Pero no como tú piensas. —Se echa hacia atrás. Se ha esfumado la alegría de su rostro.

—Mírame a los ojos y dímelo. —Bajo la mirada. Permanezco callada. Las manos se me entumecen. Debe ser el frío.

—Entonces, ¿esto no cambia nada?

Niego con lentitud. Jade se aparta silenciosa y se marcha en silencio. Prefiere caminar, al igual que yo. Regreso a casa en silencio, dolida y atormentada. Entonces recuerdo, no sé por qué razón, una conversación tenida con Isabel.

«Isabel, necesito llamar a Isabel» Marco varias veces. Nada, no contesta. Lo sigo intentando hasta llegar a casa. A las doce y media me doy por vencida. Me ducho y voy a la cama convencida de que a partir de hoy mi vida va a cambiar.

Cuando empiezo a conciliar el sueño el teléfono empieza a pitar. Es Isabel.

—Isa, necesito verte con urgencia.

—Eva, son la una de la madrugada. Acabo de echar un *kiki* con Juanjo, me estoy fumando un piti.

—¡Es importante!

—Ya, supongo. Joder, para llamar a estas horas.

—¿Quedamos mañana?

—¿Después del trabajo?

—¿Qué tal a la hora de la comida? —Isa se lo piensa.

—Vale, lo vamos viendo.

—Gracias, Isa. Eres la mejor amiga del mundo.

—Descansa, preciosa. No pierdas el sueño por nadie. Sabes, no merece la pena.

—Hasta mañana, Isa.

Capítulo 19

Por la noche tengo pesadillas, otra vez la mujer que sangra y la niña que se aleja, se cae en un precipicio y desaparece para siempre.

Ni siquiera sé qué hora es, ¿las dos, las tres de la madrugada? Sigo agitada y muy nerviosa. Reviso la casa, nada. Ni rastro de Miguel. Me hago una tila y pongo la tele. No hay nada interesante. Porno, películas de clase B y mujeres que adivinan el futuro.

He perdido el sueño completamente. Quizá un libro sirva, un libro y un vaso de leche caliente. De pequeña servía, mi madre me daba leche caliente para conciliar el sueño. Preparo una taza y me acuesto en el sofá.

Hasta mi gato duerme. No encuentro nada mejor que ojear una revista de moda. Entonces la mujer de la tele suelta un sermón que me deja fría: te hablo a ti, si no puedes conciliar el sueño es porque necesitas recibir un mensaje, llámame.

Los pelos del antebrazo y el cuello se erizan. Es absurdo pero mi cuerpo reacciona a sus palabras de una manera que no es normal. Tal vez sea una tontería. Es posible, me repito una, dos veces. El corazón late con prisa. Debo tomar una decisión.

Observo la tele. Hay un número para llamar. El minuto cuesta dos euros. No lo pienso más, levanto el teléfono fijo y marco el número. Tras un par de minutos de espera escucho la voz de una mujer.

—Tengo un mensaje para ti de una persona muy especial. —Trago saliva en seco y presto atención—. ¿Cómo te llamas?

—Eva.

—Eva, tienes una constelación maravillosa de seres que te rodean. Hay mucha gente que se ha ido y está aquí ahora para ayudarte. Ellos quieren que sepas una cosa. —La señora hace una pausa—. ¿Estás ahí, Eva?

—Sí, estoy.

—Escucha con atención, Eva porque lo que voy a decirte es muy especial. Tú misma eres una persona especial, ¿lo sabías? —Voy a contestar, pero me interrumpe.

—Espera, estoy viendo una niña. ¿Tienes hijos, Eva? —Empiezo a temblar de miedo. La mujer me pregunta otra vez. Eva, ¿tienes niños?

—No, no tengo niños.

—Espera, hay un mensaje para ti. ¿No crees en los sueños? La clave está en los sueños. Hay un hombre, te quiere mucho. Quiere decir algo sobre los pensamientos. Quiere que pienses en él. No, espera. ¿Tuviste un accidente? No, no eres tú. Veo un accidente, una tragedia. También habrá una sorpresa. Es mala. No, perdón, es buena. Hay sangre, mucha sangre.

Empiezo a temblar de miedo. No soporto un minuto más la tensión. Cuelgo el teléfono y me acurruco en el sofá. Estoy aterrorizada. ¿Cómo sabía lo de la niña? ¿Quién es el hombre que me quiere? Me muerdo las uñas. Necesito tranquilizarme. Busco en el botiquín de urgencias y encuentro pastillas para dormir.

No estoy en mi mejor momento. Lo sé porque sigo parada frente al botiquín, con una caja de pastillas para dormir a la vista. ¿Media docena de pastillas será suficiente para acabar con mi sufrimiento?

Juego con la idea del suicidio, la acaricio con delicadeza. Me siento como la Monroe antes de iniciar su último viaje. Sopeso las posibilidades una a una hasta que cierro la puerta de un tirón y voy a la cocina.

¿A quién voy a engañar? No quiero morir. Lo único que quiero es acabar con el sufrimiento. Eso pienso cuando ingiero la píldora. «Lo único que hago es pensar tonterías. Debería relajarme» Los efectos del diazepam no se hacen esperar, en menos de diez minutos me quedo rendida sobre el sofá.

A las siete menos cuarto de la mañana despierto sobresaltada. Me siento confundida y me duele le cabeza. Olvidé apagar la tele. La voz de la locutora me molesta un mundo. Apago el televisor y me arrastro hasta el baño, pero me detengo a mitad del pasillo. No puede ser. Están tocando a la puerta. ¿A las siete de la mañana?

Voy al recibidor y observo a través de la mirilla. Es Miguel.

—Cani, abre por favor, sé que estas ahí. —No sé qué hacer. Miguel insiste—. Cani, sé que estás ahí, abre, por favor.

Me muerdo los labios, aprieto los puños. Miguel toca cada vez con más fuerza. «Los vecinos, va a despertar a los putos vecinos» No sé de dónde saco fuerzas porque me debato entre lanzarle un jarro de agua hirviendo o echar a correr. Sin embargo, me contengo y abro la puerta de un tirón.

—¿Qué quieres?

—Cani, ¿cómo estás? ¿Qué ha pasado? ¿Has tenido mala noche? Parece que estás mala. —Pone una mano en mi frente—. Te he traído flores. —Me enseña un ramo de flores—. ¿Verdad que son bonitas?

No digo una palabra. No sé qué contestar. —Ha bebido, pero no está borracho.

—Te he dicho mil veces que no me gusta que trabajes. No es necesario que lo hagas. Anda, entra. Yo cuidaré de ti.

—Miguel, ¿qué quieres? —Me planto en mitad de la puerta. Ni yo misma me creo estas palabras. La reacción de Miguel es desproporcionada. Parece asombrado.

—Cani, yo... Yo vine a disculparme. —Baja la cabeza—. Yo me siento avergonzado. —Escucho ruidos en la puerta de al lado. Debe ser la vecina tratando de escuchar.

—Ven, pasa. —Me sigue hasta el salón—. ¿Quieres beber algo?

—Agua. —Voy a por un vaso de agua, pero me detiene.

—Por favor, llévate las flores. Ponlas en agua para que te acuerdes de mí cuando no esté. —Hay una parte en mi interior que pide sangre, lo sé porque me hierva el cuerpo, cada poro de mi cuerpo. No obstante, muy en el fondo también encuentro compasión.

Miguel parece un gato pasado por agua. No sé en qué momento el tigre se convirtió en sardina. Cojo las flores y las pongo en la cocina.

No me percató, pero Miguel me sigue. Me pone la mano en el hombro mientras estoy llenando el vaso de agua. Salto hacia un lado.

—Perdón, no quería asustarte. De verdad, lo siento. Cani —me mira a los ojos—, no sé qué voy a hacer. Necesito tu ayuda. —Las palabras parecen suspiros. Le tiembla el labio inferior y los ojos se le llenan de lágrimas. Por primera vez, en tres años, veo a Miguel a punto de derrumbarse—. Yo no puedo más, Cani, no puedo más.

Lo abrazo sin pensarlo. Sus palabras me han conmovido. Miguel sigue hablando con voz entrecortada.

—Cani, no sé qué me pasa. No lo puedo remediar. Cada vez que te miro —se queda sin voz unos instantes. Pasa tiempo antes de que pueda hablar—. Es que cuando te miro siento que eres mi mundo, el único mundo que necesito y en el que quiero vivir. —Hace una pausa. Nos miramos—.

Estoy aterrado, Eva y tú eres la única persona que sabe curarme, por favor.

De nuevo me abraza. El tiempo corre y sigo en medio de la cocina abrazada a Miguel hasta que poco a poco se calma. Consigo que se aparte de mí.

—¿Quieres una tila?

—No, no necesito nada. —Típico de Miguel.

—¿Estás seguro?

—Lo único que necesito es que me digas la verdad. —Me observa con detenimiento. Se ha puesto rojo y muy tenso. ¿Tienes a otro? —La pregunta hace que me hierva la sangre. Me gustaría lanzarle un tazón a la cabeza, pero no lo hago. En vez de eso me muerdo los labios y de nuevo aparece la guerrera, me sorprende también por la respuesta.

—El único que tiene otra eres tú, o mejor, a otro. —Los ojos de Miguel relampaguean, supongo que de odio. De inmediato cambia su actitud. Erguido, parece más alto que nunca.

—¿De qué hablas?

—De nada. —Salgo por la tangente. Lo he puesto furioso. Voy al baño. —Me agarra por la muñeca.

—¿Qué haces? ¡Suéltame!

—¿A qué te refieres? —Dejo escapar un bufido.

—Miguel, ¡no te pongas feo!

—¿A qué te refieres, Cani?

—¡Nada, no he dicho nada! —Fue un error abrir la puerta, ahora lo comprendo.

—¡Pero serás cabrona! ¿Qué coño insinúas? ¡Trabajo como un animal para darte gusto! ¡Día y noche como un animal!

—Eso no te da derecho a engañarme. —Suelta una carcajada.

—¡Engañarte! ¿Con quién te voy a engañar? —Esto es demasiado para mí.

—¡Con Charlie!, ¡Miguel!, ¡con Charlie! —Me suelta como si hubiera visto al demonio. No hay nada más que decir. Miguel parece perdido, completamente perdido. —Suelta una risa loca, tiene el rostro desencajado, en vez de hablar grita.

—¡Estás loca, completamente loca! ¡No te reviento a golpes porque soy un hombre! —La emprende a puñetazos contra la despensa, lanza los platos al suelo, grita y se marcha con los nudillos ensangrentados. Antes de irse repite que soy una puta.

—¡Eres una puta! —Escupe en el suelo, delante de mí. —Estoy aterrorizada. No digo una palabra, no hablo, no me muevo, no respiro. Lo único que hago es llorar hasta que se marcha.

De nuevo tocan a la puerta. No me muevo de mi sitio. Tiemblo como un ave mojada. Vuelven a tocar y escucho voces. Es la vecina. Me recompongo como puedo y abro la puerta.

—¿Estás bien, hija? —La vecina es una mujer mayor que vive sola.

—Sí, estoy bien.

—¿Quieres venirte a casa un rato?

—Muchas gracias, Amparo —me seco las lágrimas— ya me iba a trabajar. De verdad, le agradezco mucho.

—Cuando quieras puedes tocarme a la puerta, hija.

—Gracias, Amparo.

—De nada, corazón. Anda, deja que te dé un beso. —La vecina me besa y me abraza. En cuanto lo hace empiezo a llorar. No puedo evitarlo. Esta vez con mucha fuerza.

—Llora, cariño, llora. Suelta toda la pena. —Me consuela durante un rato. Un cuarto de hora más tarde me encuentro mejor. Agradezco su ayuda.

—Yo, debo irme. Debo ir a trabajar.

—¿Vas a ir al trabajo? Pero si estás mala.

—Sí, Amparo, debo ir, necesito ir.

Por el motivo que sea, ese día todo me sale torcido. Elena me regaña por llegar tarde y me confundo al enviar los emails. A media mañana llama un proveedor de Irlanda y me quedo en blanco. No entiendo una palabra de lo que dice, como si el inglés hubiera desaparecido para siempre de mi vida. Entro en pánico y cuelgo.

Espero otra vez la llamada sentada en la silla, mientras tanto me como las uñas. Espero dos, tres minutos, nada. No ocurre nada. Rezo para que este día funesto no tenga consecuencias.

A las once y media Elena entra a mi despacho. Me pregunta si está todo bien. Contesto que sí. Por supuesto que no se lo cree. Esta mañana he pasado más de treinta minutos al espejo maquillándome. Después de una noche de mierda y la escenita de Miguel tengo los ojos hinchados y un cutis tan arrugado como una frazada de limpiar el suelo.

Se marcha tal y como llegó, con una sonrisa en los labios. No dice nada más.

A las doce y media pido permiso para ir a comer con Isabel. He pasado una mañana pésima. A la salida de la empresa me encuentro con Frank. Es él quien me llama. Estoy tan inmersa en mi mundo que no me percató de su presencia.

—Eva, ¿te pasa algo?

—¿Qué? Frank, eres tú. —Nos saludamos—. Sí, sí, estoy bien.

—¿En serio estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. —Me llevo un mechón de pelo hacia atrás.

—Necesito hablar contigo unos temas de trabajo.

—¿Tiene que ser ahora?

—¿Durante el almuerzo? —Me muerdo los labios.

—¿Ibas a salir?

—No, no. Solo, solo cinco minutos. Hablo con una amiga y listo.

—Bajo enseguida.

—Bien.

Le escribo un wasap a Isa y espero su respuesta.

—No te preocupes, tía. Tú a lo tuyo, llámame cuando quieras.

—Eres un cielo, Isa.

—¿Ya te follaste al negro?

—Isa, ¡por Dios! ¡Qué dices! —Le escribo. Pone caritas sonrientes y luego un corazón rojo que late—. ¡Fóllatelo!

Frank baja casi enseguida. Montamos en su coche y se incorpora a la Castellana.

—¿Sabes adónde vamos?

—Ni idea. —Sonríe cauteloso. Entra una llamada de Jade. No contesto.

Frank me lleva a un restaurante de lujo. En vez de trabajar me invita a disfrutar de la tarde. Después me acerca hasta mi casa. Insiste en que debo descansar así que a las cuatro y cuarto estoy otra vez en el piso.

Frank se ha comportado como un gran amigo. No hay nada entre él y yo. Es difícil que en el futuro tengamos algo. Es solo un amigo, un viejo amigo.

Aprovecho para tomar una siesta y descansar. Me duelen hasta los dientes. Antes de dormir me planifico. Debo hacer varias cosas con urgencia. La primera de ellas es cambiar el cerrojo de la puerta y resolver el tema de la hipoteca con Miguel.

Capítulo 20

La tarde siguiente quedo con Isa en Sol. Los nervios me pueden, lo sé. Aunque en esta ocasión, por extraño que parezca, tengo la certeza de que vivo un momento trascendental. No sé por qué me siento así. Me lo he preguntado una y otra vez.

Isa llega con una sonrisa, como de costumbre. Nos abrazamos, pide que me calme.

—Tranquila, ya pasó. —Me enjuugo las lágrimas. Pasamos una hora hablando de lo más relajadas. Me siento tan bien que se me olvida la ansiedad y la tristeza de los últimos días hasta que de pronto surge la pregunta.

—Isa, hay una cosa, un tema que me contaste. Al final nunca me dijiste de qué se trataba. —Isa me observa muy seria.

—¿Cuándo?

—¿Recuerdas la tarde que quedamos en Cibeles?

—¿Después del viaje a Portugal?

—Sí.

—Lo recuerdo, claro que lo recuerdo.

—Mencionaste algo sobre un niño. —Isabel sigue muy seria y eso no me gusta. Se lleva la mano a la frente, luego mira en derredor.

—¿No te acuerdas de lo que hablamos? —Observo sus movimientos, ha dejado el café a un lado.

—No, no lo recuerdo. —Parece sorprendida.

—¿En serio no recuerdas nada sobre el bebé?

—No, no recuerdo nada. —Isa parece preocupada. Empieza a dolerme mucho la cabeza y lo comento.

—¿Quieres una aspirina? Siempre traigo.

—No creo, seguro se pasa rápido. —No sé qué me ocurre.

—Eva, ¿te encuentras bien?

—¿Qué?

—Pareces ida. —Reacciono.

—Estoy bien, no te preocupes. —Me levanto de un tirón—. Tengo que irme.

—Pero ¿qué pasa?

—Nada, tengo que irme. —Me alejo de la mesa.

—Tengo que marcharme. —Isabel me sigue a toda prisa. La veo pagar y aprovecho para escabullirme. Hay una cosa, tengo una corazonada metida en mitad del pecho. Camino lo más rápido que puedo. «No puede ser, no puede ser»

A los quince minutos abro el apartamento. Voy directo a los cajones, revuelvo los papeles, uno a uno, los tiro al suelo. No me sirve ninguno hasta que encuentro lo que estaba buscando, en una carpeta gris bajo una montaña de papeles. Un informe médico de hace cuatro meses. Isa me llama al teléfono, no contesto.

El papel está incompleto, roto. Sigo buscando y entonces aparece el informe médico de la clínica. Su contenido es escueto, muy impreciso. Lo arrojo sobre la cama y me percató de una nota escrita al dorso.

Recojo el papel y lo leo. «No puede ser, no puede ser» Tiene la firma de un médico, el doctor

Martínez. Se lee muy claro una palabra que me obliga a salir de la habitación a toda prisa.

Isa llega en ese momento al apartamento. Toca a la puerta. No sé qué hago ni qué digo. Me falta el aire y me duele el pecho. Consigo alcanzar el picaporte antes de desplomarme.

No ha sido nada. Apenas un susto. Isa se ha marchado hace un rato. Jade llamó dos veces. No he cogido el teléfono. Me importa una mierda lo que opine y me importa una mierda el mundo.

Al día siguiente, en el descanso, aprovecho para llamar a la clínica. Tras varias gestiones consigo hablar con el médico que me atendió. No era Martínez, Martínez es el dueño. Parece nervioso.

—Doctor, ¿me recuerda?

—Sí, la recepcionista me ha puesto en antecedentes. Recuerdo el caso, no todos los días el dueño de la clínica se interesa por un paciente. ¿Eres la muchacha del problema en la mandíbula?

—Acabo de enterarme que no fue solo eso. —Silencio absoluto—. ¿Por qué nunca me dijeron nada? —Más silencio. Pasa un rato largo. No sé cuánto tiempo, el suficiente para que me impaciento—. Doctor, ¿sigue ahí? —Se pone de nuevo al auricular.

—Perdón estaba revisando los papeles. No resulta tan fácil. A veces protegemos a los pacientes.

—¿Y qué pasa con la verdad?

—Sus familiares lo saben.

—¿Qué saben?

—La verdad. —Otra vez con la dichosa verdad. Tengo ganas de pegarle a alguien, de pararme en medio de la calle y gritar—.

—¿Por qué no me dijo lo del aborto?

—No fue mi decisión. El aborto tuvo consecuencias. —Me impaciento.

—¿Qué tipo de consecuencias?

—Las peores. —No lo entiendo. ¿Un aborto debido a un golpe en la mandíbula?

—Doctor, ¿puede ser más claro?

—No puede tener hijos.

—¿Cómo? —Al otro lado nadie contesta. Una mujer se pone al habla.

—Hola, Eva. Soy Laura del departamento de atención al cliente. El doctor me ha puesto al tanto de la situación. Quiero decirte que lo sentimos mucho y que seguimos todos los procedimientos en tu caso. Estamos muy interesados en ayudarte a encontrar una solución. ¿Cuándo podrías venir a consulta?

Cuelgo. Es todo lo que necesito saber. Durante un rato permanezco inmóvil en la silla. Necesito reflexionar. Por suerte, el trabajo ha disminuido. Frank está de viaje, no volverá hasta dentro de dos días.

Por primera vez en varias semanas salgo a una hora decente del trabajo. En vez de coger el metro camino hasta Cibeles y luego subo en dirección a Sol.

Siempre me ha gustado caminar. Adoro el esplendor de la ciudad, la belleza de sus construcciones y la vida de sus calles. Madrid siempre será una fiesta. Eso me digo una y otra vez.

Atravieso la calle Gran Vía, paso el Starbuck y desciendo hasta Sol. Observo a la gente caminar, las mujeres y los hombres, niños sonrientes, tomados de la mano de sus padres.

Rememoro las últimas semanas. Todavía no me creo todo lo que ha pasado. En Sol empiezo a unir las piezas del rompecabeza mientras me tomé un café en la terraza del Rodilla. La visita del dueño de la clínica antes de recibir el alta, su firma en un informe médico mutilado y escondido bajo una pila de papeles; las pastillas para olvidar no para superar el dolor, la noticia que nunca se dio. Detrás de todo esto hay solo una persona, Miguel.

Pago la cuenta y regreso a casa cabizbaja. No estoy enojada. En mi corazón no hay odio. Siento mucha lástima por Miguel, por lo que fue y sobre todo, por lo que pudo haber sido. De todas sus traiciones esta ha sido la peor.

Arrojo las pastillas en la primera papelera que se cruza en el camino. Es hora de encontrar la verdadera libertad y de ser feliz, me digo convencida de que el pasado es solo el preámbulo de un futuro luminoso. Eso me repito una y otra vez, mientras el sol se oculta en la distancia.

Capítulo 21

Al menos han pasado ocho semanas desde la última vez que hablé con Miguel. He cambiado mucho. La gente no para de decírmelo. La primera de ellas mi madre. Hoy es Domingo de Resurrección y he venido a verla. Coincido en casa con mi hermana y me quedo a comer. Entre las dos me convencen.

Filipa mantiene la versión de que nunca ha tenido lugar una escena de celos en mi casa entre ella y su marido. Desvió el tema de conversación para no hurgar en la llaga. Entonces llega el turno de hablar sobre Miguel. Digo que estoy bien y esas cosas, pero no las convenzo.

—¿Y la hipoteca? —Pregunta mamá.

—Lo estamos viendo.

—¿Eso exactamente qué significa? —Interviene Filipa.

—Me haré cargo. —Se miran entre ellas. No dicen nada.

—Tengo postre. —Mamá se levanta—. ¿Qué les parece un arroz con leche?

—Me encanta, ma. —Dice Filipa. Mi madre regresa casi enseguida con el dulce. De pequeña me volvía loca, pero con los años ha perdido el encanto.

—Bueno, Eva, ya ha pasado tiempo desde que lo dejaste con Miguel. ¿Sigues sola? —Es una pregunta trampa de mamá, las dos saben que estoy saliendo con alguien. Lo he dejado caer un par de veces. A mi madre no le hace ni puñetera gracia. Me mira con atención. Sopeso una y otra vez mis próximas palabras. No estoy segura. Por fin, me decido.

—Bueno, sí. Tengo una persona. —Las dos se miran azoradas. Mamá es la primera en reaccionar.

—Enhorabuena, hija. —Se levanta y me abraza. Mi hermana la secunda.

—Me encanta como eres. —Dice Filipa—. Sigue así, Eva, no cambies. No necesitas cambiar para darle gusto a nadie.

—Ya, claro. —Bajo la cabeza tanto como puedo. Me agobia tanta atención. Quince minutos después me entra un mensaje de wasap.

—¿Entonces quedamos a las 7? —Dios mío, me había olvidado completamente. Contesto que sí y me despido de mi madre.

—A ver si un día traes al nuevo chico, hija.

—Mamá, por favor, ya se verá. Calma y paciencia, no hay prisa.

—Lo ves mamá, ha cambiado un mundo. —Filipa me besa y me abraza. Tus sobrinos necesitan el calor de su tía, a ver cuando vas por casa.

—Ya, tía. Si es que no tengo tiempo. Entre el trabajo, la casa.

—¿No te ibas hija? Se te va a hacer tarde.

Prometo visitar a mis sobrinos tan pronto como pueda. Otra vez me despido, venga abrazos y besos. Mi madre se ha emocionado y suelta su lagrimita boba.

En vez de ir directo a Sol paso por casa. Me ducho a la velocidad de un cohete, luego las cejas, un pelin de maquillaje. «Me tocará coger taxi, eso seguro» Dicho y hecho, el taxi me deja en Opera y camino hasta Sol. Apenas son tres calles repletas de gente. Turistas con ganas de descubrir la ciudad más bella del mundo, músicos, pintores, cantantes, todos ellos trabajando al aire libre.

A medida que se acorta la distancia afloran otra vez los recuerdos. Frank ha estado dos meses

en New York, durante ese tiempo no hemos intercambiado una palabra. Nuestra última cena fue solo una excusa para que lo acompañara en el viaje. Le dije que no. Todavía hoy no sé la razón. Quizá porque la ruptura con Miguel era muy reciente o porque tenía miedo, ¿quién sabe?

Son las 7 pasadas. Bueno, cinco minutos tarde no es mucho tiempo. Encuentro a Frank al lado de la estatua del oso. Tenía preparadas unas palabras para este momento que han desaparecido. También quería mantener la distancia y cumplir esta formalidad con elegancia, pero en vez de eso hacemos una escenita.

Todo cambia cuando nos vemos. Empiezo a sudar y se acelera el corazón. Frank está guapísimo, la ropa blanca le sienta muy bien. Lleva unos vaqueros ajustados y una camisa de mangas largas recogidas hasta el antebrazo. Cuando nos abrazamos sufro una catársis. Huele a esencia de hombre, a mar y a hierba buena. Eso se me ocurre cuando me besa en medio de la multitud.

Sus brazos son como un refugio del que no quiero salir. Y entonces pienso en los años que han pasado desde nuestra primera vez, cuando teníamos dieciocho años y la vida parecía una promesa al alcance de la mano, hecha a la medida de nuestros deseos.

—¿Me extrañaste? —Pregunta casi enseguida. El beso ha sido largo y tengo deseos de más. No me importa que la gente se detenga a contemplarnos. Contesto lo primero que me viene a la mente.

—Por favor, Frank, háblame de amor. —Me besa de nuevo y siento un temblor entre las piernas, una llamarada; el cielo brillante y cientos de gaviotas volando sobre la mar. Lloro de alegría y de miedo. No quiero perder el amor una vez más. Lloro por las relaciones malditas, por los años de soledad y tristeza, por el tiempo perdido en manos del fracaso. Para nosotros el tiempo no ha pasado, soy virgen y bella como la luna, me susurra al oído, quiero entregarme a él y enterrar los miedos para siempre en un lugar donde no puedan alcanzarme nunca más.

Capítulo 22

Hoy es un día especial. Después de tres semanas con Frank por fin lo he invitado a casa de mi madre. Ha venido mi hermana y su marido con los peques. No hemos parado de jugar desde que llegamos, la más pequeña, Andrea es maravillosa.

Consulto el reloj una vez más, la una en punto. Frank debe estar a punto de llegar. La mesa está servida. Frank deberá llegar de un momento a otro. Mi hermana conversa sin parar, dice cualquier cosa. Nicolás observa un documental de la tele.

—Bueno, hija —dice mi madre— ¿viene o qué? Se está haciendo tarde. «Es cierto, han pasado veinte minutos, los niños ya tienen hambre» El telefonillo suena y salgo disparada a abrir.

—Es él, seguro es él. —Digo mientras mi familia me mira con cara de espanto. La verdad, no sé la razón. El ambiente de repente ha cambiado entre nosotros, lo percibo.

Frank no tarda nada en subir. Estoy muy nerviosa. Para todos es un secreto que mi nueva pareja es Frank. En cuanto abro la puerta y pasa comprendo que no va a salir bien. Mi madre, mi hermana, incluso Nicolás se quedan paralizados. Frank no hace caso y se sienta.

—Bueno, mamá. Aquí está. ¿No van a saludar? —Mi hermana regaña a los niños por algo que dicen. No alcanzo a escucharlo. Frank sonrío. Mi hermana es la primera en hablar, siempre ayudando.

—Hola, Frank, cuanto tiempo. —Su marido la secunda. Esto no va a ser fácil, pero confío, tengo confianza en que cuando lo conozcan todo va a cambiar. Entonces mi madre da un puñetazo sobre la mesa.

—¡Basta de falsas! ¡Se acabó! —El mundo se me cae a los pies. Filipa interviene.

—¡Mamá, por favor! ¡Esto es muy delicado!

—¡Se acabó! —El golpe de mi madre sobre la mesa la interrumpe—. ¡He dicho que se acabó! ¡He sido paciente durante muchos días!, ¡muchos días! ¡Pero esto no pienso soportarlo! ¡Tú lo que necesitas son dos hostias para que veas las cosas claras!

Los niños, Nicolás, Filipa, todos me miran expectantes. Frank se dispone a marcharse. Lo agarro del brazo y se detiene. En sus palabras no hay odio, solo tristeza.

—Nunca va a cambiar. —Bajo la cabeza avergonzada, pero no lo soporto, esta vez no lo soporto.

—¡Mamá! ¡No tienes derecho! —Frank se para en la puerta. Lo sigo— ¡no tienes derecho a humillarnos de esta manera! ¡No pienso perdonarte nunca!, ¡nunca!

El portazo retumba en las paredes del edificio. Mi madre ha salido seguida de Filipa. No logran alcanzarme. Bajamos en el ascensor. Frank está incomodo, se apoya en un pie, luego en otro. Lo atraigo hacia mí y lo beso.

—Por favor, Frank perdónalos, perdónalos. —Lo lleno de besos.

—No es eso.

—¿Qué pasa?

—Tenía una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?

—Sí. —Saca las llaves de un coche.

—¡Ay, por favor!, ¡Frank! —Me cuelgo de su cuello. ¿Qué has hecho? —Se encoge de hombros. ¿Qué compraste? —No dice nada.

Salimos a la calle, llevo mucho tiempo deseando comprarme un coche. Frank sabe que me encanta la velocidad y los coches de alta gama. La ansiedad me puede.

—¿Dónde está?

—¿Todavía no lo ves? —Se acerca a un Audi 4X4 de la línea Q3. «Madre del amor hermoso» —Me llevo la mano a la boca. «Es un sueño»

—¿No quieres probarlo? —Me entrega las llaves. Tardo nada en subir y arrancar. Parezco una niña con una golosina.

—¿Nos vamos o qué?

—Por supuesto que nos vamos. —Doy marcha atrás y salimos a la calle principal. Estoy flipando. Llevo así mucho rato. Adoro el coche, adoro a la vida—. Nene, ¿podemos salir a la M-30? —Me sonrojo, es la primera vez que lo llamo así.

—Claro que sí, es tu coche. —Es un cielo, este negro es un cielo. No sé cómo mi familia no puede verlo.

Aprieto el acelerador. Me encanta la velocidad. El coche avanza ligero. Somos los reyes de la pista. Lo único que falta es poner música. Frank está muy callado.

—¿Qué tal estás?

—Bien.

—¿Seguro? —Asiente con discreción.

—Me encanta el coche, Frank, de verdad.

—A mí también. —Se inclina y me da un beso en la mejilla.

—Eva, ¿quería preguntarte una cosa?

—Dime.

—Llevo varios días pensándolo. —Lo dejo desarrollar—. Creo que sería buena idea pasar más tiempo juntos. ¿No crees?

—Por supuesto. —Acelero otra vez. No sé a cuanto vamos. Frank se reclina en el asiento.

—¿Puedes, por favor, bajar la velocidad?

—¡Ah!, sí, perdón, lo siento. —Aminoró la marcha. El coche es una pasada, ¡me encanta!

—¿Qué decías?

—¿Cuánto tiempo llevamos juntos, dos, tres semanas?

—Tres semanas.

—Y ¿estás bien?

—Perfecta. —Frank suele ser muy cauto, es su forma de actuar.

—¿Por qué no te mudas a casa?

—¡Ah!, «era eso» —La pregunta me toma por sorpresa. No es una decisión que deba tomarse a la ligera. Al menos no con Frank. Lo medito unos instantes. Tengo las manos frías y mucho miedo.

—En realidad ya vivimos juntos, —agrega— sería solo hacerlo formal. —En eso tiene razón. Llegué hace tres semanas a casa de Frank y no he vuelto a la mía salvo para alimentar a Mojito y buscar ropa.

Jamás pensé encontrarme tan a gusto con una persona. Siento la casa como si fuera mía desde que entré al recibidor y me alzó en brazos.

—Frank, ¿qué haces? —No me dejó continuar. Simplemente me besó en los labios con suavidad.

—Eres, eres increíble, Frank. —Dije cuanto terminó de besarme.

—Y tú eres divina.

Me recorre una sensación extraña y hermosa, como si estuviera tocando a las puertas de algo nuevo y maravilloso, más grande que la vida, más grande que nosotros mismos; una sensación

olvidada mucho tiempo atrás. Y ahora, de nuevo esa sensación estaba conmigo, como si fuera lo más natural del mundo entregarse sin reservas al otro, quererlo, amarlo; como si entregar nuestra belleza más preciada formara parte de un hecho común y cotidiano.

—Sí. —No lo pensé más.

—¿Te vienes?

—Sí, Frank. Me mudo, quiero ser feliz contigo. —No podía creerlo. La guerrera de nuevo afloraba—.

—Sí, ahora mismo iré a buscar la ropa y a Mojito. Te encantará mi gato. —Durante unos instantes el coche queda en silencio. Luego, casi enseguida nos reímos por una observación de Frank. En menos de quince minutos llegamos a mi apartamento. Prefiero que Frank permanezca en el coche.

—¿Estás segura de que no quieres que te ayude?

—No tardo nada, mejor espera aquí. —Está intranquilo.

—¿Lo dices por Miguel?

—Bueno, un poco. —Frank me observa en silencio.

— ¿Y si está en la casa?

—Tranquilo. —Lo beso en la boca con emoción—. Hace mucho que no viene por casa, además cambié la cerradura.

A regañadientes se queda en el auto.

Subo al primer piso en un santiamén. Voy directo a la habitación, pero en el salón encuentro un documento. Lo reviso de prisa. Es la propiedad del Audi. «¿Cómo llegó hasta aquí?» Estoy muy sorprendida. No entiendo lo que está pasando. «Date prisa, Frank está esperando» Cierto, cierto, «Frank está esperando. Debo darme prisa»

Necesito ropa para ir al trabajo y prendas de andar por casa. «Una bolsa será suficiente. Al menos por ahora» Tengo una pila de ropa sobre la cama esperando a ser empacada, vestidos y zapatos. ¡Zapatos, necesito más zapatos!

Casi enseguida encuentro lo que estoy buscando. Utilizo una bolsa para empacar. Estoy casi lista para irme. Me extraña que Mojito no haya venido a recibirme. Regreso al salón. Mojito no está en el rascador. Quizá dejé la puerta abierta y está en la terraza.

En efecto, la puerta de la terraza está entornada. Salgo y me encuentro una sorpresa. Miguel observa la ciudad desde el balcón. Y claro, tiene a Mojito.

Capítulo 23

El miedo es un frío intenso que me invade el cuerpo, un temblor nervioso en la comisura de los labios. Miguel no parece enterarse de mi presencia hasta que habla.

—¿Qué pasa, Cani? Ya no saludas a las viejas amistades. —No digo una palabra, estoy aterrorizada—. He visto que tienes coche nuevo. ¿Es tuyo? No, espera. Deja ver. —Se asoma al balcón—. Es demasiado grande para ser tuyo, demasiado ostentoso. Parece que no hay nadie dentro. —Sigue acariciando al gato—. «Menos mal que no vio a Frank» ¿Tú ves a alguien dentro, Mojito? —No sé de que manera reúno fuerzas para enfrentarme a Miguel.

—Miguel, ¿cómo entraste aquí?

—Es mi casa.

—Nuestra casa.

—¡Unos cojones! ¡Llevo dos años pagando la hipoteca! ¡Desde que te quedaste sin trabajo! A lo mejor ya no lo recuerdas. Como se te olvida todo. —Su sonrisa no es agradable.

—Miguel, dame a Mojito.

—A Mojito, ¿quieres a Mojito? —Alza al gato y lo sostiene en el vacío. —Se me nubla la vista—. Miguel por favor. —Estoy a punto de llorar. Mojito sigue suspendido.

—¿Te apuesto doscientos euros a que el gato se convierte en una mierda cuando llegue al suelo?

—Miguel, por favor. ¿Qué quieres? Te lo ruego, el gato no tiene la culpa, Mojito no tiene la culpa.

—No dicen eso de que tienen siete vidas. Son igual que tú. ¡Te has burlado de mí tres años, tres putos años! ¡Me la vas a pagar!, ¡juro por Dios que me la vas a pagar!

—Miguel...

—¡Cállate!, ¡puta! —Grita—. Si quieres el puto gato ve a buscarlo.

Se me nubla la vista otra vez y pierdo la conciencia. Cuando abro los ojos, lo primero que veo es a Mojito. Tiene las patas delanteras enyesadas. Frank aparece enseguida.

—¿Cómo estás?

—Mejor. —Me acaricia la frente.

—Tuviste un desmayo. No te sienta bien el estrés.

—¿Qué pasó?

—El gato cayó sobre el techo del auto y activó la alarma. Salieron los vecinos y subí a buscarte.

—¿Y Miguel?

—¿Miguel? —Frank arruga el ceño—. ¿Esto fue cosa de Miguel? —Se me humedecen los ojos.

—Tranquila, ya pasó todo. Traje la bolsa que estaba sobre la cama. —Me llevo la mano a la cabeza.

—Los dolores desaparecerán poco a poco.

—Toma. —Me ofrece una aspirina.

—Frank —le agarro la mano— no recuerdo.

—También es normal. Te diste un golpe muy fuerte en la cabeza. ¿No recuerdas?

—No lo sé, la verdad es que no lo sé. ¿Qué día es?

—Viernes.

—Año, ¿qué año?
—2015. —Respiro aliviada. En realidad, no es para tanto. Sé que estamos en el 2015. —Frank me observa con ternura. Me acaricia el rostro.
—¿Estás mejor?
—Sí, estoy mejor. —El ronroneo de Mojito ahuyenta los miedos que me rondan.
—¿Puedes acercarme a Mojito?
—Lo sedaron.
—Pero ¿está bien?
—Muy bien. El médico vendrá mañana a verlo.
—Frank, lo siento. Yo no sabía.
—Tranquila, no ha sido nada.
—Frank, ¿de verdad me quieres?
—Claro que te quiero. —Me abraza—. Hay algo más, Eva. La semana que viene tengo que volver a Francia. Me han confirmado hace un rato. Quiero dejarlo todo atado antes de irnos.
—¿Irnos?
—Tengo una casa en Tarragona, al lado de la playa. Te vendrá bien descansar. Cuando el trabajo termine puedes venir a Francia.
—Pero ¿y Mojito?
—Estará bien cuidado, lo llevamos a una residencia canina durante estas semanas. ¿Qué te parece?
—Bien, me parece bien. —Entonces se me ocurre una idea—. Solo necesito una cosa más.
—¿Qué? —Frank se mantiene expectante—. No me gusta la palabra adiós. —Frank se queda descolocado.
Lo atraigo hacia mí y lo beso con suavidad. Cuando terminamos tiene ese brillo en los ojos.
—El beso me encantó, ahora, lo de la palabra adiós, no tengo ni idea de lo que quieres decir.
—Me echo a reír.
—Es sencillo.
—En el amor no hay cosas sencillas.
—Sí, verás que sí. Esto es muy sencillo. Lo único que debes hacer es utilizar otra palabra. No me gustan las despedidas ni la palabra adiós. —Me encojo de hombros—. No sé, utiliza otra palabra —Frank lo medita unos instantes.
—¿Qué te parece hasta luego?
—Así está perfecto. —Esbozo una sonrisa. Me gustaría disfrutar a plenitud de la compañía de Frank, pero en vez de eso me persigue la amenaza de Miguel. Sus palabras retumban en mi cabeza «¡me las vas a pagar, juro que me las vas a pagar!»

Capítulo 24

Las primeras noches en el piso de Frank son un verdadero descubrimiento. La urbanización es preciosa. Apenas hay casas y este es el edificio más alto sobre el cerro. Desde el balcón se ve el mar y la costa. Hay un faro a menos de quinientos metros. De noche, si abro la puerta de corredera que da al balcón, uno tiene la sensación, al acostarse, de que flota sobre las olas. Arriba, en el cielo, siempre brillante y hermosa se encuentra la luna.

Abundan los franceses y los ingleses de mediana edad. También los niños llenos de pecas y con la piel quemada que no paran de saltar y dar brincos en la playa. Por las mañanas, suelo trabajar en el ordenador conectada con Frank. A mediodía me tomo un descanso y bajo a la playa.

Hay una cala en particular que me encanta. Tardo unos veinte minutos en llegar a través de un bosque de pinos. Casi siempre me cruzo con vecinos que me saludan en catalán. Aprendí a contestar prácticamente el mismo día de mi llegada. —Bon dia, señor. —Es lo que suelo decir.

La mayoría de la gente asiente con una sonrisa. Supongo que mi acento les resulta horrible, pero no importa. Luego, en la playa, pongo la sombrilla y descubro una vez más la belleza de la vida. La tranquilidad del mar y sus olas. Frank a veces me llama para decirme que no vuelva al trabajo.

—No es necesario que vengas, ya está todo ordenado. —Lo que suelo hacer en esos casos es encogerme de hombros. Todavía sigo recelosa y con mucho miedo. No obstante, me esfuerzo a diario para olvidarme de Miguel.

Un par de días después, en el mercado, descubro un hombre con gafas que me observa con insistencia. De inmediato salgo de la tienda y cojo el coche. «No creo que sea Miguel, —Es lo primero que pienso. Miro hacia atrás—, está muy lejos, demasiado lejos»

Las manos me tiemblan cuando enciendo el motor. Conduzco en dirección a la playa. Detrás de mí arranca otro coche. No sé quién es el conductor. Acelero. El otro hace lo mismo.

Las urbanizaciones de Tarragona están ubicadas entre pequeñas colinas. La carretera bordea las faldas de la montaña, un descuido al volante puede terminar en tragedia porque la caída hasta el mar es abrupta y comprende no menos de doscientos metros. Desvió el coche hacia la zona de las colinas rocosas y acelero.

El motor del convertible gris responde a los cambios de marcha con verdadero brío. Devora las cuestas como un dragón, a la velocidad del rayo. Durante unos instantes consigo perder a mi perseguidor. Aprovecho para llamar a Frank. El teléfono tibra constantemente, pero no contesta. Empiezo a desesperarme. Por fin responde.

—Hola, ¿qué ocurre?

—Frank, creo que me están siguiendo. —Frank espera unos instantes antes de contestar.

—¿Es Miguel?

—No lo creo. Lleva un rato detrás de mí.

—¿No lo crees? —Titubeo unos instantes.

—No sé, no lo sé.

—¿Dónde estás?

—No lo sé, tomé la carretera de la luna.

—Da la vuelta.

—¿Cómo?

—Eva, da la vuelta.

—¿Por qué?

—La carretera no lleva a ninguna parte. Tienes que dar la vuelta ahora.

—¿Y luego?

—Luego te vienes acá. Esto se va a acabar ahora mismo. Te vienes a París en el primer vuelo.

—Pero, Frank.

—¿Qué?

Está tan nervioso como yo. Por suerte no hay nadie detrás de mí. Acabo de percatarme. Aminoro la marcha y me detengo de golpe. No pierdo un segundo, giro en redondo y acelero. El sol castiga con fuerza.

—¿Qué? —Repite Frank.

—Nada, ya está hecho.

—¿Te sigue alguien?

—Ahora no.

—Voy a llamar a la policía.

—No es necesario, en nada llegaré a casa.

Un auto toma la curva y se acerca a gran velocidad. Es el perseguidor.

—Frank, tengo que dejarte.

—¿Qué pasa?

—Nada, te llamo ahora. —Cuelgo en medio de las protestas de Frank. Aprieto las manos sobre el volante. El coche del perseguidor tiene prisa, invade mi carril.

Su conductor toca el claxon. Quiere que me acobarde. En vez de disminuir acelero. El otro también lo hace. Son las dos de la tarde y hace mucho calor.

El pie se me entumece de tanto apretar el acelerador. No pienso reducir la velocidad. Sigo en mi sitio dispuesta a estamparme. La distancia cada vez es menor. La furia me ciega. Lo único que quiero es venganza, la quiero aquí y ahora, aunque me cueste la vida.

Por primera vez pienso en Dios y en la posibilidad de la muerte. Sudo mucho, tanto que la camiseta y el pelo están empapados.

A punto de estamparme pienso de nuevo en Dios y en sus injusticias. No sé muy bien la razón. «Hay tantas cosas que me gustaría hacer antes de morir»

Aprieto el acelerador a fondo. Toco el claxon como señal de protesta ante todo y todos, como la última muestra de rebeldía antes un Dios que no existe y un mundo lleno de crueldad que atormenta a los débiles. Cierro los ojos ante el colapso inminente, un segundo, dos, tres. No ocurre nada.

El coche ha desaparecido. Aminoro la velocidad para no salirme en la curva. Debo hacer un gran esfuerzo. Observo el coche por el retrovisor a lo lejos, cae el vacío. Me llevo la mano a la boca.

Por primera vez escucho el timbre del teléfono. Pongo el manos libres.

—¡Gracias a Dios! ¡Eva, te he llamado mil veces! ¿Qué ha pasado?

—Nada. No ha pasado nada. —Mi respuesta es seca y tajante. Frank parece sorprendido.

—¿Cómo que nada?

—No, no ha pasado nada. —Agrego lo primero que se me ocurre—. Lo dejé atrás.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

—Te mandé el billete. El vuelo sale en tres horas.

—Pero, necesito empacar y...

—¡Eva! —Frank me interrumpe— déjalo todo. Ve directo al aeropuerto. Te estaré esperando en París. —No digo nada—. Eva, —repite— ¿está todo bien?

—Sí, sí. Está todo bien. —Me seco el sudor de la frente.

—Bien. Ahora tengo una reunión. Avísame cuando cojas el vuelo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Te quiero, nene. —Se me escapa antes de que cuelgue.

—Yo también te quiero, cielo. Yo también te quiero.

Aprieto el acelerador. No veo el momento de llegar a París y abrazarlo. Contrario a lo que dije, paso por el piso y recojo lo imprescindible. Además, me ducho. Consulto el billete electrónico en mi email y activo el GPS del móvil. Tardaré una hora hasta el aeropuerto así que lo organizo todo para llegar a tiempo.

En el email hay una dirección y el nombre del hotel con un número de habitación. —Es por si acaso no puedo recibirte—. Escribe Frank.

Tomo el avión a la hora indicada. Mi madre me llama primero y luego mi hermana. Están muy nerviosas y asustadas. Es natural. Quieren saber adónde voy. No les digo nada, absolutamente nada hasta que no esté fuera de peligro. Apago el teléfono y me quedo dormida con una sensación extraña. Tengo náuseas y de nuevo me falla la memoria. Hay cosas que no recuerdo como el año, el maldito año.

Epílogo

En el aeropuerto de París las cosas no van bien. Lo sé porque Frank no ha venido a recogerme. Lo llamo varias veces, no contesta. Treinta minutos más tarde tomo un taxi al hotel. Supongo que Frank tendrá una buena excusa para explicar su ausencia.

De camino al hotel lo llamo una, dos veces y nada. Siempre salta el buzón de voz. Estoy tensa y muy nerviosa. Tanto que ni siquiera me percaté de que el auto se detiene.

—Señora, su hotel. —La voz del taxista me hace volver a la realidad. Pago el importe y voy directo a la habitación. En la recepción me detienen.

—Señorita. —Un señor alto me intercepta—. ¿Está alojada en el hotel?

—Sí, claro.

—Por favor, pase por recepción. —Me atiende una joven morena y muy delgada.

—¿A nombre de quién está la reserva?

—Frank, a nombre de Frank. —La joven busca en el ordenador.

—No tenemos ninguna reserva con ese nombre. —Me pongo muy nerviosa.

—¿Está segura? —La joven me mira con detenimiento.

—Sí, estoy muy segura. —El señor alto se acerca a mí, hago como si no existiera.

—Pruebe con mi nombre. —Enseguida localiza la reserva. Estoy impaciente. Imagino que Frank entrará en cualquier momento. Quizá esta indispuerto o se quedó dormido, trabaja a deshoras y muchísimo tiempo.

La joven me entrega una tarjeta magnética.

—Le deseo una feliz estancia. ¡Ah! Una última cosa, es posible que el fin de semana llueva. En su habitación encontrará un paraguas cortesía del hotel. —La miro sorprendida.

—Gracias.

—Merci, Madame. —Contesta con una sonrisa.

En el vestíbulo hay colgado un cartel de bienvenida enorme. Me sorprende la fecha, se lee claramente: Bienvenidos al III Congreso de Literatura 2020. En vez de preguntar me dirijo a la habitación. Me duele la cabeza y estoy muy cansada.

Subo en el ascensor. De nuevo llamo a Frank sin éxito. La habitación está perfectamente ordenada. No encuentro el menor indicio de su presencia. Entonces recibo una llamada.

—Frank, eres tú, ¡gracias a Dios!

—No te lo vas a creer.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —No contesta. Espero unos instantes.

—Te llamo luego, adiós.

—¡Frank!, ¿qué pasa? —Nada, no obtengo respuesta. Siento ardor en el estómago y mucha tensión en las sienes «Tengo que salir, necesito salir y hacer algo. Llamar a la policía o encontrar a Frank»

Salgo de la habitación a toda prisa. No sé qué ocurre, pero es grave. Me lo dice el nudo que tengo en el estómago. Alguien se ha dejado un paraguas en el ascensor. Lo cojo y bajo a recepción. «¿Qué día es?, ¿qué año es?» Me atormentan estas lagunas de memoria.

Hice bien en coger el paraguas porque en cuanto salgo del hotel caen las primeras gotas. Abro el paraguas y de repente ocurre. La veo frente al hotel. Es mi hermana. Nos miramos como si fuéramos dos extrañas. Sigo en mitad de la calle. Un auto se detiene y toca el claxon. Me aparto

para que continúe su camino.

El rostro de Filipa refleja cualquier cosa menos comprensión. Se acerca cautelosa. No dice una palabra. La observo desde el otro lado de la calle. De pronto echa a correr. La acompañan dos hombres. Es todo lo que necesito para huir despavorida bajo la lluvia.

El cielo de París es un nubarrón pardo y malévolo. Me persiguen los gritos de mi hermana. Pienso únicamente en huir, en escapar de esta pesadilla espantosa. Por un azar del destino, las puertas del cementerio de Saint Germain se encuentran abiertas. No lo pienso dos veces, necesito refugiarme de la tormenta y entender cuáles son las intenciones de mi hermana y sus acompañantes.

Las calles del cementerio son pequeñas y estrechas. Al girar, en un recodo, experimento una sensación de familiaridad que me persigue a lo largo del camino. Nada me es ajeno, ni las calles cortas y estrechas, las lápidas descoloridas o el musgo que crece sobre las piedras de la pequeña calzada.

Me detengo ante una tumba pequeña cubierta de hojas secas y con flores. Lluve a cántaros. Estoy temblando de miedo.

De pronto me invade el deseo de limpiar las hojas y leer la inscripción con detenimiento. Lo hago con delicadeza. Aparto una a una las hojas hasta que aparecen todas las letras y una inscripción: Frank Kruger 1973 - 2015.

“En memoria a Frank y nuestra pequeña hijita de cuatro años fallecidos en un accidente aéreo. A pesar de vuestra ausencia viven en mi recuerdo cada día”.

Me siento confundida, extraña y confundida. «Dios mío, 2015, año 2015. No puede ser, no puede ser» Recuerdo las palabras de la vidente: «La clave está en los sueños. Hay un hombre, te quiere mucho. Quiere decir algo sobre los pensamientos. Quiere que pienses en él. No, espera. ¿Tuviste un accidente? No, no eres tú. Veo un accidente, una tragedia. También habrá una sorpresa. Es mala. No, perdón, es buena. Hay sangre, mucha sangre»

«¿Una sorpresa?, ¿un accidente?» Tiemblo de los pies a la cabeza. Me aparto confusa y sobresaltada. «No puede ser una ilusión, ¡Frank no puede ser una ilusión! ¡Otra vez no, otra vez no! ¡Dios mío! ¡La verdad, es necesario aceptar la verdad!»

Filipa llega en ese momento acompañada de dos gendarmes y de mamá. Quiere abrazarme, la rechazo. Lloro una vez más, en esta ocasión bajo el cielo de París, sobrecogida y atormentada. No entiendo qué pasa. Mi madre corre a abrazarme.

—Mamá, ¿dónde está Frank? —No dice nada, nadie dice nada.

A lo lejos, suenan las campanas de una iglesia. Siento que la vida se me escapa, pero sobre todo, me invade una satisfacción malsana, un dolor y una tristeza acompañadas de un amor intenso, tan grande como la inmensidad del mar.

Nunca fui más profunda ni más intensa que hoy, jamás encontré una verdad más justa y más sincera que al aceptar con gratitud y humildad el amor que nace de las cosas pequeñas y auténticas, jamás tuve la libertad de decidir y ahora decidía abrazar el camino de la verdad; mi verdadero destino era amar y ser feliz, así lo entendí aquella vez y así era ahora.

Y, sin embargo, lloraba en brazos de mi madre, con la resignación del que lo ha perdido todo, incluso la verdad. Y en ese momento, en medio de la oscuridad del alma, perdida y vapuleada por las circunstancias, pensaba con tristeza en la última vez que me dijiste adiós.

FIN

Nota del autor

Todos los personajes, situaciones y ciudades que se mencionan en esta obra son fruto de la imaginación. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Acerca del autor

Ray Bolívar Sosa. La Habana, 1978. Profesor y escritor. Se licenció en Psicopedagogía por la Universidad de la Habana. Tiene un Máster en Escritura Creativa por la Universidad de la Habana y es Doctorando en Escritura Académica por la Universidad Complutense de Madrid. Imparte talleres de Escritura Creativa Online. Es un apasionado de la lectura, el cine y la pintura. Ha vivido en Cuba, España, Perú y Holanda.

Comentario en Amazon

Si te ha gustado la obra por favor deja un comentario en Amazon. Apenas te tomará unos minutos y para mí significa mucho. Gracias.